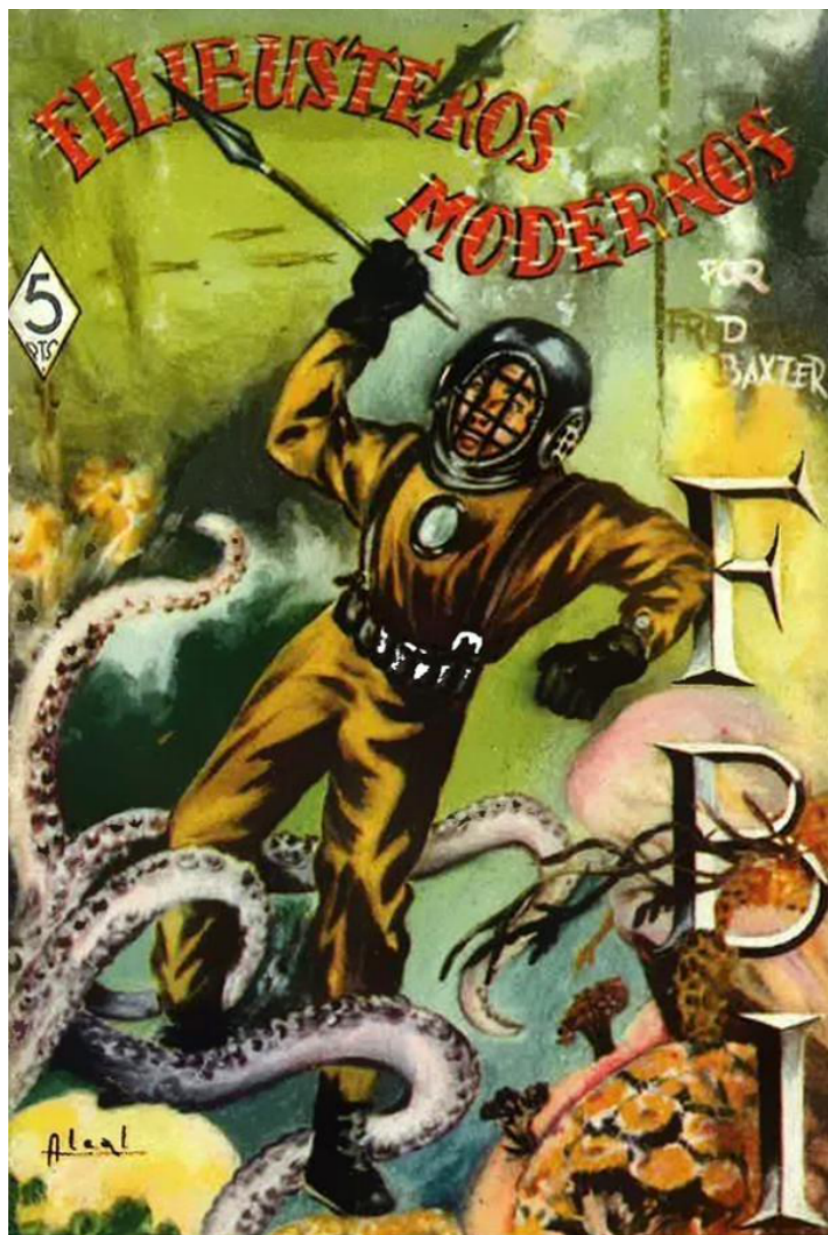




FRED BAXTER

FILIBUSTEROS MODERNOS





SAN BERNARDO, 64 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (2.ª ed.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. O. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(3.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)

- Núm. 16.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
- » 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
 - » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
 - » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny (2.ª ed.)
 - » 19.—ALTA TRAICION por Fred Baxter. (2.ª edición.)
 - » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
 - » 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
 - » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny
 - » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
-
- » 28.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
-
- » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.

En preparación:

TINIEBLAS.

I

LAS BARRAS DE PLATINO



AS nubes polvorientas emborronaban el magnífico paisaje que se extendía desde Nyack, a orillas del Hudson, hasta Suffern, importante nudo ferroviario de extensas ramificaciones. Soplaban un viento sahariano sacudiendo las ramas de los árboles, y los coches, envueltos en amarillentas ráfagas arenosas, cruzaban raudos por la amplia carretera de Paterson.

Del National Bank, de Suffern, salió un gran camión blindado. Lo escoltaban cuatro hombres de la Policía Metropolitana de paisano y armados de ametralladoras «Thompson». También el chófer iba bien armado. Transportaban un importante cargamento de platino, en pequeñas barras, que tenían que conducir al Banco de

Jersey City.

El camión se deslizaba como un bólido entre las nubes de polvo. Tenía orden de no detenerse en el camino por ningún motivo. El cargamento era esperado con impaciencia, toda vez que había que enviar distintas remesas a las principales sucursales del país.

Según ciertas confidencias recibidas en el Departamento Central de Policía, por las riberas del Hudson merodeaba una banda de delincuentes que venían operando sin dejar rastros. Por los informes de los perjudicados, que eran numerosos, se sabía que los fuera de la ley se dedicaban a desvalijar los carruajes que circulaban entre Peekskill y Yonkers, pesando por Osining, White Plains y Boniphan Yager, al otro lado del Hudson. Los motoristas patrulleros de carreteras vigilaban atentos, y, sin embargo, los hechos delictivos se sucedían con demasiada frecuencia.

Como medida de precaución, el jefe de Policía de Paterson dispuso que algunos retenes se situaran en las partes más estratégicas del paso para acudir en auxilio del camión si le ocurría algo. Y así, en Starville, pequeño villorrio en el cruce de la línea de Dover, se estableció un retén, compuesto por cinco hombres, al mando de un cabo. Ocuparon una casita modesta al borde de la carretera y fueron atendidos al momento de su llegada por un hombre que dijo ser el nuevo propietario del inmueble.

Los cinco policías aceptaron complacidos unas tazas de té, sentados en la salita, por cuyas ventanas podía verse la carretera.

Y sucedió algo extraño, y es que, poco después, aquellos hombres dormían como troncos.

Habían sido narcotizados.

No tardaron en aparecer otros individuos, que se dedicaron a desnudar a los policías, vistiéndose con sus ropas.

—¿Cargaste bien la mano, Hartwell? —preguntó uno.

—Dormirán cinco horas; tiempo suficiente para poder operar sin interrupciones —contestó el dueño de la casa, sonriendo complacidamente.

—Esperaremos al camión a media milla de aquí.

Los policías fueron vestidos con las ropas que llevaban los «gángsters».

El camión avanzaba a toda marcha. Poco a poco, la furia del viento iba disminuyendo y ya los remolinos de aire y arena eran

menos frecuentes. La amplia carretera se curvaba antes de llegar a Starville, formando una media luna y pasando bajo el verde dosel de una espesa arboleda. El chófer disminuyó la velocidad antes de llegar al puente de Hereford, a cuya entrada había un cartel con la palabra «Precaución».

En aquel momento salieron de entre los árboles seis hombres con el uniforme de la Policía local. Todos iban armados de pistolas ametralladoras. El camión se detuvo, cuando se colocaron en la carretera e hicieron señas para que frenase.

—No podéis pasar —dijo el que llevaba galones de cabo—. El puente se va a derrumbar y los coches han de dar la vuelta por Rawland. Es un rodeo de una milla aproximadamente.

—No sabía nada de eso —respondió, asombrado, el chófer—; en Suffern nos dijeron que el trayecto estaba en inmejorables condiciones. ¿Por qué se va a hundir el puente?

Todos los que iban en el camión descendieron para cambiar impresiones, y fue entonces cuando sucedió lo inesperado.

De la espesura salieron otros hombres y, al grito de «¡manos en alto!», sonaron las primeras detonaciones. Los policías, sorprendidos, intentaron defenderse y repeler la agresión, pero sin que lograran su intento, caían acribillados a balazos. El chófer, antes de caer, logró herir a uno de los asaltantes. Todo fue muy rápido, sorprendente, terrible.

Arrastraron los cuerpos fuera de la carretera y los ocultaron entre los espesos matorrales. Poco después el camión se ponía en marcha.

Horas más tarde, en las oficinas de Policía de Jersey City se recibía el siguiente comunicado telefónico:

«Una banda de “gángsters” consiguió sorprender al retén de Starville y vestidos con sus ropas aguardaron al camión en el puente de Hereford. El chófer y tres hombres de la escolta fueron encontrados muertos. Tenían varios balazos en el cuerpo. Uno de los agentes, aunque gravemente herido, pudo arrastrarse hasta una granja cercana y telefonar a la estación, de donde salieron varios motoristas y el coche del médico.

El camión, abandonado, fue hallado a dos millas. La cerradura había sido violentada con un soplete. Han podido escapar con el cargamento de platino. Se tienen sospechas de un camión que pasó

por Starville a toda marcha. Tenía toldo de lona y matrícula de Filadelfia. Se desconocen más detalles.

»El agente herido dice que eran diez hombres; seis de uniforme y cuatro de paisano. Dos de éstos, cubiertos con gabardinas. Volveremos a informar tan pronto averigüemos algo».

Aquel golpe audaz puso en movimiento a toda la Policía. Se hicieron indagaciones; todos los carruajes que pesaban por las carreteras fueron registrados, se exigieron documentos de identidad a las personas desconocidas, sin conseguir la más pequeña pista. La dirección del National Bank puso el grito en el cielo y la prensa habló mucho del asunto. Fueron visitadas las principales joyerías y en los barrios extremos de Nueva York se hicieron grandes redadas de maleantes; se interrogó a los confidentes; los trenes fueron vigilados y registrados los equipajes; también en los muelles se llevó a cabo una somera inspección, sin resultado alguno; aviones de la Policía volaron día y noche sobre el Hudson, inútilmente; hasta que llegó a ofrecerse una recompensa de cien mil dólares a quién proporcionara un detalle que sirviera para detener a la banda. Y tampoco esto dio resultado.

Ocho días más tarde, la Policía tuvo que reconocer su incapacidad para dar con los culpables. Según los informes de los detectives, el platino tenía que haber salido por mar o por el aire, pero nadie sabía cómo ni sospechaba lo más mínimo.

Ante aquel estado de cosas, se pidió al ministerio de Justicia la intervención del

F. B. I.

(Oficina Federal of Investigation).

Lo que ignoraba la Policía Metropolitana era que ya el

F. B. I.,

estaba trabajando en el asunto. Secretamente, el Jefe de la Policía Federal de Nueva York había telefoneado a Washington. Hubo un cambio de impresiones y rápidamente se nombraron varios agentes encargados de aclarar tan misterioso asunto. El cargamento de platino no era un objeto pequeño que pudiera ocultarse en cualquier bolsillo. Se trataba de varios cientos de kilos del precioso metal, cuyo valor alcanzaba una suma muy importante.

El

F. B. I.,

comprendió lógicamente que los lingotes no podrían ser vendidos en parte alguna del territorio nacional, toda vez que las órdenes cursadas habían llegado hasta el último rincón; era necesario, por lo tanto, localizar a los ladrones en su derrotero y para ello, se pusieron en campaña los más expertos agentes. Tenían orden de informar inmediatamente de cualquier detalle que pudiese dar con la pista de los fugitivos.

Un detective del National Bank, fue asesinado en el puerto en aquellos días. Aquel hecho atrajo la curiosidad de los agentes del F. B. I.

Las tabernas de los muelles se vieron visitadas por hombres extraños que parecían interesados en conocer los más leves detalles de cualquier suceso desarrollado recientemente.

El misterio continuaba. Pero el F. B. I., infatigable, seguía su labor callada.

Una mañana, un hombre de unos treinta años, robusto, joven, aunque mal vestido, apareció en la planchada del vapor «Ottawa» solicitando plaza como fogonero. Era un mozo de ojos azules y cabello ensortijado. Llevaba al hombro su saco de lona y en los labios una pipa. Sonrió al contraamaestre cuando dijo:

—Necesito trabajar. Soy fogonero y estuve enfermo. El buque donde trabajaba se marchó y me he quedado en tierra. ¿Hay plaza para mí?

—Vuelve mañana y te contestaré. Nos falta un hombre y si no viniera, tal vez. ¿Tienes libreta de embarque? ¿Todo en orden?

—Claro, he recorrido todos los mares. No soy un novato, jefe.

—Bien, pues ya está dicho. Vuelve mañana.

No hablaron más. El aspirante descendió por la pasarela, cruzó el muelle y fue a perderse en uno de los numerosos bodegones. Poco después, salía vestido con un traje más decente y enfilaba la calle Hazelwod.

Se detuvo en una tienda y estuvo contemplando el escaparate. De pronto observó que uno de los dependientes le hacía una seña desde el interior. Penetró en el local y pidió un paquete de caramelos. El empleado se lo envolvió y el aspirante a fogonero, después de dejar diez centavos sobre el mostrador, salió a la calle, desenvolvió el paquetito y en el papel de la envoltura pudo leer

estas palabras:

«Calle Cuarenta y Dos, número 97, piso catorce; míster Rawlins».

El señor Rawlins, el dependiente de la tienda y el aspirante a fogonero eran agentes del

F. B. I.

Formaban una cadena de observadores que llevaban dos días estudiando el terreno. En el piso catorce del número 97 de la calle Cuarenta y Dos, había una estación de radio funcionando continuamente al servicio del

F. B. I.

—¿Qué hay, Ernesto? —preguntó el joven de los ojos azules.

Y el «señor Rawlins», contestó:

—Pocas noticias, pero buenas. Según el último informe, por el Canal de Panamá han pasado tres buques que resultaron sospechosos a nuestro observador. El yate «Proserpina», con rumbo a Valparaíso, el vapor de carga «Grensburg», para Acapulco y un balandro que tiene un nombre muy raro, pues se llama «Malayta» y se dirige a Honolulu.

—¡Qué raro! Malayta es una de las islas Salomón. Y ¿dices que es un balandro?

—Sí; con motor, desde luego.

—Bien, comunica con Acapulco pidiendo informes del «Grensburg» y a Valparaíso lo mismo del «Proserpina». En cuanto al otro, como no habrá llegado, es inútil molestarse. Mientras tanto, yo realizaré otras investigaciones.

Richard Clayton tenía veintinueve años y llevaba tres al servicio del

F. B. I.,

habiendo realizado durante ese tiempo misiones peligrosas en Chicago y Filadelfia. Era todo un carácter. Al visitar el vapor «Ottawa» lo hizo como simple curiosidad, pues sólo trataba de averiguar adónde se dirigía aquel barco; pero cuando supo que su rumbo era Sidney, desistió de su embarque. Sin datos, a ciegas, sin un pequeño rastro, se veía imposibilitado para seguir una pista tan desconcertante, más no por eso se desanimó; los problemas difíciles eran los que más le agradaban.

Apenas se separó del «señor Rawlins», dirigióse a la Inspección

Marítima y, sin hacerse anunciar, penetró en el despacho del inspector:

—Misión oficial —dijo mostrando su placa del

F. B. I.

—. Si no le molesta, podríamos charlar un rato.

—Desde luego —aceptó el jefe del puerto mirando al joven con inquisitiva curiosidad—; mis ocupaciones pueden esperar ante problemas más graves. ¿Se trata del robo del platino?

—En efecto, quisiera informarme de ciertos pormenores que me interesan. ¿Siguen ustedes registrando todos los buques que salen?

—Naturalmente, carga y equipajes. Hacemos lo que podemos por ayudarles.

—Quisiera saber cuánto se refiera a un balandro que zarpó hace tres días: su matrícula, cargamento, nombre de la tripulación, procedencia y destino. Se trata del «Malayta».

El inspector llamó a uno de los empleados y le pidió el registro relativo al movimiento del puerto en los últimos días.

Poco después, Richard consultaba un libro en cuyas casillas encontró los siguientes datos:

«Balandro “Malayta”, de trescientas toneladas, motor “Diésel” y velamen. Procedente de San Francisco, en lastre. Efectuó reparaciones y pintado en la Dársena Norte. Matricula de Cardiff. Capitán Harry Woodruff; piloto, Roy Gloucester; timonel, Sam Biguria; maquinista, Hattor Samoa, marineros: Lungo Shawey, Oppa Darretta, Hyma Hahuha, Peter Johnson, Fox Grant y Alí Mohamed. Cocinero, Tobías Sheldon. Lleva carga general, consistente en bebidas, lonas y barras de jabón».

Richard cerró el libro y mirando al inspector, preguntó:

—¿Cuánto tiempo permaneció el balandro en puerto?

El funcionario consultó otro libro, no tardando en responder:

—Veinte días, durante los cuales efectuó reparaciones.

—¿Y durante ese tiempo, las patrullas de vigilancia no observaron alguna anomalía a bordo?

—Ninguna, a excepción de que los tripulantes permanecieron en tierra la mayor parte del tiempo. El cocinero era el único que se

quedaba a bordo.

—Entendido. ¿Dónde podría conseguir la ficha del capitán?

—Probablemente, en Cardiff.

—Gracias, no le molesto más y creo, inspector, que es inútil que sigan registrando barcos, porque el platino ya ha salido del país. ¿Entendido?

Y sin dar más explicaciones estrechó la mano del asombrado inspector y salió, dirigiéndose a la calle Cuarenta y Dos.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó «el señor Rawlins» al verle otra vez allí.

—El balandro lleva cargamento de barras de jabón —contestó sencillamente Clayton.

—¿Y eso qué tiene de extraño?

—En el archipiélago de Hawai abunda la potasa y las grasas. Allí se fabrican excelentes jabones, incluso medicinales, y ¿para qué iba a importar un artículo del que no se carece, pudiendo llevar otras cosas? Amigo Ernesto, las deducciones suelen ser útiles en estos casos. Dentro de una barra de jabón pueden ocultarse lingotes de platino cuando sólo tienen quince centímetros de largo y seis de ancho.

—¡Demonio! ¿Es posible? Sí, pudiera ser...

—Todo es posible cuando se juega una carta tan audaz. Varios hombres han cometido un atraco, apoderándose de un cargamento valorado en cuatro millones de dólares y esto, con ser grave, no lo sería tanto si no hubiera cuatro muertos que piden Justicia.

—¿Y qué haremos? Hay que actuar rápidamente, camarada.

—Pide comunicación con Londres al «M. I. cinco» solicitando informes de Harry Woodruff, propietario de un balandro construido y matriculado en Cardiff, Escocia.

El «M. I. cinco», equivalente inglés al

F. B. I.,

solía trabajar en colaboración con sus colegas de América. Era una oficina de Investigación secreta desligada de Scotland Yard, que dependía exclusivamente del Ministerio de Defensa. El «M. I. cinco» tenía agentes en todas sus colonias y a veces eran también destacados a Norteamérica para colaborar con sus colegas del

F. B. I.

en asuntos de espionaje.

Ernesto consiguió ponerse al habla con el «M. I. cinco» y una hora después, recibía un extenso radiograma:

«Según los informes recogidos de la Policía de Cardiff, Harry Woodruff desapareció hace tiempo de Inglaterra a raíz de cierta falsificación de Bonos del Tesoro. También nos dicen que quizá realiza frecuentes viajes a Honolulu en donde se dice posee una casa al pie de las alturas de Palolo, cerca de las Montañas de Waimanolo. Woodruff ha conseguido verse absuelto de varios cargos que pesaban sobre él. Es un individuo astuto y muy inteligente; debe tener en la actualidad cerca de los cuarenta años, de estatura mediana, ojos grises, cabello castaño claro y una mancha apenas perceptible en el ojo izquierdo. También estuvo complicado en San Francisco en la trata de blancas y fue contrabandista en Las Lucayas. Hombre muy peligroso como pistolero. Cambia de nombre con frecuencia. Scotland Yard no tiene nada contra él en este momento».

—¡Éste es mi hombre! —dijo Richard, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué piensas hacer?

—Esperar órdenes de Washington. Manda un radiograma cifrado diciendo que hay sospechas de que el platino se encuentra en viaje hacia Hawai a bordo de un balandro. ¿Qué han dicho de Acapulco y de Valparaíso?

—Nada interesante. Esos barcos han fondeado y llevan la documentación en regla. La carga tampoco ofrece dudas, por tratarse de envases salidos de las fábricas de procedencia.

—Bien, esperemos noticias entonces de Washington.

Y las noticias no tardaron en llegar.

Richard debía ponerse en camino sin pérdida de tiempo hacia Honolulu por la vía más rápida, y una vez en la capital de Oahu, se dedicaría a realizar sus investigaciones. En la calle Lilina, número 27, vivía Bill Thelman, único agente del

F. B. I.

en las islas. Con él debía entrevistarse apenas llegara. Cualquier

novedad la comunicaría por radio en mensaje cifrado.

Richard envió un cable inmediatamente a Thelman, encargándole que vigilara el balandro «Malayta» apenas fondease.

—«Es muy importante —agregaba—, comprobar si el jabón que lleva es jabón puro».

Horas después, del aeródromo de La Guardia se remontaba un avión cargado de turistas que querían conocer el maravilloso cielo de Hawai y su clima. Entre ellos iba Richard Claytton, agente especial del

F. B. I.,

dispuesto a descubrir el misterio de las barras de platino. Aquel robo sorprendente había causado sensación en todo el país provocando comentarios poco favorables para Policía Metropolitana.

A bordo del avión, un periodista explicaba a unos compañeros de viaje:

—El *New York Record*, al que pertenezco, no ha querido publicar más detalles del robo del platino para no perjudicar las actuaciones policíacas, pero y puedo decirles lo que sucedió, porque estuve en Starville.

Richard escuchaba atentamente las palabras del gacetillero, el cual al ver la curiosidad que había despertado, hizo una pausa, encendió un cigarrillo y continuó:

—Un desconocido, que más tarde dijo llamarse Juan Elliot, estuvo buscando una casita para alquilar cerca de la carretera. Encontró una a pocas yardas del Puente de Hereford y la alquiló, pagando una mensualidad adelantada. Aquel hombre pertenecía a la banda de «gángsters», los cuales estuvieron aguardando el paso del camión. La llegada del retén policíaco les obligó a variar los planes y tuvieron que narcotizar a los policías para apoderarse de sus uniformes. Los representantes de la ley fueron encontrados vestidos de paisano y con las manos atadas a la espalda. Se supone que entre la espesura aguardaban emboscados otros malhechores y debían sumar todos unos diez.

Iban volando sobre Cumberland bajo un cielo clarísimo y sin una sola racha de viento. El piloto se elevó hasta alcanzar los dos mil metros. Era un aparato soberbio que cortaba el espacio con la gallardía de un águila real.

Los campos de Cincinnati, Covington y Louisville iban quedando atrás con el transcurso de las horas.

El periodista continuó con su relato:

—Los bandidos violentaron el cierre del camión y se llevaron las barras de platino dejando el carruaje volcado en una cuneta. Han debido utilizar otro coche para trasladarse a la ciudad. El policía herido declaró que uno de aquellos individuos cojeaba un poco de la pierna derecha. Es lo único que recuerda. Los narcotizados manifestaron que el hombre que les sirvió el té parecía pertenecer a la raza árabe, aunque hablaban un inglés bastante correcto. Yo creo, señores, que si el

F. B. I.,

no interviene en este caso, el platino jamás aparecerá. Y aun así...

El avión volaba sobre el Missouri. Iba con rumbo al Pacífico.

Richard, enfrascado en la lectura de una novela de Ana Hope, parecía desinteresarse de todo cuanto se hablaba, y sin embargo, su pensamiento volaba mucho más ligero que el avión, toda vez que ya había llegado a Honolulu.

El periodista, agregó:

—Voy a Hawai para enviar crónicas de los pescadores de ballenas. Los lectores gustan de saborear los relatos exóticos.

El avión reflejaba su silueta sobre el espejo de plata del Missouri.

Richard echó una ojeada al periodista y procuró grabar bien su fisonomía en su memoria. Tal vez aquel hombre pudiera serle útil. Iba a luchar contra una banda poderosa compuesta por hombres desalmados al margen de la ley. Los largos brazos del

F. B. I.,

llegan hasta los más apartados rincones...



¡INTRIGA!

¡EMOCION!

¡AMOR!

Encontrará usted en la magnífica Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

II

EN ALTA MAR



E balanceaba el balandro empujado por las olas. Había cruzado sin novedad el Estrecho de Panamá y ahora navegaba frente a las Islas de los Galápagos, recibiendo el bautizo de fuego de un sol abrasador.

Harry Woodruff, apoyado en la barandilla, miraba hacia el horizonte, buscando algo que sus ojos no veían aún. Aquella majestuosa soledad le encantaba y no se cansaba de admirarla, de seguir silenciosamente el movimiento de las nubes y de las olas. Aquello era magnífico. De día el sol, extendiéndose como soberano único, por su dominio azul, y el mar recibiendo sus caricias; de

noche, las estrellas, bailando en el maravilloso cielo. Dos grandezas que se unen con los límites del horizonte para saludarse: el infinito y las olas.

Sumido en aquella contemplación, apenas hablaba con sus hombres. De vez en cuando, se asomaba a la bodega en donde iba su tesoro: aquellas barritas del precioso metal que ya habían costado cuatro vidas de tenerlas.

Harry era un escéptico. Con la pipa en la boca paseaba de popa a proa y de babor a estribor. Hablaba consigo mismo. No quería que lo molestaran para nada y dejaba a su piloto Roy que gobernase el buque. Habían dejado la tierra a su izquierda, a bastante distancia. Las velas hinchadas por el viento impulsaban la nave a buena marcha y la proa cortaba las aguas levantando encajes de espuma.

Toda una vida de crimen encerraba la historia de aquel hombre escurridizo, que siempre lograba zafarse de sus perseguidores.

Harry Woodruff, pirata y asesino, bandido y perdulario, era conocido en todos los puertos de todos los mares.

De regular estatura, poseía la fuerza de un gorila y la agilidad de una pantera. Sus hombres le obedecían ciegamente. Era un ser malvado, pero inteligente.

Por primera vez en su vida, no estaba tranquilo y un secreto temor le torturaba. Cuatro representantes de la ley habían caído y no ignoraba que la ley no perdona: tarde o temprano le exigirían cuentas. Pensaba retirarse de los negocios, como él los llamaba, aunque desconfiaba que pudiese hacerlo. Cuando se inicia una senda de delitos, los propios acontecimientos le van empujando a uno y ya no se puede retroceder; hay que sucumbir en la empresa. Esto pensaba Harry cuando se le acercó Tobías, el negro cocinero, diciendo un poco asustado.

—Oye, Jefe, a bordo hay fantasmas.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó riendo el patrón.

—La verdad; anoche dejé en la cocina una docena de salchichas y medio queso y esta mañana sólo encontré el sitio. Ayer me pasó algo parecido. La mantequilla y las galletas volaron. Hay fantasmas, seguro... y con apetito.

—No digas barbaridades. Alguno de la tripulación que debe tener el hambre atrasada. Los fantasmas no comen.

—Les pregunté a todos, uno por uno, y nadie ha cogido nada.

Otras veces me lo dicen. Oppa asegura que anoche vio una sombra hundirse por la escotilla. ¿Serán las ánimas, patrón? ¿Andará alguno penando? Tergo un miedo que hasta la camiseta se me achica. ¡Huy! ¿Cuántos fantasmas habrá?

—Los fantasmas no roban salchichas. Llama a Roy.

—Sí, patrón. Tengo que afilar mi navaja. Si supiera dónde puse la pata de conejo... Lo que es esta noche no me acuesto sin encontrarla.

Y murmurando palabras sin sentido alejóse hacia proa. No tardó en aparecer Roy. Era un hombre de unos treinta años, que había formado parte de una banda de «gángsters» en Chicago. Sabía mucho de navegación por haberse dedicado a recorrer el lago Michigan de punta a punta en calidad de grumete, y más tarde haber servido en la marina. Roy era el reverso de Harry: vivaracho, desconfiado, agresivo...

—¿Qué quieres, Harry? —preguntó.

—Oye: que registren el balandro. El negro se queja de que le roban la comida y no sea el demonio que llevemos otro pasajero sin saberlo.

—No creo, pero se hará como tú deseas. El barco no es grande y pronto se averigua.

Abrieron la escotilla y descendieron dos hombres a la bodega mientras los demás se repartían por todo el buque. Poco después, Hyma Hahuha empujaba a un mozalbete de unos dieciséis años delante de sí, propinándole varios coscorrónes.

—Estaba en el pañol —explicó—, no quería salir.

El muchacho no estaba asustado. Paróse frente a Harry, mirándole con desparpajo. Vestía pobremente.

—¡Un polizón! —exclamó Harry—. ¿Quién eres?

—Me llamo «Poca Pena», no tengo casa, ni amigos ni nada —replicó tranquilamente el polizón.



—*Me llamo «Poca Pena».*

—¿Y sabes adónde vamos? ¿Por qué elegiste este barco?

—Tampoco eso me importa. Yo sólo quiero ver mundo. Nueva York ya me tenía aburrido. Siempre los guardias detrás de mí. Me gustó el barco, y ahora más.

—¡Echémoslo al agua! —propuso Peter Johnson, sonriendo

cruelmente.

—Tú te callas; aquí mando yo. Has hecho una mala combinación, muchacho, porque vamos a un sitio muy feo y no podemos llevar estorbos con nosotros. Dime una cosa: ¿has escuchado nuestras conversaciones? ¿Sabes la carga que llevamos? Habla y no mientas, porque te tiro al agua.

—Yo no sé nada de nada. Desde que embarqué tuve que permanecer escondido y sólo salía por las noches a buscar comida.

—Bueno, ya pensaré lo que he de hacer contigo. Ayudarás al cocinero. Eh, tú, Tobías, ven acá. Mira: te presento al fantasma. Que friegue los cacharros y no le des mucho de comer. ¡Maldito cataplasma, ya podía haberse metido en otra barco!

Alejóse el negro con el polizón mientras Harry y Roy cambiaban impresiones. Según el parecer del piloto, aquel muchacho era un peligro a bordo y no podían llevarlo con ellos, porque cualquier indiscreción, podría resultar fatal para todos.

—No lo creo necesario. Es un desgraciado como islas.

—Mejor sería arrojarlo al mar, como dijo Peter.

—No lo creo necesario. Es un desgraciado como nosotros, que empieza la vida malamente, además, nada sabe.

—Te estás volviendo muy generoso —repuso Roy, con marcada ironía.

Harry le dirigió una mirada fría. También él había viajado como polizón muchas veces, habiendo conocido los rigores del hambre y de los malos tratos. También él recordaba los momentos de apuro, su niñez desvalida y, el aprendizaje en la vida del hampa. Harry, tenía sus momentos. En algunas ocasiones era suave como un guante y comprensivo, pero en otras, el veneno que había en él salía a la superficie y entonces lo atropellaba todo. Su idiosincrasia estaba sometida a un desdoblamiento siempre peligroso. Con la pistola en la mano era capaz de matar y entonces no sentía compasión por nadie.

Los dos hombres fueron a sentarse en la toldilla de popa. La canción del viento murmuraba entre los aparejos de la gavia y del bauprés.

—Estoy pensando —dijo de pronto Harry— que no podemos llegar a Honolulu llevando los lingotes a bordo. Sería un peligro. Es muy probable que hayan descubierto nuestra pista y que tengan

sospechas. La radio es un gran enemigo nuestro y debemos tomar precauciones.

—¿Qué temes? No iremos a tirar al mar la carga...

—Como temer, no temo nada, pero hay que pensar en todo. Suponte que los de la Aduana, al ver tanto jabón, les da por revolver y descubren el «embuchado». ¿Qué pasaría? Ya me dio mala espina cuando al salir anotaron con tanta prolijidad la carga que llevábamos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ya lo tengo pensado. Al norte de Oahu hay unos Islotes y entre ellos, el agua tiene poca profundidad. Meteremos el platino en un cofre sujeto a un ancla, de la que ataremos un cable con una pequeña boya, de forma que ésta quede entre dos aguas, para que no sea visible; y pasado algún tiempo, cuando el asunto se haya olvidado, yo mismo me pondré una escafandra y descenderé en busca de nuestro tesoro.

—La idea no es mala, pero tiene su contra. Suponte que algún pescador tropieza con la boya y quiere saber qué significa. Los nativos son grandes buceadores y pueden permanecer debajo del agua el tiempo suficiente para averiguar de qué se trata.

—Bien; en ese caso, no pondremos boya. Señalaremos el sitio en las rocas y eso será suficiente. Allí el agua no tiene más de cincuenta pies de profundidad.

Reunida la tripulación, Harry expuso sus planes. Todos le escucharon atentamente, aceptando sus sugerencias. Sólo una voz hubo en contra: la de Peter. Alegó que el tesoro podía perderse y hasta llegó a insinuar su desconfianza, diciendo:

—De ese modo, cualquiera puede quedarse con todo. Mi opinión es que se reparta antes de desembarcar y que cada uno se arregle como pueda con lo que nos toque habrá suficiente para vivir una buena temporada a lo gran señor y yo estoy cansado de andar dando tumbos.

En los ojos grises del «gángster» brilló un chispazo de cólera. Siempre se había hecho su voluntad sin discutirla y no estaba dispuesto a tolerar objeciones. Su turbia mirada se clavó en Peter y con fría entonación, replicó:

—No habrá reparto, al menos por ahora. Esas barras están marcadas y antes de poder venderlas hay que proceder a borrar las

marcas. Por otra parte, si prenden a uno, los demás se verán apurados para librarse del sillón eléctrico. Nos estamos jugando la vida y no es cosa de equivocarse.

Peter era un rufián de la peor casta y nunca se había llevado muy bien con Harry. Su ambición mayor hubiera sido convertirse en jefe del grupo. En Filadelfia tuvo a su mando una cuadrilla de ladrones de trenes y según él, poseía cierta experiencia. Miró a sus compañeros. Estaban todos; sólo faltaba el timonel y el negro, pero Tobías no tenía arte ni parte en las decisiones de la banda. Era un elemento pasivo y sólo estaba presente cuando había que cobrar.

Peter refunfuñó algo y como Harry le preguntara qué estaba diciendo, contestó:

—Somos diez hombres con los mismos derechos y todos expusimos la pelleja cuando hubo que hacerlo. No tenemos necesidad de desembarcar en Honolulu; hagámoslo en Molokay o en Atowi.

—No puede ser. En Honolulu es donde podemos encontrar comprador; ten en cuenta, Peter, que es muy peligroso ofrecer esta mercadería a cualquiera. Yo me encargo de arreglar el asunto y de dar a cada uno lo que le pertenezca y mientras tanto, viviremos en mi casita del monte Waimanolo; ya encontraremos medios para no perder el tiempo. Las barras, como ya te he dicho, tienen lo que se llama el «contraste» del Banco; es así como una contraseña y tal vez sea necesario fundirlas. Ten un poco de paciencia.

Harry tiene razón —dijo Roy—; no se trata de dinero contante y sonante.

—Pues yo no estoy conforme —porfió Peter—, y quiero mi parte.

Al decir esto miró a Harry y vio tal gesto de amenaza en su rostro que retrocedió un paso y su mano fue hacia la pistola. Aquel ademán obligó al «gángster» a mostrarse cuál era. Con una rapidez fulminante desenfundó su automática y disparó contra Peter. Éste, herido en el pecho, no tuvo tiempo de utilizar su arma. Tambaleándose, apoyóse en la puerta del camarote, dio unos pasos y fue a caer en cubierta. Los demás miráronle silenciosamente.

Harry avanzó hacia él, inclinóse y, levantándolo a pulso, lo lanzó al mar por encima de la borda. Nadie osó hacer un gesto para impedirlo.

Oyóse un grito agudo, el chapuzón del cuerpo al caer y después el rítmico movimiento del barco cortando las olas. El balandro seguía en ruta y allá atrás, cada vez más lejos, un hombre gravemente herido se debatía inútilmente en las olas...

Entre aquellos hombres insensibles al bien no hubo ni una sola exclamación de protesta... Sólo se oyó un grito de asombro, lanzado por «Poca Pena», que se cubrió el rostro con las manos sin escuchar las palabras del negro, que le decía:

—Con patrón Harry no se juega. Peter era muy rebelde.

Harry volvióse hacia el muchacho, exclamando:

—¡Tú ya has visto demasiado! Si no sabes callar...

«Poca Pena» entremecióse al comprender el sentido de la amenaza y penetró en la cocina.

—¡Cada uno a su puesto! —ordenó el «gángster» furioso—, y si hay alguien que no esté conforme, que lo diga.

Todos callaron. A bordo del buque había empezado el drama. Una vida más acababa de sacrificarse.

Una franja color perla, extendida entre el cielo y agua, se fue agrandando, poco a poco, adquiriendo tonos de ópalo. El sol se ocultó de pronto y ráfagas de viento Nordeste azotaron el velamen.

—¡Arriar velas! —gritó el capitán.

Las olas se rompían contra la quilla levantando gigantescos flecos de espumas...

Harry, hosco, malhumorado, violento, se abrió paso dando brazadas, como si quisiera apartar al viento que le empujaba. Estaba frenético. Sufría su mal cuarto de hora y no admitía control de nada ni de nadie. Era la ira, desbordada, en el hombre que no tenía familia ni amigos, ni derechos, ni siquiera un nombre que pudiera usar dignamente. Se parecía en eso a «Poca Pena», y tal vez por ello simpatizaba con el joven vagabundo.

El cambio de viento con la puesta de sol trajo el temido huracán. Bailaba el balandro con saltos bruscos y desordenados, pareciendo que de pronto las aguas abrirían sus fauces monstruosas para devorarlo.

Nubecillas cárdenas acompañaban el ocaso del sol, y en los límites del horizonte los zigzags del relámpago ponían fuertes pinceladas. Las nubes se espesaron y, avanzando rápidas, cubrieron el cielo. Un trueno sacudió la atmósfera, partiéndola con el filo de

un rayo, y anchas gotas de agua tamborilearon sobre cubierta; roncó furioso el viento, brillaron con más poder los relámpagos y los últimos reflejos del sol se perdieron entre penumbras. Una centella dividió el nublado en dos cortinones gigantescos, y, borrada la perspectiva por las nubes grises, apareció de pronto un cielo incendiado por enormes fosforescencias. El mar, con temblores epilépticos pareció hincharse, subir de nivel, revolverse iracundo. El pobre bajel, juguete de las olas, iba a la deriva sin obedecer al timón, y los hombres corrían de un lado a otro recogiendo cables, arriando velas, sujetando lonas de la escotilla y cerrando las puertas de los camarotes.

Harry, sobre el puente, mostraba su silueta, cubierto, por el chubasquero. Parecía querer desafiar a los elementos embravecidos. Empujó al timonel y empuñó la rueda con sus férreas manos, tratando de dominar el monstruo desbocado, pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante lo imposible.

En aquel instante pavoroso, el «guarne» de estribor saltó, roto un eslabón[1]. Fox Grant acercóse, tratando de empalmar la avería con unos alambres, pero salió despedido contra el escotillón, abriéndose la cabeza. Alí Mohamed, el tunecino, intentó arreglar el desperfecto. El extremo de la cadena le golpeó en un brazo obligándole a retirarse.

¡El buque, sin gobierno, estaba a merced de las olas!

La cadena suelta martillaba sobre cubierta y era peligroso acercarse. Las voces de Harry no eran escuchadas, porque nadie quería exponerse a recibir un golpe. El balandro giraba como una veleta. Y fue entonces cuando el muchacho, saliendo de la cocina, se precipitó sobre uno de los extremos de la cadeneta y la sujetó a uno de los postes de hierro de la baranda; después, empalmando el otro extremo, logró unirlo con un alambre. Provisionalmente, la avería estaba arreglada, pero aquel refuerzo no podría resistir mucho. «Poca Pena» buscó el eslabón que había saltado y, a fuerza de paciencia, consiguió unirlo a la cadena; para ello tuvo que usar tenaza y martillo. Chorreando agua y sudor se incorporó y, levantando la vista hasta el puente, exclamó:

—Ya está, capitán.

—Gracias, muchacho, que te den un trago... —repuso Harry, admirado.

La hazaña del jovenzuelo provocó envidias entre los tripulantes, y en vez de alabanzas, se escucharon reniegos y maldiciones.

La tempestad fue amainando poco a poco, y por estribor se a clareaba lentamente: el viento era más débil y las olas menos altas. El balandro avanzaba a cinco millas por hora.

Dos horas después, el mar era una balsa y el barco doblaba su velocidad. De la fulminante borrasca no quedaban huellas. El cielo iba mostrando un colorido azul y blanco.

Hechos los relevos, después de cenar, el negro se fue a dormir y «Poca Pena» se quedó sentado en cubierta entre los rollos de maromas que había en el castillete de proa. Poco después vio cómo Roy levantaba la lona de la escotilla y, ayudado por Harry, sacaban los «cuarteles». (Planchas de madera que cubren las bodegas).

Por la escalerilla de hierro descendieron y «Poca Pena», empujado por la curiosidad, levantóse de donde estaba y se acercó, dispuesto a ver lo que pasaba. Entonces presenció una cosa curiosa. De unas barras de jabón, partidas a punta de cuchillo, eran extraídos unos lingotes cilíndricos de un color blanco brillante. Fueron amontonados a un lado, y, terminada la operación, los dos hombres se dedicaron a embalar aquellas pequeñas barritas. Escuchó a Roy, que decía:

—Ese jabón habrá que tirarlo al mar.

—Desde luego; en cuanto lleguemos frente al atolón anclaremos el «paquete»... Ya tengo preparado el anclote. Seremos ricos, Roy, Nunca he visto tanto dinero junto. Este platino vale una fortuna fantástica.

—¿Crees que habrá bastante para los dos?

Ambos se miraron y, como si se comprendieran, empezaron a reír como locos.

«Poca Pepa», hipnotizado por la sorpresa, seguía mirando. Por algunas palabras escuchadas se iba dando cuenta de la realidad de los hechos. Antes de salir de Nueva York había oído hablar mucho del robo del camión del Banco y ahora comprendía que se encontraba en medio del tenebroso «gang».

El muchacho, aunque hijo de la calle, no estaba tan pervertido que deseara fraternizar con aquellos desalmados. Tenía su moral propia. Había sido criado en un asilo de reforma, recibiendo una educación cívica y cristiana. Las malas compañías, las noches

pasadas en los arrabales, el hambre y la miseria no lograron desterrar del todo las sanas doctrinas que le hablan Inculcado.

Apartóse presuroso al darse cuenta de que iban a subir a cubierta, yendo a ocultarse entre los rollos de cuerdas.

Recordaría siempre aquella escena. Dos hombres, descubriendo el fruto de un robo, verificado a fuerza de sangre, y hablando de ocultarlo en el fondo del mar. La palabra «atolón» sonaba en sus oídos.

«Poca Pena» era un optimista. Por algo había sido bautizado con aquel apodo. Muchas veces, en medio del hambre y de las penurias, cantaba como un jilguero: también ahora, en su alma había una música sin palabras. Era el pensamiento de luchar contra aquellos miserables en todos los terrenos. Sólo tenía dieciséis años, pero le sobraban entusiasmos. Se fue a dormir, procurando que no le viesen, y se acostó pensando en el nuevo amanecer.

Éste le trajo nuevas sorpresas.

Apenas salió a cubierta tropezóse son Roy, que le dijo:

—Prepara tus bártulos, amigo, porque estás llegando a puerto.

El espolón abre nuevos surcos de espuma y un promontorio se va perfilando a proa.

—El capitán quiere que desembarques en Atowi.

—Pero yo quería ir a Honolulú...

—Ya irás cuando seas más hombre.

No valía resistir ni hacer objeciones. «Poca Pena» comprendió. Querían deshacerse de él. Lo consideraban un estorbo y tal vez un testigo peligroso.

El balandro, una hora después, se detenía detrás de los arrecifes.

—No podemos llevarte con nosotros —le dijo Harry—. En esta isla encontrarás trabajo fácil con los pescadores de ballenas, que siempre necesitan grumetes.

Sacó unas monedas y se las dio, agregando:

—Toma, no quiero que digas que te hemos estafado.

Una canoa fue botada al mar. Harry estrechó la mano del muchacho, deseándole suerte. «Poca Pena» correspondió a la despedida con poco entusiasmo. De los demás, ni se despidió siquiera, limitándose a saludarles con la mano. La canoa le condujo a tierra y allí quedó parado, sobre los acantilados, hasta que el balandro fue achicándose en la distancia hasta borrarle en el

horizonte.

«Honolulú no puede estar lejos —murmuró— y algún día volveremos a vernos».

Con un hatillo de ropa colgado del brazo se puso en marcha como otras muchas veces, sin saber hacia dónde se dirigía.

Las gaviotas trazaban caprichosas curvas en el aire y la resaca se estrellaba con fiereza contra las rompientes.



EDITORIAL ROLLAN está recibiendo
felicitaciones de las mujeres españolas por la
COLECCION F. B I.

III

HUELLAS DELATORAS



ICHARD Clayton llegó a Honolulu mucho antes de que arribara el balandro «Malayta». Al descender del avión despidióse del periodista Albert y se dirigió a la parada de tranvías.

La ciudad presentaba un magnífico aspecto, con sus tiendas cosmopolitas y sus calles anchas, pavimentadas con lava y piedras coralíferas. Los jardines mostraban la magnificencia de sus acacias de gigantesca copa, palmeras y mimosas.

Había dejado su equipaje en la cantina del aeródromo, que pensaba mandar a recoger más tarde, y ya se disponía a subir al

tranvía, cuando vio un coche, tirado por dos caballos blancos, que se acercaba conducido por un isleño. Era un coche de alquiler y lo tomó.

—Llévame a la calle Lilina, veintisiete.

Cruzaron el parque Kapiotani, atravesando Punping Street y Sumapoong Street.

Richard estaba asombrado del bullicio de aquella ciudad. Vendedores japoneses, chinos y coreanos se codeaban con transeúntes de veinte naciones, y todos hablaban el mismo idioma, aunque a veces intercalaban sin querer vocablos extraños. En las ventanas de las casas florecían plantas exóticas de vivo colorido.

Era una tarde maravillosa y Richard disfrutaba viendo tanta belleza. El coche se detuvo, por fin, frente al número 27 de la calle Lilina, una vía ancha y muy frecuentada. Verjas y más verjas separaban los edificios. Las plantas de los jardines mostraban la gama de sus flores y frutos. Los frutales enrejaban sus ramas para ofrecer hogar a los pájaros. Un pino solitario derramaba lágrimas de resina.

—Cincuenta centavos, señor —dijo el cochero, extendiendo la mano.

—Toma un dólar, buen hombre, y hasta la vista.

El sonido de un timbre puso en el silencio del patio enguirnaldado temblores de pentagrama. La luz, entrando a raudales por el parral, trazaba sombras chinescas en la arena.

Una gentil muchacha cruzó el jardín acudiendo a la llamada. Era alta y esbelta, de suaves andares rítmicos. Acercóse a la verja, preguntando:

—¿Qué deseaba, señor?

—Quería ver a míster Thelman. Dígle que está aquí Richard Claytton, de Washington.

—No creo que sea necesario, porque le estaba esperando. ¿Quiere pasar?

—¿Es usted su hija?

—¡No, por Dios! Bill no es tan viejo. Ya se ve que no le conoce.

—Es verdad; nunca le he visto.

Subieron las escalinatas de mármol, cruzaron un pasillo y, de pronto, Richard se encontró en una salita coquetonamente amueblada. Un hombre en mangas de camisa escribía en una

máquina. Levantó la vista al sentir pasos y, al ver al que llegaba, incorporóse, diciendo:

—Celebro conocerle, Claytton. ¿Cuándo ha llegado?

—Hace un momento. Hace calor aquí...

—Síntese. ¿No trae equipaje?

—Lo dejé en el aeródromo.

—Ahora mandaremos por él. Llega usted a tiempo, porque ya empezaba a sentir cierta nostalgia. ¿Un cigarro? ¿Fuma en pipa? Coja lo que quiera.

Bill Thelman era de la misma edad aproximada de Richard; tal vez tuviera un par de años más. Parecía hondamente preocupado. Encendió la pipa y, después de lanzar una bocanada de humo, prosiguió:

—Ese asunto del platino viene a complicar las cosas más de lo que estaban. Para que se dé cuenta de lo que sucede, voy a explicárselo. Honolulu sufre la presencia de una colonia de indeseables que se dedican al más descarado bandolerismo, y la Policía se ve impotente para frenarlos. No me extrañaría que los autores de ese robo escandaloso perteneciesen a la banda. Se trata, amigo mío, de una fuerza organizada muy difícil de localizar. Bien; para que lo sepa, yo me entretengo en escribir crónicas en el *Morning Star*. Lo hago por pasatiempo. El año pasado mandé mi renuncia a Washington, porque pensaba dedicarme a los negocios, pero no quisieron aceptarla, diciendo que mi labor era necesaria, y aquí me tiene atado al pie del cañón. ¿Qué tal le sentaría una tacita de té, o prefiere un refresco?

—No quiero nada, gracias; tomé una cerveza en el aeródromo.

—Bien; como supongo que vendrá cansado será mejor que descanse y ya hablaremos más tarde.

—No puedo; debo estar con cuidado por si llega el balandro. Aunque aún tardará.

—No se preocupe. En cuanto llegue me avisarán. Tenemos en la inspección a un amigo, que ya posee mis instrucciones. Todo está previsto. Hace tres días que me informaron de la salida del «Malayta». Su propietario es muy conocido en la isla. Se llama Harry Woodruff y no es trigo limpio. Al pie de las montañas de Palolo, cerca de Waimanolo, tiene una especie de parador muy visitado por los turistas. Allí se reúnen y bailan, comen, se

divierten. Es un sitio magnífico. Ya lo visitaré. Creo, amigo, que vamos a tener mucho trabajo. En cuanto al balandro, la marinería de la inspección hará un registro en cuanto llegue, pero no tengo esperanzas de que encuentren nada. Serían muy tontos si llegasen a Honolulu con el platino. Hubo un error allá; y yo hubiera procedido de otra forma. Apenas pasó el canal de Panamá ese buque, ha debido salirle al paso una torpedera y capturarlo, hacerle volver a puerto y entonces proceder al registro; ahora ya es tarde y tendremos que empezar de nuevo. Además, no hay ninguna evidencia para proceder a la detención de esa gente, porque unas simples sospechas no bastan. De todas formas, el asunto es interesante y promete dar mucho trabajo.

Richard miraba a todas partes esperando ver a la muchacha que lo recibiera, pero había desaparecido.

Bill, que se dio cuenta de su inquietud, le preguntó:

—¿Busca usted algo?

—No, miraba... Tiene una casa magnífica y...

—Sí, ya sé. Virginia es así; sabe sonreír tan bien y tiene unos ojos tan bonitos, que interesa a cualquiera, pero siento desanimarle. Tiene novio, sí, y piensan casarse pronto. Virginia Dumbart es la hija del director del *Morning Star* y una gran amiga de mi hermanita. Yo también soy soltero, y eso que tengo treinta y un años. Vivo aquí con mi madre, una viejecita muy simpática; mi hermana y dos criados.

Poco después, Richard era presentado a las dos muchachas y a la madre de Bill. Hubo un cambio de miradas muy expresivo entre Virginia y Richard. Bill se sonrió.

Quedó convenido en que Richard se alojaría con ellos. Tenían habitaciones suficientes, y estando juntos, podrían trabajar mejor. Richard era muy aficionado a la pintura y esto le serviría de pretexto para andar por todas partes sin levantar sospechas.

Como había supuesto Bill, ocho días después, el balandro ancló junto al canal y la Policía subió a bordo, efectuando un minucioso registro, que no dio resultado alguno. La carga fue trasladada a un camión, que, cruzando por King Street, se dirigió al parador de la montaña. En el balandro sólo quedó el cocinero negro.

Aquella tarde, Richard se dirigió a la Redacción del *Morning Star*, con la dulce intención de volver a ver a Virginia. El periódico

estaba situado en la calle Niuyana, cerca del famoso Museo Bishop. Cuando subía la escalera vio a la muchacha en el «*hall*», hablando con un hombre. Ella le saludó con la mano. Richard respondió del mismo modo y sus ojos se clavaron en el rostro de aquel individuo. No estaba seguro, pero le parecía una cara conocida. Al llegar al primer piso penetró en la Dirección y, después de hacerse anunciar por un «botones», fue recibido por el director, que se encontraba acompañado por otro hombre, en quien reconoció a su compañero de viaje, aquel Albert Desmond, del *New York Record*.

El padre de Virginia era un viejo periodista, decano de la Prensa local e incansable luchador. Hechas las presentaciones, dijo Richard:

—Soy pintor y tengo encargo de copiar el cuadro de «Los dragones rojos», que figura en el Museo Bishop. Necesitaría un permiso especial y no sé a quién dirigirme. ¿Podría usted, señor Dumbart, indicarme la persona a quién debo visitar?

—No tiene necesidad de molestarse. Vaya en nombre del periódico y no encontrará obstáculo alguno.

En realidad, todo esto sólo era una disculpa para justificar su presencia en la Redacción. Dio las gracias y, antes de salir, preguntó a Desmond:

—¿Nos veremos luego?

—No es fácil, porque pienso marchar esta noche a Atowi con la intención de embarcar en un ballenero para asistir a la pesca de la ballena y enviar algunos reportajes a mi periódico. Estaré unos cuantos días ausente, pero cuando vuelva tendré el mayor placer en pasear con usted y brindar por sus éxitos pictóricos.

—Al subir la escalera —dijo Richard, dirigiéndose ahora a Dumbart— he visto en el «*hall*» a su hija conversando con un caballero a quién creí reconocer, pero no recuerdo... ¿Sabe usted quién es?

—¡Ah! Sí, es su novio, el señor Roy Gloucester, un gran deportista y un excelente piloto. Acaba de regresar de Estados Unidos en el balandro del señor Woodruff, que ha ido a buscar bebidas para su parador de la montaña.

—Entonces, no hay duda que estaba equivocado. Muy agradecido. Buenas tardes, señores.

Y después de estrechar las manos a los dos hombres salió,

dirigiéndose al parque. Necesitaba meditar. Nunca se le había presentado un asunto tan escabroso y tan lleno de misterios. Estaba seguro que el platino había venido en aquel balandro y, sin embargo, no existía el más leve indicio ni la más pequeña prueba de ello. Había estado en la Aduana y en ella le entregaron una detallada nota de la carga traída por el buque. Al salir de Nueva York, el «Malayta» embarcó varios miles de barras de jabón y, al llegar a Honolulu, sólo había como un diez por ciento menos. ¿Era posible que, durante el viaje, hubiesen consumido tanto jabón, tratándose de barras de dos kilos?

Impaciente por poner en claro aquel misterio, levantóse y, tomando un coche, se dirigió a la Inspección de Policía. En presencia del inspector dióse a conocer, diciendo:

—Pertenezco al

F. B. I.,

y necesitaría algunos datos. ¿Puedo ver los prontuariados del archivo?

—No hay ningún inconveniente.

Sentado en un sillón empezó a examinar las fichas. En ninguna de ellas figuraba Roy Gloucester, y, no obstante, él estaba seguro de haber visto aquella cara en alguna parte.

—No está lo que busco —dijo al Inspector— y lamento haberle molestado. Le ruego me perdone y guarde secreta mi visita.

—No necesitaba recordármelo. Las fuerzas a mis órdenes están también a las suyas. Si se le ofrece algo, ya sabe dónde estamos.

—Lo tendré presente, y una pregunta, inspector, ¿puede decirme qué concepto le merece el señor Harry Woodruff?

—Conducta, dudosa. Es un hombre rico. La mayor parte del tiempo está fuera de la isla. En su parador, que es a la vez elegante restaurante y club nocturno, han tenido lugar grandes bacanales y formidables escándalos. Últimamente se realizó un registro, debido a una denuncia anónima recibida, asegurando que allí se consumían drogas, pero no se pudo encontrar nada. Por otra parte, Woodruff disfruta de ciertas prerrogativas: es protector del Museo Bishop, gasta grandes cantidades en obras de beneficencia, paga todos sus impuestos sin retrasos y se relaciona con los más poderosos industriales de la isla, disfrutando hasta de la amistad del gobernador. Sospecho que su conducta no es recta, más tampoco

hay pruebas que permitan confirmarlo. El Gobierno inglés dio malos informes de él cuando vino a establecerse a la isla, pero al mismo tiempo, manifestó, por medio del Consulado, que no tenían nada en contra, porque ha de saber que Woodruff es súbdito inglés, nacido en Cardiff.

—Y de Roy Gloucester, ¿sabe algo?

—Nada. Frecuenta la casa de Woodruff, viaja con él, y eso es todo. Claro que ha sufrido arrestos por escándalos y pagó algunas multas. Es un hombre muy hábil y no se deja coger los dedos fácilmente.

—Gracias, inspector, en nombre del
F. B. I.

—Siempre a sus órdenes, señor.

Richard iba avanzando poco a poco en aquel mar borrascoso cuajado de arrecifes. Necesitaba ver a Virginia y se dedicó a buscarla por todas partes. No le fue difícil encontrarla. Bill le dijo que había salido de compras con su hermana y que probablemente estaría en la tienda

Harrowd's,
de la calle Pearl Hermes.

Subió a un destartelado carruaje, tirado por un sucio caballejo, y se dirigió en aquella dirección. La tal calle estaba muy cerca del «Aquarium» y se apeó en la esquina de la tienda, despidiendo el coche. Quería hacerse el encontradizo y, con tal objeto, penetró en el moderno establecimiento, tan frecuentado por las damas. No tardó en verlas en el departamento de perfumes. Aguardó pacientemente a que terminaran de efectuar sus compras y por fin las vio dirigirse hacia el salón de té.

—¡Caramba, qué casualidad! —exclamó, saliendo al encuentro.

—¿Usted por aquí, señor Clayton? —preguntó Virginia—. ¿Comprando tal vez algún obsequio para la novia?

—No tengo quién me quiera, desgraciadamente. ¿Me permiten que las invite a una taza de té?

Poco después estaban los tres sentados detrás de un biombo pintado con figuras de la mitología persa. El dios Aldujj llevaba por los aires, cogidos por los cabellos, a dos dragones monstruosos de melenas inverosímiles. Richard no pudo por menos de reírse ante

aquella extravagante pintura.

Virginia abrió el bolso para sacar un finísimo pañuelo de encaje y la mirada de Richard descubrió una fotografía tamaño postal. No tuvo necesidad de pensar mucho para saber que era el retrato de Roy. Una sonrisa de satisfacción rasgó su semblante varonil y sus ojos azules miraron los de la muchacha, negros, profundos.

—Honolulu es maravilloso —dijo, sorbiendo el aromático brebaje— y sus mujeres, más maravillosas aún.

Amelia, la hermana de Bill, era una belleza rubia, de ojos verdes y cabellera dorada. Sabía ser oportuna en las controversias. Mirando a Richard, contestó:

—Para ustedes, la mujer, cuando es joven, siempre es hechicera, pero al perder su juventud, se convierte en bruja; cambia de nombre con la edad, aunque el significado debiera ser el mismo...

Richard rió la ocurrencia y con mucho disimulo se apoderó de la fotografía que Virginia llevaba en el bolso abierto, sobre una silla, al lado.

Los testers del salón estaban adornados por aspidistras, plantas de rizoma rastrero, begonias y azaleas acuáticas de hermosas flores.

Un ceres indio de grueso turbante amarillo coronaba la cornucopia central, y sobre el piano, jarras de arcilla y vasos de bronce daban guardia de honor a un «burlón» disecado, especie de tordo. Las hortensias con sus corolas de color verde y encarnado llenaban los ventanales.

La reunión se prolongó bastante. Tanto Virginia como Amelia encontraban agradable la compañía de aquel hombre, que reunía todos los atractivos necesarios para desear su compañía. Salieron juntos y subieron al coche, que les aguardaba: una especie de tartana tirada por dos caballos. Virginia se quedó en la Redacción del periódico y Richard disculpóse con Amelia diciendo que tenía mucho que hacer, marchando a la Comisaría Marítima, en donde se presentó a Dan Stefani, el amigo de Bill. Este muchacho le atendió inmediatamente. Se trataba de enviar por radio la fotografía de Roy a la sede del

F. B. I.,

y mientras llegaba la respuesta solicitada, pasearía por la ciudad. Así lo hizo. Visitó el Museo Bishop y, más tarde, el fuerte Schafer. Al regreso fue hasta el faro, cerca del cabo de Lealu.

Seducido por aquel paisaje paradisíaco, Richard tenía momentos en que llegaba a olvidarse hasta de la misión que le había llevado a Honolulu. Se encontraba en una tierra embrujada por la superstición y envilecida por el sofisma, en la cual hasta los filibusteros modernos disfrutaban de grandes ventajas.

Aquella tarde tenía ese color dorado, brillante, que daba el clima de Hawai. El jardín público, con sus vallas de boj, recortado como los parques ingleses, mostraba el ornato de una flora lujuriosa y exótica. Algunos tucanes y varias zancudas avutardas paseaban su pereza por entre los rododendros. Los balaustres, con sus columnas de molduras, encerraban curiosos ejemplares de arbustos, entre los que destacaba el baniano, con sus raíces aéreas, que empalman con las ramas. También allí podía verse la planta trepadora del betel, cuyas semillas tienen sabor a menta.

En el gran puerto de Honolulu se cargaban grandes cantidades de azúcar, nitro, azufre y piritas. Desde Kanal llegaban los balleneros a reposar de sus peligrosas expediciones.

Richard pensaba en todo esto mientras tomaba apuntes en su libro de notas. De pronto, su lápiz se puso a trazar un rostro de mujer, y cuando estuvo terminado, vio que era el de Virginia. ¿Por qué no hacía más que pensar en aquella muchacha? Desde que había llegado, ella era su obsesión. Odiaba a Roy por saberlo favorecido con las simpatías de la hermosa y hubiera deseado encontrarlo culpable, para poder descargar sobre él todo el peso de la ley.

Se levantó del banco en que estuviera sentado y fue caminando hasta la diagonal Belvedere. Una vez allí torció a la izquierda, descendió por el callejón de Kiamatami y bien pronto se halló en la avenida de las Palmeras. Sentía cierta impaciencia por saber la respuesta de Washington, y es que tenía el presentimiento de no haberse equivocado. Siempre había sido un buen fisonomista y el rostro de Roy le recordaba algo inolvidable.

Penetró en un cafetín, atestado de marineros y pescadores, en donde la gramola hacía sonar los ecos de un «bugui». Las muchachas atendían a sus numerosos parroquianos brindándoles sus mejores sonrisas y unos jarros de espumosa cerveza, rubia como el ámbar.

Arrimado al mostrador, el agente especial del

F. B. I.,

con su atuendo de bohemio vencido por la vida, pidió de beber. Llevaba el sombrero ladeado, la corbata mal ajustada y los cabellos revueltos; en su mirada había un aire de cansancio, que no sentía. Una de las muchachas le invitó a sentarse. Era una morenita de ojos almendrados y cabellera negra reluciente, con una diadema de flores. Se llamaba Himoa y había nacido en Nihau, al norte de Kanal. Hablaba el inglés bastante torpemente, intercalando palabras indígenas, que daban a su conversación cierto pintoresquismo.

Richard no tenía prisa y fue a sentarse con ella detrás de un biombo pintado a la moda de Samoa, con exceso de pájaros y flores.

—No me gusta la cerveza —dijo Himoa, mostrando una doble fila de blancos dientes—. Prefiero el «kusch», una especie de anisado de palmera con mucho azúcar. Tú gustarme. ¿De dónde vienes?

—De muy lejos, pero no hagas preguntas, porque, si no, me voy. Me desagradan las muchachas curiosas. Podemos hablar de ti, por ejemplo, si tienes algo que contar.

—Himoa no tiene nada que contar. Siempre encerrada aquí, cantando cuando está triste y bebiendo sin tener sed.

Richard sacó la cartera para abonar el gasto y, como al descuido, dejó sobre la mesa el retrato de Roy. Himoa, al verlo, exclamó:

—¡«Lupamba»!

—¿Qué dices?

—¿Le conoces? —preguntó ella, señalando el retrato y sin responder a la pregunta.

—Claro. ¿Por qué le llamaste «Lupamba», si su nombre es Roy?

—No lo sé, así le llaman algunos. Antes venir por aquí, pero hace mucho tiempo que no venir; desde que hirió de un tiro a Marquand.

«Lupamba», en el idioma polinesio, quiere decir contrabandista, y por eso la extrañeza de Richard. Por Himoa supo que Roy acostumbraba visitar la isla de Maui, en donde compraba ámbar a los pescadores de ballenas, que después vendía a los tripulantes de los buques que iban a Sídney.

Ya no le cabía duda de que Roy pertenecía al grupo de los «Filibusteros Modernos» que infestaban el archipiélago y en cuyas actividades figuraban el chantaje, el contrabando de drogas y el

robo. Aquel balandro que estaba anclado a la entrada del canal debía ser el vehículo portador del platino, toda vez que Roy viniera en él, pero ¿dónde estaba el valioso metal, cuya desaparición fue capaz de provocar una conmoción política y la dimisión de algunos Jefes de la Policía Metropolitana de Nueva York?

Richard comprendía que la lucha se aproximaba. Bien pronto tendría que recurrir a medios violentos para reducir a la banda, más antes de que eso sucediera había que localizar el platino, lo que no parecía tan fácil.

Despidióse de Himoa, a la que prometió volver por allí, y después de acariciarle la barbilla y apoderarse de una de las flores que llevaba en el cabello, salió, dirigiéndose a la Comisaría Marítima en busca de la respuesta que esperaba. Ya había llegado. El

F. B. I.,

contaba con trescientos técnicos, capaces de encontrar en los ficheros al más astuto bribón de los que saben usar quinientos disfraces.

La respuesta era la siguiente:

«Fotografía corresponde a Stuart Hilton, alias “Lupamba”, conocido “gángster” de Filadelfia, fugitivo de los mares del Sur. Especialista en disfraces; sabe emplear distintas personalidades para burlar a sus perseguidores. Captura reclamada por asalto y lesiones. Perteneció a la banda de “Pistol *Dandy*”. Individuo peligroso. Se fugó de la cárcel de Jersey City con las ropas de un empleado. Su fuga fue muy aparatosa, toda vez que salió en un furgón de cadáveres».

Richard se frotó las manos. Ahora ya estaba sobre la buena pista y todo consistía en no perder el rastro.

Silbando alegremente salió de la Comisaría, dirigiéndose a la casa de Bill, al que comunicó su descubrimiento.

Bill hizo un gesto de desagrado. ¿Cómo decirle a Virginia que su novio era un filibustero moderno reclamado por las autoridades de América?

—¿Qué piensa hacer? —preguntó a Richard, con cierta ansiedad.

—Seguir sus pasos incansablemente hasta acorralarle. El platino

debe estar oculto en algún sitio y ellos mismos se encargarán de señalarlo. No pienso descansar hasta haber atrapado a todos, El prestigio del

F. B. I.,

está en juego y confío en que me ayudará.

Naturalmente. Tanto yo como Stefani estamos a su disposición, y en caso de necesidad, podemos pedir apoyo a la Policía.

—Eso, en último extremo. Cuanto más silencio, mejor.

Desde aquel momento, la lucha iba a entablarse sanguinaria y brutal entre el

F. B. I.,

y los filibusteros modernos. Lucha sin cuartel, ciega y violenta, en un escenario pletórico de belleza y bajo un cielo azul y alegre. La lucha de la ley contra el crimen.



¿LA MEJOR REVISTA INFANTIL?

LA QUE TIENE EN PREPARACION

EDITORIAL ROLLAN

IV

EN EL PARADOR LOS HEMISFERIOS



L final de Pumping Street empieza el valle, que se va ensanchando hasta tropezar con las alturas de Palolo, al pie de las cuales se encuentra el parador Los Hemisferios, más animado durante las noches que por el día. Richard alquiló un «taxi» y se hizo conducir al elegante establecimiento. Brillaba la luna en un cielo perforado de estrellas y el viento peinaba las cabelleras de los pinos. Frente a la casa había estacionados varios lujosos automóviles con los faros apagados.

Apeóse Richard del coche —un «Cadillac» moderno— y ordenó al chófer que le esperase.

La música de un «blue» llegaba, lánguida y apagada, de banjos y

ukeleles.

Una gran marquesina de cristales estaba iluminada por luces verdes. En el farol central se leía el nombre de la casa. Todo el frente del edificio presentaba aspecto de pagoda con enormes columnas, a las que se enroscaban verdes trepadoras de rojas flores. Debajo de los soportales había algunas mesas y sillones de mimbre, ocupados por bebedores insaciables, acompañados por damas de dudosa reputación. Honolulu volcaba por las noches, en aquel lugar, a los desilusionados, mordidos por el tedio, que ansiaban encontrar un lenitivo a sus atormentados espíritus. Palacio del vicio era el parador, paraíso de la crápula y madriguera de los que hacían de la noche día.

Richard iba decidido a descubrir algo, aun sabiendo a lo que se exponía. Al penetrar en la sala, lo primero que vieron sus ojos fue a Roy recostado en la barandilla del palco de la orquesta, hablando con una vendedora de flores indígena. Más allá estaban dos tipos, uno de los cuales tenía una barba negra y se cubría la cabeza con un gorro turco. Sentados en unas otomanas vio a otros tres individuos de aspecto siniestro. Se veía a simple vista que las ropas que llevaban puestas no habían sido cortadas para ellos. Sin conocerlos, intuyó que se trataba de pistoleros a sueldo. Se había metido en el avispero...

Los ojos de Roy se clavaron en él con maligna insistencia y una extraña sonrisa se dibujó en sus labios. El hampón abandonó su observatorio y se dirigió al encuentro de una dama rubia que acababa de penetrar en el salón.

Richard buscó una mesa solitaria, y al ver una, desocupada cerca de la orquesta, fue a sentarse. Una rubicunda camarera acudió a servirle.

—Un «fernet», señorita, con un poco de «bitter» y soda.

Algunas parejas bailaban en un cuadrilátero abrigado por las luces. Los pies de los bailarines, por un efecto de óptica, parecían flotar ingravidos. Alrededor, mesas con flores y luces discretas, cuyas pantallas, en forma de embudo, aminoraban el reflejo... Todo estaba estudiado en aquel templo del pecado. Algunos palcos, de cortinas carmesí con flecos púrpura, servían de refugio a los que no querían exhibirse.

Richard buscaba a Woodruff. Nunca lo había visto, pero estaba

seguro de conocerlo por la descripción que le hicieron de él. Seguramente no estaba en el salón. De pronto, por la escalera del fondo descendió una dama con traje de noche, maravillosamente atractiva. Adornaba su cabello una brillante diadema y al cuello llevaba un collar de perlas blancas y negras.

Volvió la camarera, y Richard le preguntó discretamente quién era aquella señora tan bella y magníficamente enojada.

—Es «la Reina», la que manda aquí, señor —repuso la indígena en voz baja.

Richard había visto a la camarera hablar con Roy y supuso que debía haber recibido instrucciones. Poco después vio a «la Reina» hablando con Roy. Le miraban a él. Ya se había hecho sospechoso. Disimulando, bebió el combinado helado sorbo a sorbo y esperó los acontecimientos, que no tardarían en presentarse.

Roy se acercaba. Sacó su pitillera de plata y de ella un cigarrillo; lo estaba sacudiendo en la palma de la mano, cuando «Lupamba» hizo su presentación, diciendo:

—Buenas noches; si no me equivoco, usted es ese famoso pintor, del que se ocupó el *Morning Star*.

Richard lo miró mientras encendía el cigarrillo, preguntando:

—Y usted, ¿quién es?

Sin contestar a la pregunta sentóse frente a él, diciendo:

—Beberemos juntos. Tengo grandes deseos de charlar con usted.

La tormenta se acercaba. Los «gángsters» habían cambiado de sitio, colocándose cerca de las puertas. Sin demostrar preocupación alguna, dijo Richard:

—Aún no ha contestado a mi pregunta. ¿No le es fácil, acaso?

—Creí que lo sabía. ¿No se lo preguntó al señor Dumbart? Precisamente de eso quería hablarle. Virginia es mi novia y no me agrada verla con usted. Les estuve observando en la galería de Harrow's.

¿Está claro?

Roy destapó las botellas, sirvió en cada copa un poco de la mezcla, añadió soda y, levantando después su copa, agregó:

—Brindo porque no le pase nada, señor artista.

—Y yo brindo —repuso Richard— por... «Lupamba».

Después de decirlo se arrepintió de haber pronunciado aquella palabra. Los ojos de Roy echaban chispas y su mano apretó con tal

fuerza la copa, que estalló el cristal.

—Me gustaría saber dónde aprendió ese nombre. ¿Conoce a ese «Lupamba»?

—¿Por qué no se marcha? ¿No se ha dado cuenta que me está, molestando? ¿Quiere irse o prefiere que lo eche? Nadie le ha llamado ni tengo ganas de charlar con usted. A veces es preferible estar solo, y en esta ocasión lo deseo. Vaya, que «la Reina» le está esperando...

Richard buscaba el modo de sulfurar a Roy y lo consiguió plenamente.

—Está bien. Volveremos a vernos, y le aseguro que se acordará de mí si vuelvo a verle hablando con Virginia. Ella es una dama y usted un advenedizo.

—Escuche, amigo —respondió Richard, muy tranquilo—: una dama es una mujer que facilita al hombre la tarea de ser caballero. No sé si me entenderá...

Al oír estas palabras, Roy levantó la mano con la intención de dejarla caer sobre el rostro de Richard, pero éste lo atenazó por la muñeca obligándole a sentarse a viva fuerza.

—No vuelva a intentarlo —le aconsejó— o le pesará.

—Por favor, señores —dijo una voz a sus espaldas—, están llamando la atención. Pasen al reservado y discutan allí cuánto quieran.

Era «la Reina», que fumaba un cigarrillo egipcio en una larga boquilla.

—Ya hemos terminado, señora —repuso Richard.

—Por ahora, si —contestó Roy con ojos de basilisco, alejándose furioso.

«La Reina» parecía sorprendida. Era una mujer extraordinaria no sólo por su belleza, un poco artificiosa, sino también por la distinción de sus modales. Bajo su dirección funcionaba el Club, y su prosperidad era manifiesta. No olvidaba un detalle, y todas las noches, a la misma hora, descendía por la alfombrada escalinata, con la majestad de una reina auténtica.

—¿Quiere seguirme, señor? En el reservado podremos hablar sin ser interrumpidos.

Richard estuvo a punto de negarse, más no lo hizo. Sentía la doble curiosidad de profundizar en el alma de aquella mujer y al

mismo tiempo saber lo que podía decirle. Palpó debajo del «*smoking*», comprobando que llevaba la pistola, y, ya decidido, siguió a «la Reina».

Se encontró en un saloncito coquetón y discreto, todo acolchado y lleno de colgaduras. La puerta del fondo estaba disimulada por unas cortinas carmesí. La lámpara que colgaba del techo lanzaba destellos azulados. Ella le indicó un asiento y se sentó a su lado. Un aroma penetrante se desprendía de los búcaros que adornaban las hornacinas. «La Reina» oprimió un timbre y entró una camarera.

—¡Licor de menta para mí y un combinado con hielo para este caballero!

El agente del

F. B. I.,

no esperaba aquel desenlace y sospechó que trataban de tenderle una trampa. No podía concebir que una dama a quién no había visto en su vida le recibiera de tal modo; tampoco podía comprender la razón de haberle traído a un reservado en donde cualquier ruido hubiera sido apagado sin llegar a la sala, incluso un disparo de pistola...

Mientras pensaba esto, llegó la camarera con lo pedido, lo dejó sobre la mesita y se retiró silenciosamente.

Durante esos breves instantes, «la Reina» había colocado un diminuto frasquito en un extraño dispositivo, y éste, en un anillo que llevaba en el dedo corazón de la mano izquierda, girándolo de manera que la botellita quedase oculta en la palma. Cuando se volvió hacia él, lo único visible era la brillante joya que centelleaba en su dedo. «La Reina» llevó la copa, a sus labios y bebió un sorbito. Volvió a dejarla en la mesa con la mano izquierda. Richard no le quitaba, disimuladamente, los ojos de encima, vigilando todos sus movimientos, y así vio cuando el frasquito se abrió automáticamente y unas gotas de un líquido verdoso caían en su copa.

—Bebamos —dijo ella dando el ejemplo, sonriente.

Richard levantó la suya y, señalando la araña de luces, exclamó:

—¡Qué cosa tan, rara! Una de esas luces ha cambiado de color...

Bastó que «la Reina» apartase unos segundos la mirada para que todo el licor que contenía la copa de Richard cayese silenciosamente sobre la alfombra. Cuando ella volvió a mirar vio

que él retiraba la copa de los labios.

—Este combinado es mejor que el de antes —dijo, haciendo un gesto de satisfacción.

Ella sonreía. Era la suya una sonrisa perversa. Contemplaba al hombre, esperando verlo caer doblado sobre la mesa. Richard había sentido el olor especial del combinado y dedujo que la droga era una poderosa adormidera; por tanto, tenía que representar su papel hasta el final, para ver hasta dónde llegaba aquella gente con sus audacias.

Fingiendo repentinamente un profundo sueño, sus ojos empezaron a cerrarse. Ella no pudo contener una sonrisa triunfadora.

—Me siento cansado y no sé lo que me pasa; mi cabeza da vueltas... Pero ¿qué es esto? Señora, yo...:

Inclinóse sobre la mesita y su mano barrió las copas, que cayeron sobre la alfombra. «La Reina» oprimió otra vez el timbre, pero esta vez fueron dos voces largas y una corta. Una llamada de combinación era aquélla y no tardaron en aparecer dos hombres vestidos de «*smoking*». A una seña de ella cogieron a Richard, uno por los pies y otro por la cabeza, y lo sacaron del reservado por la puertecilla disimulada por el cortinaje de color carmesí, atravesaron, un pasillo y fueron a salir a un patio sombreado por parrales, siempre seguidos por ella. Penetraron en un aposento de paredes bajas y lo sentaron en un sillón.

—Dejadlo ahí; dormiré cuatro horas. Cuando todos se marchen, le aplicaremos el detector de la verdad y nos dirá quién es. Vosotros lo vigilaréis. Cuidado con él. Tú, Dugo, vigila la puerta, y Oppa que se quede a su lado. No creo que despierte, pero por si acaso. ¡Cuánto siento que no esté Woodruff! Se hubiera divertido un rato, a él que le gustan tanto mis experimentos.

Lanzando una risita sorda alejóse, dejando a los dos rufianes custodiando al «dormido». Richard se divertía con aquello. Si hubieran podido ver su rostro, habrían tenido motivos suficientes para sorprenderse, porque Richard se estaba riendo. Apoyado en los dos brazos miraba al suelo y veía las piernas de Oppa muy cerca de las suyas. Estuvo pensando en el desenlace de la aventura. No podía esperar al experimento, que podía ser peligroso. Su intervención de aquella noche fue demasiado precipitada, pero ya no tenía remedio.

Con ella había declarado la guerra a todos los compinches de Woodruff e incluso a «la Reina». Moviéndose un poco y Oppa se levantó alarmado, creyendo que iba a despertar. Tan seguros estaban, que no se habían preocupado de registrarlo. Richard introdujo en un bolsillo la mano derecha y empuñó la pistola, y cuando Oppa le levantaba la cabeza, agarrándole por los cabellos, recibió tan terrible culatazo, que cayó hacia atrás, lanzando un gruñido de dolor. Dugo dio un salto tremendo y, estirando los brazos, intentó aferrar a Richard, y fue entonces cuando el pie de éste salió disparado, golpeando el vientre del «gángster», que se dobló como si lo hubieran cortado por la mitad: y antes de que pudiera incorporarse, la culata de la pistola caía sobre su cabeza con terrible fuerza. El hombre perdió la noción de las cosas y se hundió en la inconsciencia. No había tiempo que perder. Si era descubierto no vacilarían en eliminarlo. Atravesó el patio buscando una salida, y no encontrándola, trepó por el tronco de una parra y, encaramándose sobre el muro, saltó al otro lado.

Oppa abrió los ojos y, al darse cuenta de que estaban solos, corrió hacia la entrada del pasillo y oprimió el botón de alarma. Dos luces rojas se encendieron en el salón. Roy, seguido de Hyma y Ali, salieron a la explanada al tiempo de ver a Richard subir al «taxi».

—Venid conmigo —dijo a sus compañeros—. Lo cazaremos antes de que logre llegar a la ciudad.

Penetraron en un «Packard» pintado de gris y Roy se puso al volante. Con un ronquido, el coche arrancó, rasgando el silencio de la noche, y como una flecha salió en persecución del «taxi». Durante unos instantes, los dos vehículos fueron como dos sombras imprecisas en la cinta oscura de la carretera, hasta que, de pronto del «Packard» salió un fogonazo. Junto con esta primera detonación se escuchó otra y el cristal del parabrisas saltó en pedazos. Los faros del coche se encendieron y el motor zumbó con más fuerza, al aumentar gradualmente la velocidad del vehículo. Roy, afanoso por alcanzar al perseguido, torció a la izquierda, intentando cortar terreno. Al salirse de la senda, las ruedas del «Packard» encontraron terreno blando y empezaron a patinar. Roy, lanzando una maldición, se arrojó del coche y dijo a sus compañeros que le siguieran. En aquel momento, el «taxi» doblaba una curva. Los tres «gángsters» hicieron fuego al mismo tiempo y una de las balas

alcanzó al chófer, que cayó sobre el volante. El coche, sin dirección, iba a estrellarse contra unos árboles, cuando Richard se hizo cargo de la dirección, consiguiendo frenar a tiempo. Al ver al pobre conductor muerto, una rabia sorda se apoderó de él y, descendiendo del carruaje, corrió y se atrincheró detrás de una pared.

Las luces de la ciudad parpadeaban muy cerca. El viento, con sus notas enronquecidas, silbaba entre las ramas. Roy escuchó de pronto una risa burlona que llegaba hasta él. La cabeza y los hombros de Richard surgieron por encima de la pared y el cañón de la automática vomitó lenguas de fuego. Hyma, herido en un brazo lanzó un grito de dolor. Richard miró hacia el descampado. Y fue entonces cuando su risa burlona resonó sembrando el terror en los corazones de los que la oyeron. Invisible detrás de la pared, tenía a raya a los tres hombres que habían terminado por regresar junto al coche y parapetarse. La moral de aquellos hombres empezaba a decaer. Desde la oscuridad, Richard los desafiaba con su risa, que parecía la risa de un loco. En aquel muro de penumbras los hombres se movían como sombras. Roy era un luchador aguerrido, fogueado en las calles de Filadelfia y en las orillas del lago Michigan, pero tuvo que reconocer que su contrario sabía defenderse. Algunas balas se alojaron en los neumáticos del «taxi» y cuando poco después, Richard trató de continuar la huida, se dio cuenta del perance.

No era fácil que pudieran localizarle y podía huir fácilmente a través de los árboles, pero sentía en su interior como una comezón que le impedía moverse; era el afán de revancha, el deseo de darles una lección; y en vez de marcharse, se agazapó más aún detrás de la pared, para ofrecer menos blanco.

Sus enemigos, al comprobar que ya no disparaba, se confiaron, decidiendo avanzar hacia el coche, y entonces fue cuando él asomó de pronto, descargando su pistola. Hyma recibió un nuevo impacto y esta vez cayó herido de muerte. Roy retrocedió y lo mismo hizo su acompañante.

En aquel momento oyó el «claxon» de un coche y la luz de los faros iluminó el sendero rasgando las penumbras brumosas. Richard retrocedió más que aprisa, yendo a ocultarse. Los ocupantes del carruaje descendieron y se acercaron al «taxi».

—¡Está muerto! —dijo uno.

—Es un coche de alquiler —añadió otro—. Daremos una batida por aquí.

Se trataba de una patrulla motorizada y los agentes se distribuyeron pistola en mano, alumbrándose con sus linternas, que parecían inquietas luciérnagas. Roy empujó a su acompañante Alí y subiendo al «Packard», huyeron apresuradamente. Los de la patrulla dispararon contra ellos, aunque sin resultado. Poco después, encontraban el cadáver de Hyma, al que condujeron al cuartelillo más cercano, llevando también el «taxi» a remolque.

Al día siguiente el *Morning Star* publicaba la siguiente noticia:

«Anoche, hacia las once y media, elementos del hampa riñeron en la carretera de la montaña, cerca del parador Los Hemisferios, entablándose una lucha entre ellos; resultando dos muertos, el conductor del “taxi” C. 765H, y un individuo que no ha podido ser identificado. La patrulla de servicio recogió los cadáveres y el coche de alquiler que se encuentra en la Comisaría del Parque Kapiotani».

Aquel breve comentario había sido escrito por Virginia, y Richard se sonrió al pensar que había sido su novio precisamente el autor principal del hecho. Tenía que hacer algo para impedir que aquella linda muchacha siguiera teniendo fe en semejante canalla. Desde luego ella podía servir de cebo para atrapar a Roy, más esto no le seducía, porque al proceder de tal forma, Virginia le aborrecería y lo que él deseaba era conquistar su cariño.

Se encontraron aquella tarde en casa de Bill, en la soledad del jardín, y bajo la sombra protectora de los mangles. Richard no sabía cómo iniciar una conversación que estaba deseando iniciar hasta, que ella le dijo:

—Si usted quiere iremos al Museo Bishop para que pueda copiar ese cuadro de que habló a mi padre.

Richard vio el cielo abierto y respondió muy contento:

—No me atrevía a proponérselo. Iremos, señorita Virginia. Precisamente tengo un coche a la puerta —se levantó para salir.

—No, hoy no; ya es tarde y para pintar se necesita buena luz. Mañana a primera hora yo misma iré en su busca.

—Será un favor que nunca olvidaré —respondió él un poco

decepcionado.

Se miraron. En las pupilas de la muchacha brillaba una muda interrogación.

Un colibrí vino a posarse sobre una flor y agitando sus alas multicolores, picoteó los pétalos...

Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxito más de EDITORIAL RÓLLAN!

V

HUELLAS DEL PASADO



L Museo Bishop estaba emplazado al final de la calle King, en una plazuela sombreada por palmeras, plátanos y nipas. Era muy visitado por turistas, ya que en sus salas se exhibían objetos antiguos de los primitivos habitantes de las islas. En la planta baja se encontraba la biblioteca y el departamento destinado a los fósiles de épocas remotas. En el primer piso se hallaba la sala de pinturas, y a la derecha, una sala destinada a los ídolos, armas y trofeos.

Poco después de penetrar Virginia acompañando a Richard, un hombre se acercó al conserje y estuvo hablando con él. Un rato más tarde, Harry Woodruff en persona penetraba en el museo, seguido

de Roy.

Por debajo del museo pasaba un canalillo, corriente da agua subterránea que iba a desembocar en el canal.

Entre los protectores del museo figuraba Woodruff quién había donado grandes cantidades para su sostenimiento. Debido a esto, los empleados le consideraban como una autoridad indiscutible y el peligroso aventurero entraba y salía libremente. Todos ignoraban que Woodruff había convertido una parte de aquel edificio en lugar de reunión con sus secuaces. Precisamente, la noche anterior estuviera tratando de rescatar el platino hundido frente al atolón de la isla. Y ahora, al habla con Roy, trataba de apoderarse de Richard, de quien sospechaban. Uno de los aposentos de la planta baja, tenía comunicación secreta con el canalillo. Se trataba de una corriente de agua procedente de la montaña; aquel canalillo no era obra de los hombres, sino de la Naturaleza, pero eran pocos los que sabían que tuviese comunicación con el canal que desembocaba cerca de los muelles. La habitación destinada a secretaría era la más frecuentada por Woodruff. Al fondo de aquel aposento, había un escotillón. Debajo, pasaban las aguas...

En aquella primera visita, Richard tomó algunos apuntes y al día siguiente acudió de nuevo, acompañado de Virginia. La pintura sólo había sido un pretexto para ocultar su verdadera personalidad, pero ahora deseaba seguir pintando para estar con la muchacha.

Esta segunda sesión se prolongó más que la primera, y cuando fueron a salir se encontraron con que ya habían cerrado la puerta principal de la sala. Uno de los empleados les indicó que saliesen por la otra escalera que daba al patio.

Richard se extrañó. Él tenía autorización para permanecer en el museo todo el día. Se lo dijo a Virginia y ella respondió que sin duda el otro empleado, al marcharse a comer, cerraría la puerta llevándose la llave sin darse cuenta.

Descendieron por una escalera oscura. Crujían los escalones con ruido siniestro. Era un edificio muy antiguo, de los más primitivos de la isla. Virginia se cogió del brazo de Richard y éste le acarició la mano. Notó que se estremecía.

Aquella escalera no terminaba nunca. Tenía unos escalones muy estrechos y las sombras le rodeaban.

De pronto se dieron cuenta que ya no había escalones. Estaban

caminando por una especie de pasillo. Sus pasos resonaban lúgubrementemente en el recinto.

—Creo que nos hemos extraviado —dijo ella con voz temblorosa, apretando el brazo de su amigo.

—Es bastante extraño —respondió Richard—, y no lo comprendo. Será mejor que volvamos atrás.

Retrocedieron, y al hacerlo se encontraron encerrados. Una puerta, antes abierta, les cerraba ahora el paso.

Richard encendió la linterna eléctrica que siempre llevaba consigo y reconoció el lugar en que se encontraban. Era un pasillo muy estrecho, sin salida por ninguno de sus extremos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Virginia con voz asustada.

—Esperar a que vengan a sacarnos de aquí. Sin duda inadvertidamente nos hemos introducido en alguna galería secreta...

Dijo esto para tranquilizar a la muchacha, pero en realidad pensaba otra cosa muy distinta.

Estaba sospechando alguna encerrona de los bandidos. Recordaba que al entrar había visto a un individuo mal encarado pasear por delante de la entrada principal, y hasta le pareció que era uno de los hombres que estaban en el parador de Los Hemisferios.

Cansado de esperar, golpeó con los puños el tabique, pero aquello debía tener algún entrapaño, porque los golpes sonaban a hueco. Hacía allí un calor pegajoso, maloliente.

—Ahora recuerdo —dijo Virginia— la historia de este caserón, que me contó mi padre. Parece ser que en el siglo XVIII los franceses desembarcaron frente a Moanalúa y subieron por el gran canal haciéndose fuertes en esta casa contra los indígenas que descendían de las montañas de Waimanolo. Parece que entonces construyeron una serie de pasillos secretos y cuando los guerreros de la reina Ytuwinka penetraron en la casa, la encontraron vacía. Los franceses habían huido por el canalillo que corre por aquí debajo.

—Eso será una leyenda. Lo que hace falta es ver cómo salimos de aquí.

—No, la corriente subterránea existe.

Callaron. El silencio más abrumador les rodeaba. Richard miró

su reloj pulsera y vio que eran las doce y media. Llevaban más de una hora encerrados en aquella maldita trampa. La muchacha se apretaba contra él. Iba perdiendo la serenidad y el terror paralizaba su corazón. Si no les socorrían estaban condenados a perecer de hambre y sed en aquel encierro.

—Sentémonos —aconsejó Richard—; al menos estaremos más cómodos.

Intentaba infundirle ánimos, pero era en vano porque ella ya había perdido el control de sus nervios y sollozaba como una criatura.

Sentados en el suelo, Richard trataba de consolarla prodigándole frases animosas.

—No se apure, no pasará nada y cuando se den cuenta vendrán a sacarnos de aquí. Alguna puerta condenada hace tiempo que se ha cerrado sin saber cómo. Estas casas antiguas están llenas de pasajes y escondrijos. No pierda la esperanza, querida.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Al hacerlo, se dio cuenta de que una leve corriente de aire soplaba a sus pies.

De pronto el suelo empezó a moverse y las tablas se abrieron de golpe, cayendo abajo ambos. Virginia lanzó un grito de terror y Richard vióse proyectado por el aire, yendo a parar a una especie de bodega. Cayeron sobre una lona sostenida en sus extremos por cuerdas. El piso de tablas volvió a ocupar su primitiva posición con un ruido de rechinamiento sobrecogedor.

Se hallaban ahora en un local atestado de cosas viejas. Barricas vacías, cajones, montones de sacos, cacharros de todas clases, muebles fuera de uso. Un farol colgaba de una escarpia y su luz temblona apenas iluminaba el tétrico recinto. Penetraba un frío aire por unas grietas abiertas en el muro rocoso. Hasta ellos llegaba el ruido producido por una corriente de agua.

Richard, asombrado, quiso examinar todo aquello y se dirigió hacia el fondo. Apenas había caminado unos pasos cuando una red le cayó encima, paralizando sus movimientos, y antes de que pudiera desprenderse de ella, aparecieron tres hombres. Al verlos, Virginia lanzó un grito de sorpresa. En uno de ellos había reconocido a Roy.

Richard fue dominado fácilmente y desarmado, sujetándole después con una cuerda.

—¡Tú! —exclamó Virginia, aterrada, mirándole con infinita sorpresa.

—Perdona, querida —respondió Roy—, pero no tenía otro remedio. Este hombre —y señaló a Richard— se ha mezclado en mis asuntos y me veo obligado a cortarle los vuelos. Tú, nada tienes que temer y él, si es un buen chico, tampoco. Os trataré bien hasta que termine algo que tengo empezado y después os pondremos en libertad.

—Ahora lo comprendo —dijo ella con desprecio—; estás fuera de la ley. Nunca lo hubiera creído.

—No te pongas así, pequeña. Sabes que te quiero y nos casaremos en cuanto las cosas se pongan bien. No estoy como tú crees.

—Ya no me casaría contigo ni por todo el oro del mundo, ¡canalla...!

—Lo siento. En ese caso, tu amigo no lo pasará muy bien. Ya sé que te gusta...

Richard, con las manos sujetas a la espalda, presenciaba la escena sin decir una palabra, pero al escuchar la amenaza del bandido no se pudo contener y replicó:

—Pienso vivir lo suficiente para verte entre rejas. O con una bala en la cabeza.

—¡Ah, entonces confiesas que eres de la Policía! Me lo figuraba...

—Yo no confieso nada; pero los hombres como tú solo tienen un final: la cárcel.

Roy acercóse a él sonriendo y lo abofeteó. Atado y todo como estaba el joven, tuvieron que sujetarle porque a puntapiés intentó agredir al «gángster».

Uno de aquellos hombres descolgó el farol. Era el árabe Alí. El otro empujó a Richard. Roy intentó coger a Virginia del brazo, pero ella se desprendió, exclamando con rabia:

—¡No me toques! ¡Eres un bandido, un canalla, todo lo peor!

—Tú te lo pierdes —replicó él con cinismo—, porque novio como yo no lo vas a encontrar en todos los días de tu vida.

Sus compinches rieron. El hombre que empujaba a Richard con el cañón de la pistola era Oppa, que aún conservaba en la cabeza la señal del golpe recibido. Los dos prisioneros fueron conducidos a

una escalera de piedra y después a una especie de embarcadero, en donde se veía una lancha. Estaban en el canalillo. Allí colocó el farol en la proa de la embarcación y Roy empujó a Richard haciéndole saltar al bote. Volviéndose éste, diciendo con voz burlona:

—«¡Lupamba...!». «¡Lupamba!...»

Rol contestó con un furioso puñetazo, maldiciendo soezmente.

—¡Cobarde! —gritó ella—. ¡Cómo te aprovechas de que está atado!

—¡Cállate, si no quieres cobrar tú también! Yo os voy a enseñar. Vais a saber quién es «Lupamba».

Ya estaban todos a bordo y Allí empuñó los remos. El canalillo parecía un negro túnel. Durante siglos y tal vez milenios, las aguas con su empuje poderoso, se habían abierto paso, horadando una profunda galería. Del techo colgaban como racimos, hierbajos incoloros que semejabán monstruosos insectos. Las aguas eran turbias, de un color escarlata oscuro, mezcladas con las tierras arcillosas de la montaña. Nadie sabía el lugar del nacimiento de aquel torrente que se deslizaba impetuoso, engrosado por las numerosas filtraciones subterráneas hasta hacerlo navegable en pequeños botes.

A pesar de estar desarmado Richard, los dos «gángsters» no abandonaban las pistolas y lo vigilaban atentamente. Habían tenido ocasión de comprobar su puntería y la fuerza, de sus puños y no querían exponerse.

El bote se deslizaba rápidamente, empujado por las aguas encajonadas que cada vez adquirían más velocidad. La luz del farol trazaba filigranas en los muros negros y relucientes.

Virginia parecía haber recobrado el valor perdido, confortada tal vez con el ejemplo de Richard, que sufría estoicamente todos los golpes de sus enemigos. Veía en sus ojos relámpagos de audacia y mentalmente comparaba a uno con el otro.

De pronto se revolvió, gritando. Roy acababa de sujetarla los brazos mientras Oppa se los ataba a la espalda. Después le colocaron una venda. Lo mismo hicieron con Richard.

—Y nada de gritos —advirtió Roy—, si no queréis que os tire al agua. Vamos a entrar en el canal grande y dentro de un momento llegaremos al punto de destino.

El túnel se fue llenando de luz y poco después, el bote flotaba en

aguas profundas. Sobre ellos, se agitaban los brazos de los árboles y enormes raíces se enroscaban como sierpes.

Cuando a Richard le quitaron la venda encontróse tirado en el suelo, sobre un piso de arena. Estaban en una gruta. Virginia se hallaba a unos cuantos pasos sentada en una piedra. La habían desatado las manos.

—Ya estamos en casa —dijo Roy haciendo una reverencia burlona—. Aquí no se paga alquiler y el cementerio está a dos pasos. No hay más que atarle una piedra a uno y las aguas lo cubren apaciblemente para siempre. Cuando terminemos una operación que tenemos empezada, volveré a buscaros y os llevaré a un barco que nos trasladará lejos de aquí. No os podéis quejar, ¿eh?

Richard miró la cueva. Era bastante espaciosa. Había algunos enseres, llevados de a bordo seguramente. De allí no había escapatoria posible, porque la entrada daba al canal y la gran corriente de agua impediría todo intento de fuga. Además, las barrancas parecían cortadas a pico. Roy pareció adivinar los pensamientos del cautivo, porque le dijo:

—No pienses en escaparte porque eso no es fácil. Me llevaré el bote, único puente con la orilla, y aquí estaréis separados del mundo por veinte yardas de agua. Corto trayecto, y sin embargo, no podréis salvarlo sin mi ayuda. Estos amigos cuidarán de vosotros. Veremos lo que dice el jefe es tan caprichoso, que a lo mejor os perdona —lanzó una risotada y agregó—: No confiéis demasiado, por si me equivoco. Bueno, Oppa, quedas de jefe del campamento, Alí turnará contigo. No lo desatéis más que para comer. Adiós, mi dulce novia: has querido darme celos y ya ves lo que has ganado... Medita un poco en las consecuencias...

Sin dejar de reír salió de la cueva. Sonaron sus pasos lúgubrementemente, alejándose. Richard, atado como estaba, no podía intentar gran cosa, pero tampoco desesperaba. Sabía muy bien que un descuido no es evitable y él sabía aprovecharlo si llegaba el momento.

Miró a Oppa y después de observarle, le dijo:

—Supongo que se podrá fumar. Tengo cigarrillos, ¿quieres darme uno?

—Yo sé lo daré —se ofreció Virginia.

—¡Quieta! —atajó Alí, dándole un empujón.

Oppa, sin decir nada se acercó a Richard, buscó los cigarrillos en sus bolsillos y le puso uno entre los labios, que luego encendió, diciendo:

—Servido; no molestes mucho porque pronto me canso...

Pasó así el tiempo. Tanto ella como Richard sentían apetito. Eran las tres de la tarde. Por fin Alí trajo unos emparedados y una jarra de agua y le desató las manos. Oppa, sentado enfrente, jugaba con la pistola.

Comieron en silencio. Mientras comían, Richard pensaba en la forma de burlar a los secuaces de Roy. No era fácil; tanto Oppa como Alí le vigilaban, atentamente. Virginia parecía estar ajena a todo, pero en sus ojos había un mensaje secreto dirigido a Richard, y éste lo comprendió.

Apenas habían terminado de comer y antes de que lo ataran de nuevo dijo a Oppa, sonriendo infantilmente.

—Nos vamos a aburrir de lo lindo y podríamos jugar a los naipes. Tengo cien dólares americanos que no me sirven para nada. Sois dos, y armados...

Los dos «gángsters» se miraron. Aquello era una tentación demasiado fuerte para resistirla. Después de todo, ellos estaban armados, como dijo Richard.

Richard encendió otro cigarrillo. En sus labios había una sonrisa amistosa, cordial y optimista. Tanto Oppa como Alí, tenían cerebros primitivos, de tarda comprensión, ingenua. Ellos no podían pensar que un hombre sin armas pudiera resultar peligroso estando ellos armados. Además, cien dólares nunca vienen mal y esperaban ganarlos con cartas o sin ellas, porque para algo estaban las trampas. Después de consultarse, aceptaron la propuesta. Jugarían un rato hasta dejarlo «limpio» y luego lo atarían de nuevo. Les cautivaba la emoción del juego antes que nada.

Richard vio el cielo abierto cuando Oppa sacó un paquete de naipes del bolsillo. Era muy usado y grasiento, pero podía servir. Alí trajo una manta que extendió en el suelo y los tres hombres se colocaron de forma que Richard quedara lejos de la entrada.

Oppa, antes de ponerse a jugar, tomó una precaución. Le ató los pies a Richard con varias vueltas de cuerda.

La luz de la tarde llegaba al interior de la cueva con palideces de crepúsculo. Gemía el viento entre las ramas que coronaban la

barranca y las aguas del canal se rizaban por la brisa. Había en el ambiente un eco de malestar y desconfianza.

Virginia se acercó un poco más para presenciar la partida. En sus ojos leyó Richard el propósito de ayudarlo. Aún no sabía cómo hacerlo, pero la intención existía.

Oppa barajó durante un buen rato, peinando las cartas mientras mascaba un trozo de tabaco. Allí se rascaba una oreja y Richard, cruzado de brazos, aguardaba el final de tanto preparativo. Había dejado sobre la manta dos billetes de cincuenta que los bandidos miraban como cosa ya suya.

—Corta —dijo Oppa, dejando los naipes frente a él—. Jugamos a cinco dólares para empezar y no intentes jugar sucio porque saldrías malparado.

—Ya lo sé —respondió Richard—, yo no tengo pistola.

—Por eso te aviso. Se llevará el dinero quien juegue mejor...

Como Richard esperaba, Oppa era muy tramposo jugando. Se le veían las argucias a la legua, pero no dijo nada. Hasta le dejó que sacase cartas del medio. Perdió cincuenta dólares en dos vueltas, aceptando una jugada que no podía ganar.

Los dos perillanes parecían encantados con la conformidad de su prisionero, que se dejaba esquilmar sin protestas. La desconfianza dio paso a la indiferencia y entre risas y bromas siguieron jugando mientras Virginia, al acecho, estudiaba todas las posibilidades.

De pronto, dijo Richard:

—Hay gente con suerte. Ayer leí en un periódico de Nueva York, el *Post* me parece que era, el robo de un camión cargado de platino, hecho ocurrido hace ya bastantes días.

Oppa miró a su compinche y le guiñó el ojo. Aquel gesto no pasó desapercibido para Richard, el cual continuó:

—Me hubiera gustado estar allí. Menudo negocio. Según las últimas cotizaciones, el platino está en alza y debe valer lo que se llevaron un fortunón. A mí siempre me han tocado los negocios de poca monta y nunca he ganado lo que se dice para salir de pobre. Los honrados siempre acaban así.

Estas palabras, según la interpretación que los dos «gángsters» les daban, querían decir que el prisionero era del «gremio». No cabía duda, y siendo así, no tenían por qué guardarle tanta ojeriza.

Esto era lo que deseaba Richard: ir borrando sus recelos. Y lo

consiguió plenamente al perder los cien dólares, pasado un buen rato.

En aquella ansiedad de los minutos interminables, Virginia se retorció las manos nerviosamente, viendo acabar la tarde entre mantos de bruma. Estudiaba el efecto de las frases y los gestos de los hombres; escuchaba con atención el dialogar de Oppa y Richard, porque Alí no hablaba, y trataba de prepararse para la escena final en la que iban a jugárselo todo. Cambió una expresiva mirada con él y los ojos de Richard se cerraron en una muda aquiescencia de conformidad.

Virginia estaba decidida. En su rostro se leía la fuerte voluntad del impulso indómito.

—¿Tienes más dinero? —pregunta Oppa cuando Richard hizo un gesto de resignación.

—Lo perdí todo —respondió Richard, buscando un cigarrillo sonriente.

—Amárralo —indicó Alí, hablando por primera vez, señalando al prisionero.

Entonces sucedió lo imprevisto. Richard de un fuerte puñetazo tumbó a Oppa, le arrebató su pistola y disparó contra Alí. El árabe, herido, buscó su arma y entonces fue Virginia quien se precipitó sobre él, impidiendo sus movimientos.

Oppa se incorporó con la rapidez asombrosa de un atleta consumado y cayó sobre Richard, intentando arrancarle la pistola. Rodaron sobre la arena, propinándose feroces golpes. Alí logró quitarse de encima a la brava muchacha y la arrojó a un lado. La herida de bala le impidió moverse con la elasticidad acostumbrada. Se estaba desangrando, pero esto no impidió que fuese en auxilio de su compañero. Se arrastró como un reptil y tiró de las piernas atadas de Richard, intentando arrancarlo de encima de Oppa. Los pies de Richard se estiraron y Alí recibió un doble puntapié en el pecho. Cayó como un ovillo, desmadejado, con brazos y piernas al aire, como un enorme insecto...

La lucha, mientras tanto, seguía feroz. Richard hubo de soltar la pistola. Sus dedos, como garfios, apretaban la garganta de Oppa.

Alí, medio aturdido, estaba de rodillas, tratando de incorporarse. Sus manos se apoyaban en la arena. Sacudió la cabeza. En aquel momento Virginia, empuñando una rama desgajada con las dos

manos, la dejó caer sobre Alí, el cual se estremeció y cayó perdido el conocimiento.

Oppa aún Se defendió. Había conseguido desprenderse de los férreos dedos que le oprimían y pretendió lo imposible: vencer al invencible. Vano intento. Richard poseía demasiados recursos para ser vencido. Una llave maestra aprendida en la Academia de Quantico le sirvió para retorcer un brazo a su enemigo y hacerle caer de espaldas, impotente para continuar luchando; luego un puñetazo que pareció un golpe de maza y el bandido se hundió en la inconsciencia.

Virginia le ayudó a desatarse Con las mismas cuerdas amarran a sus guardianes y contemplan la obra realizada con orgullo.

Richard tenía ahora dos pistolas. Fue después a reconocer la gruta, con la gran corriente de agua que les cerraba el paso. Ya las sombras del crepúsculo se iban extendiendo por todas partes.

—¿Sabe usted nadar, Virginia? —preguntó él preocupadamente.

—Sí, bastante bien. ¿Habrá que salir así?

—Entonces tenemos que darnos un baño. No veo otra solución.

—Pero aquí la corriente es muy fuerte y nos arrastrará, Dios sabe adónde.

—No importa. Habrá que exponerse. Es usted valiente...

Y se lanzaron al agua. Fueron arrastrados por la fuerte corriente y lanzados al fondo para luego salir. Aparecían y desaparecían... Sus brazos cortaban la corriente, pero ésta les zarandeaba. Richard acudió en auxilio de Virginia y la ayudó a salir del centro del canal. Después de una lucha desesperada consiguieron llegar a la orilla opuesta habiendo derivado más de doscientas yardas. Rendidos y fatigados, descansaron sobre el césped y bajo los banianos, que extendían sus raíces hacia lo alto, para casi unirlos con las ramas.

Y después de aquel reposo prolongado, se pusieron en camino por sendas perdidas. Las garzas y los tucanes huían a su paso y el estrellado cielo les saludó desde lo alto.

VI

COMPLICACIONES



UEDO «Poca Pena» sobre los acantilados, abandonado, viendo alejarse el balandro hacia Honolulu.

El muchacho, al ponerse después en camino, iba con la intención de buscar trabajo y ganar lo suficiente para poder trasladarse a Oahu, distante pocas millas. Penetró en un poblado de pescadores y fue a detenerse frente a una choza. Los isleños le contemplaban con curiosidad y también él miraba a los nativos del mismo modo.

Aquellas mujeres, con faldas hechas de fibras vegetales y enormes collares al cuello; los hombres, pantalones por las rodillas y camisetas de vivos colores, llevando al cinto grandes cuchillos en vainas de madera, le producían extrañeza. Todo era extraño para él. Las cabañas, hechas de barro y ramaje; los niños, desnudos, revolcándose entre la arena, y aquel ir y venir de hombres rudos de un lado para otro, cargados con redes, arpones y trebejos de pesca.

En una especie de rada estaban varios lanchones. Eran barcas provistas de cañoncitos de aire comprimido, como los que se usan para disparar el arpón contra las ballenas. Dedujo de ello que se hallaba en un pueblo de balleneros.

Un lobo de mar, de raza blanca, de hirsutas barbas rojizas, le salió al encuentro:

—¿De dónde sales muchacho, y qué buscas aquí?

—De un balandro. Me abandonaron en los arrecifes y busco trabajo.

—¡Ah! Y ¿qué sabes hacer? —sonrió el hombre, cruzado de brazos.

—Bien poca cosa, pero con voluntad todo se aprende. Hubo un presidente de los Estados Unidos que a los dieciséis años era pastor de ovejas. ¿Lo sabía usted?

—Por lo menos eres despejado. Ven conmigo, ¿quieres?

Penetraron en la enorme choza, dividida en dos por un tabique de tablas. Alrededor de una mesa se hallaban varios hombres jugando a los naipes y bebiendo.

—Os presento a mi nuevo grumete —dijo el barbudo—. ¿Cómo te llamas, chico?

—«Poca Pena». Eso vale, supongo —contestó el muchacho, riendo.

Se oyeron fuertes carcajadas. El muchacho frunció el entrecejo al ver que se reían de él.

—No te enfades —habló su protector—. Yo me llamo Karl Malbray. Siéntate. Debías haber ido a la ciudad, en donde hay comercios que siempre necesitan chicos, pero ya que deseas quedarte con nosotros, podrás empezar tu trabajo dentro de tres días, en que zarparemos hacia Tuttle Island. Mientras tanto, aquí, Lombey —y señaló a uno de los marineros—, te instruirá convenientemente. Como habrás adivinado, somos pescadores de

ballenas y has llegado en buena época, porque dentro de unas semanas, los cetáceos emigran hacia el Norte.

La flotilla de balleneros estaba preparada para salir inmediatamente, pero aguardaban la llegada de un pasajero. Desde Honolulu les habían comunicado que un periodista del *New York Record* deseaba ir con ellos para hacer un reportaje y sacar varias fotografías.

Se trataba de Albert Desmond, compañero de viaje de Richard en el aeroplano.

Karl Malbray, jefe de los balleneros, simpatizó rápidamente con «Poca Pena» y lo tomó bajo su protección. Al día siguiente, el muchacho era poseedor de un atuendo de circunstancias. Chubasquero, sombrero de hule, tricota, botas con suela de madera y el correspondiente cuchillo.

«Poca Pena» se hizo amigo de Annabella, la hija de Karl, linda muchacha de unos quince años, de ojos rasgados y labios gruesos. También ella vestía falda de flecos, como las isleñas. Su madre era nativa de Molokai. «Poca Pena» le habló de Nueva York, y cuando le dijo que allí había casas de cincuenta pisos, la muchacha se echó a reír y le llamó embustero.

Aquella misma tarde, los nuevos amigos marcharon a los arrecifes y el muchacho se sumergió para traerle una planta submarina de pétalos vibrantes. A cambio de eso, Annabella coronó su frente con las más bellas flores de las cimas.

Al día siguiente, en una gasolinera, llegó el periodista. Traía una máquina fotográfica y, durante toda la mañana, se dedicó a sacar fotografías de los isleños. También retrató a «Poca Pena» y a Annabella, juntos. La flotilla ultimaba sus preparativos de salida.

Durante aquella expedición, «Poca Pena» intimó con el periodista. Hablaron de la patria lejana, recordando los paseos por Pert Amboy, Long Island y Jersey City. También hablaron, de los últimos sucesos, y entre ellos, salió a relucir el robo del platino y la muerte de los cuatro guardias de la escolta. El muchacho, cuando hubo tomado confianza con Albert, le contó su viaje a bordo del balandro.

—Yo vi cómo sacaban los lingotes del interior de las barras de jabón, y como desconfiaban de mí, me abandonaron en los arrecifes, No sé cómo no me mataron...

—¿Estás seguro de eso? ¿No lo has soñado, «Poca Pena»? En serio...

—Pues claro. Hablaban de hundir los paquetea en un atolón para recogerlos después —contestó el muchacho, con gravedad.

—¿Sabes cómo se llama el capitán del balandro?

—Woodruff. ¡Valiente asesino!

—Es una gran noticia, muchacho y de haberla sabido en Atowi, no hubiera embarcado. Ahora tenemos que permanecer en este ballenero hasta el final de la expedición. Afortunadamente no durará mucho, toda vez que ya han localizado a una ballena. Sí logran arponarla, antes de seis días estaremos en el cabo Lealu, cerca del faro de Honolulu.

—¿Iremos a Honolulu? ¿Iré yo con usted? —exclamó, con ansiedad, «Poca Pena».

—Desde luego; allí es donde derriten la grasa de las ballenas.

«Poca Pena» se puso muy contento. Su mayor ambición era contribuir de algún modo a la captura de aquellos miserables que con tanto desprecio le habían tratado. Recordaba a Roy con el más profundo odio, por ser uno de los que propusieron arrojarlo al mar.

—¿Sabes una cosa, «Poca Pena»? En el avión vino un hombre que pertenece al

F. B. I.;

le conozco por haberle hecho un reportaje en una ocasión, cuando descubrió un asunto de espionaje en Filadelfia. No digas nada. Cuando llegemos a Honolulu vendrás conmigo e iremos a visitarle; estoy seguro de que agradecerá mucho tus noticias. Ya te veo retratado en el *New York Record*, con un titular a dos columnas que diga: «El muchacho que ayudó al

F. B. I.,

a encontrar el platino robado». Serás famoso, «Poca Pena», y toda la Prensa se ocupará de ti. Ya verás, ya verás, pero no digas nada. Éste es un secreto que pesa mucho y que puede costarle la vida a cualquiera que lo divulgue. El jefe de los «gángsters» es una persona muy influyente en estas islas y nadie sospecha que pueda estar complicado en un caso tan feo.

«Poca Pena» prometió ser discreto.

Aquel mismo día, un enorme cetáceo apareció a menos de quinientas yardas nadando a flor de agua. La flotilla se desplegó

formando una herradura y empezó la caza. El periodista, desde, la proa de uno de los pequeños vaporcitos, tomaba una película.

Karl ordenó disparar el primer cañón. El arpón va atado con un sólido cable, cuyo extremo queda sujeto a uno de los ganchos de amarre de proa. Este arpón está compuesto de dos saetas, que, al clavarse en el cuerpo del monstruo de los mares, se abren, formando una especie de cruz, que ya no puede arrancarse. Para soltarlo hay que cortar la carne.

Al sur de Diamond Head, en la isla de Oahu, existe una playa, en la cual hay instalado un descuartizador de ballenas.

Karl había dado la orden de disparar el primer arponazo. El disparo fue hecho a unas cincuenta yardas. El animal, al sentirse herido, despidió chorros de agua por las aberturas de la nariz. Era un ejemplar gigantesco, que tenía más de cuarenta yardas de largo. Empezó la fuga, arrastrando al vaporcito, pero otro le salió al paso y un segundo arpón fue a clavarse cerca de la cabeza. Entonces se le vio revolverse agitando el agua, tratando de huir...

Su cuerpo gigantesco levantaba montañas de espuma. Sujeto por los dos cables que tiraban en distintas direcciones, intentó sumergirse, pero en aquel momento acercóse una falúa, tripulada por ocho remeros. Un hombre lanzó un arpón de mano y vióse al cetáceo estremecerse para quedar inmóvil, flotando, sin vida. De esta forma lograron cazar otras dos ballenas.

La expedición había terminado.

Empezaba la emigración de los cetáceos, que abandonaban aquellos mares, y desde ahora los balleneros tendrían que perseguirlos denodadamente y después dedicarse a pescar ámbar.

Richard y Virginia tuvieron que pedir alojamiento en una granja para poder pasar la noche. Iban ateridos de frío, con las ropas mojadas. Afortunadamente, los granjeros conocían al padre de la muchacha y les atendieron.

Al día siguiente, bien temprano, se dirigieron a los muelles. Virginia subió a un tranvía, que la condujo hasta la esquina de su casa, y Richard entró en la Prefectura, para hablar con Stefani.

—¿No hay noticias? —preguntó.

—Nada aún. He visitado a todos los joyeros y compradores de metales preciosos y ninguno ha recibido oferta alguna. El platino debe estar escondido en alguna parte. Anoche estuve comunicando

con la isla Cuarentena y tampoco saben nada. Nuestro amigo Albert Desmont se halla con los balleneros sacando una película y escribiendo un reportaje.

—Tengo la seguridad de que los autores del robo han sido Woodruff y sus hombres, pero no puedo detenerlos sin pruebas. Además, hay que encontrar ese platino cueste lo que cueste.

Richard relató el ataque de que había sido víctima en el museo y la forma en que lograra huir. Stefani, asombrado, repuso:

—Eres el primer hombre que ha logrado cruzar ese canal a nado en la parte que dices. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Seguir averiguando lo que pueda. Nuestro amigo Bill me proporciona datos interesantes, pero hasta ahora me estrello con la dificultad de no saber en dónde está el platino y hay momentos que hasta llego a dudar si serán esos hombres los autores del robo.

—No pueden ser otros. Ya viste los antecedentes de Roy «Lupamba». No desespere. El balandro no puede salir del puerto. Ha sido declarado pieza judicial por mandato de las autoridades de Kanal, porque resulta que Woodruff pagó el primer plazo y aún no ha satisfecho el resto. Lo utilizó durante un año y, según el contrato de venta, ha vencido la fecha. Si no entrega antes de quince días la cantidad que falta, su antiguo propietario se quedará con el buque. Fue una venta curiosa. Setenta mil dólares, a pagar la mitad al hacerse cargo del balandro y el resto al cumplirse el año. El año ha expirado hace ocho días.

—Creí que Woodruff tenía mucho dinero.

—Lo tenía... El parador Los Hemisferios la ha llevado a la ruina. Ha pagado más de cien mil dólares de multas, pero él asegura que antes de un mes podrá cumplir con todo el mundo.

—Es una promesa sospechosa...

—Tal creo. Nos veremos esta noche en la casa de Bill.

Dan Stefani pertenecía al

F. B. I.,

aunque su trabajo se reducía simplemente a vigilar los movimientos sospechosos del puerto de Honolulu. Richard lo sabía, pero fingió ignorarlo, como fingió también no conocer al periodista del avión.

Roy regresó aquella noche a la cueva. Traía órdenes del «boss» de rematar al prisionero y conducirla a ella a otra isla. Grande fue

su sorpresa al encontrar a sus dos compinches atados de pies y manos. Allí estaba muerto.

Oppa no quiso decir que habían estado jugando al póker, ni tampoco mencionó el detalle de que Richard le quitara los cien dólares que se dejó ganar. Todo fue una estratagema. Se disculpó diciendo que la muchacha los entretuvo mientras el otro se apoderaba de una pistola.

—No te arriendo la ganancia cuando lo sepa Woodruff. Me parece que te la has ganado.

—La culpa fue de Alí.

—Claro. Alí está muerto y no ha de desmentirte. Échalo al agua, pero que no flote. Procura amarrarle un buen peñasco a los pies. Anda, date prisa. Ya no podremos utilizar esta cueva, ni tampoco el canalillo. Buena la habéis hecho.

Roy destruyó todo aquello que podía constituir una pista, arrojando al canal cuánto creyó comprometedor.

Los dos hombres, utilizando el bote, se dirigieron a los sótanos del museo.

Allí estaba Woodruff, acompañado de Sam Biguria, Hattor Samoa, Lungo Shawey y Fox Grant. El negro continuaba a bordo del balandro.

Cuando supo el percance de la desaparición de Richard y la muchacha, se puso furioso y abofeteó a Oppa.

—¿Sabes quién es ese hombre, idiota? Un agente del F. B. I.

Acabo de averiguarlo ahora mismo. Nos ha seguido en un avión desde Nueva York. Tenemos que recoger el platino y largarnos con viento fresco a la isla Johnston; allí estaremos seguros. Ya buscaré un barco, porque el «Malayta» está embargado, pero antes hemos de despachar a ese intruso. Sam se encargará de encontrar una gasolinera para ir hasta el atolón. Ya tengo el traje de buzo. Yo mismo descenderé a buscarlo.

Oppa estaba callado, más en sus ojos brillaba el más profundo rencor. El jefe le había pegado, y él era hombre incapaz de perdonar tamaña afrenta.

—Escuchadme —dijo el «boss», con un gesto de fiereza—: todos vosotros estáis acostumbrados a operar en ciudades más importantes que Honolulu. Desde este momento hemos de pensar

en suprimir obstáculos. Ese hombre fue al parador a curiosear, y «la Reina», con toda su astucia, fracasó. Supo escurrirse de entre sus manos y, por segunda vez, se ha escapado de un sitio donde los mismos diablos hubieran estado seguros. Esto os demuestra la clase de enemigo que nos sigue los pasos. Oppa, tienes una oportunidad para conquistar el terreno perdido en mi estimación. Vete ahora mismo a la casa de Bill Thelman y mata a ese hombre.

—¿Y cómo?

—Eso es cosa tuya. Si lo consigues no solamente te perdonaré el fracaso, sino que tendrás mil dólares para ti. Ya sabes que yo siempre cumplo lo que prometo. Cuando todos duerman, saltas la tapia y te introduces en el jardín. Hay tres habitaciones, con ventana que dan al Norte, y en una de ellas debe dormir ese tipo. No uses la pistola. Si fracasas será mejor que te tires al mar de cabeza.

Oppa no respondió. Aquella orden era un suicidio. Tentado estuvo de huir y desaparecer para siempre de la vista de aquel demonio, pero había algo más poderoso que lo ataba a él. Eran las barritas de platino. Roy le había dicho que podían ser ricos todos, y con aquella esperanza aguantaría todo lo que viniera. De haber tenido un equipo de buzo y la ayuda de otro compañero, seguramente se hubiese decidido a sumergirse en el atolón...

—¿Qué esperas? —le dijo Woodruff—. ¡Son las once!, la mejor hora para realizar con éxito tu trabajo. Cuando llegues allá, será medianoche. Anda, a ver cómo te portas. Recuerda que de la muerte de ese hombre dependen nuestras vidas.

Y Oppa salió. Tomó un «taxi» y se hizo conducir a la calle Lilina, apeándose frente al número 5. Desde allí caminaría a pie hasta el número 27.

El bandido se detuvo detrás de la tapia, sentía la intención de abandonar tan loco empeño. Un secreto presentimiento le decía que iba a fracasar. Se tocó la cara. Aún le dolían las bofetadas recibidas.

«Me las pagará», murmuró con voz sorda.

Loco, aturdido, sin saber qué decidir, escuchó. Todo era silencio, Las tres ventanas aparecían en sombras. Después de meditar un rato saltó la tapia. Con pisada suave, cauteloso andar y conteniendo hasta la respiración, se fue acercando. Nunca tardó tanto tiempo en recorrer quince yardas. A cada paso se detenía para escuchar. Llegó

junto a la primera ventana y sus dedos temblones la empujaron muy despacio. Cedió. Lanzando un suspiro asomó el rostro. Sus ojos registraron el aposento. Un foco que había en la esquina le dejó ver una habitación vacía. Allí no dormía nadie. Fue hasta la otra ventana, pero ésta estaba cerrada. Sólo le quedaba la esperanza de que fuese la tercera y de que estuviese abierta; de no ser así, su misión habría fracasado.

Así era, en efecto... La tercera ventana estaba cerrada también. No supo qué hacer en aquel momento decisivo. El mandato del «boss» era terminante y no podía desobedecerlo. Había luchado en condiciones ventajosas con Richard y fue vencido: ¿qué sucedería ahora si era descubierto antes de descargar el golpe mortal?

Entre los dos temores venció el primero. Sacrificaría sus vacilaciones. Tanteó la ventana. No sería difícil abrirla si lograba introducir un alambre entre las dos maderas. Recordando sus tiempos de ladrón ocasional, sacó un alambre que siempre llevaba consigo y que en sus manos podía tener diversas aplicaciones, y lo introdujo suavemente por la estrecha ranura. Sí conseguía empujar hacia arriba el pasador de la falleba, lo demás sería cosa fácil, porque los ganchos extremos no estaban introducidos en las aberturas. Estuvo tanteando un buen rato, demostrando su habilidad, hasta que, al fin, el pasador se movió haciendo un ruidito metálico, que a él le pareció un cañonazo. El criminal respiró satisfecho. Aún no se le había olvidado el «oficio». Uno de los batientes pareció moverse un poco. Por la ranura inferior pudo introducir el alambre y, a fuerza de manipular, consiguió que el intento terminara con éxito...

La ventana se fue abriendo muy despacio. Aún esperó un instante, escuchando. Se oía la respiración acompasada del dormido. Frotóse las manos y, apoyándolas en el vano, izóse a fuerza de pulso. Antes de saltar al interior del aposento volvió a escuchar. Todo iba bien. Se deslizó con la suavidad de un reptil. Al quedarse quieto estudió la situación del aposento. Sus ojos apenas veían la cama. Desnudó el cuchillo y avanzó un paso.

De pronto, la luz de una lámpara inundó la habitación y Oppa ahogó un grito de espanto.

Sentado en el lecho y con una pistola en la mano estaba Richard.

Si desea usted leer buenas novelas del Oeste
americano, compre

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

VII

TEMPESTAD DE PÓLVORA

«El medio más a propósito para salir de las malas condiciones en que, intencionada o inadvertidamente, nos hayamos colocado, consiste en afrontarlas serenos y descubrir la ley cuya acción las estableció».



PPA quiso reaccionar y hasta intentó mostrarse digno de la torpe misión que le estaba encomendada. Desconcertado por su fracaso, fue a retroceder para huir por dónde había entrado, pero la voz de Richard le detuvo:

—¡No te muevas! Un solo paso y te dejo seco. Has venido a librarte de mí y no lo has logrado. Habla: ¿quién te mandó? ¿Ha

sido, acaso, Woodruff?

Oppa seguía inmóvil, con el puñal en la mano. En aquel momento, el acero era inferior al plomo y él lo sabía. Tampoco ignoraba que su final no podía ser aludido. La ley de extradición existía en la isla para los delitos comunes. Sería enviado a Nueva York y juzgado. Le esperaba la silla eléctrica. Estremeciéndose. La pistola le seguía apuntando y una mano firme la empuñaba. No había escapatoria.

—¿Por qué no contestas? —apremió Richard.

Nada tenía que decir. Cuanto dijera iría en contra de él. Oppa no vio más que un camino, uno solo, y se decidió a seguirlo. El mismo se asombró de la decisión que había tomado:

Veía a su enemigo, al que representaba a la ley, sonreír, seguro de sí mismo. Allí estaba medio desnudo, sentado en la cama, armado de una pistola. Con astucia, decisión e inteligencia, lograba, una vez más el fin propuesto, y eso no podía ser, no, no sería mientras a él le quedara un poco de vida. Otro en su lugar hubiera claudicado; a veces conviene perder para darse cuenta lo que vale una victoria.

Sin saber lo que hacía levantó el brazo, arrojando el puñal con todas sus fuerzas contra el pecho de Richard. Tal vez el agente esperase tal determinación, porque se inclinó lo bastante para que el arma pasara sobre su cabeza, y al volver a incorporarse, disparó. La bala hundiéndose en el pecho del bandido. Fue una muerte rápida, demasiado buena para él. Cayó con los brazos abiertos.

La detonación llevó la alarma a todos los de la casa y no tardó en aparecer Bill, pistola en mano, con el rostro lleno de sueño y los ojos cargados de interrogantes.

—Un filibustero moderno que ha pasado a mejor vida —explicó Richard—; entró para asesinar me y ha llevado su merecido. Se llamaba Oppa, y lo que siento es que baje a la tumba sin revelar lo que sabía.

—Están sobre la pista —respondió Bill—. Tu vida corre peligro. Será necesario andar con cuidado.

—También ellos han de tenerlo.

Richard levantóse de la cama, se puso un pijama y ayudó a Bill a sacar del aposento el cadáver de Oppa. Habla que comunicar a la Policía lo ocurrido...

Al día siguiente, Richard fue a la Redacción del *Morning Star*. Quería ver a Virginia. Cada día que pasaba eran mortales horas de impaciencia para él. La encontró escribiendo a máquina. Después de estrechar su mano aguardó a que terminase y salieron ambos.

Era un día magnífico y los jardines, los parques y las veredas parecían engalanados a porfía con sus gamas multicolores. Honolulu es una ciudad muy vistosa, de brillante colorido. Las calles se ensanchan cuanto más se prolongan y, sobre el empedrado de lava, ruedan los más caprichosos carruajes de todos los tiempos: coches modernos, carretas tiradas por bueyes, «sulkyz» de dos ruedas y carritos arrastrados por pacientes asnos. Junto a todo esto, la bicicleta y la silla de manos, importada de Oriente.

Los peatones también ofrecen su variado cosmopolitismo. Chinos y árabes, con sus exóticos atuendos, se codean con los europeos y con los americanos de traje blanco y sombrero Panamá. Las isleñas, amantes de las flores, buscan a los extranjeros para darles la bienvenida, colocándoles coronas de flores sobre los hombros. Honolulu es una vieja jovial, con mucha historia y tradición.

Virginia, caminando al lado de Richard, escuchaba sus confidencias. Se dirigieron al parque Kapiotani, uno de los mejores de la ciudad. Varios soldados del fuerte Schafer bebían refrescos en un quiosco, atendido por muchachas isleñas.

Del castillo Darwin salió una nubecilla de humo y a continuación retumbó un cañonazo.

—La flotilla de balleneros acaba de cruzar frente al faro —dijo ella.

Fueron a sentarse en una glorieta. Por entre los banianos se alzaban jirones de niebla. Un sol perezoso y cansado asomaba por detrás de los montes Hanau.

—¿Qué te parece si fuéramos a Harrow's?

—preguntó él.

—Como quieras.

Ya se tuteaban. La confianza y la comprensión daba paso al amor. Roy había perdido la partida y estaba desplazado del corazón de Virginia. Cogidos del brazo subieron a un tranvía y se apearon en la esquina de Kiato Street.

Harrow's

era el lugar de reunión de todos los desocupados. En aquel edificio podía encontrarse todo cuanto se buscara; había hotel, tiendas, «cine», bar, bazares y diversas diversiones. Palacio de la Moda, le llamaban, y tenían mucha razón. Sus tres pisos estaban siempre llenos de curiosos. Allí se reunían las parejas de enamorados y aquellos que querían matar una hora recorriendo las instalaciones sin gastar mucho.

Richard no se fijó que eran seguidos. Dos hombres iban tras ellos sin perderles de vista. Otros dos individuos estaban al pie de la escalera fumando al parecer muy tranquilos. Durante un buen rato fueron espiados. Entre tanta gente resultaba fácil pasar desapercibido.

En el salón de té tocaba una orquesta indígena, y deseosos de escucharla, fueron a sentarse detrás de uno de aquellos biombos exóticos de pinturas extrañas.

Virginia iba sintiendo esa dulce sensación de bienestar que es preludio de felicidad. Amaba a Richard y lo amaba de un modo muy distinto a cómo había querido a Roy. Aquello debió ser una locura disfrazada de capricho o, más bien, un pasatiempo, algo insustancial. Esto era diferente. Su amor era egoísta y fruncía el entrecejo cada vez que una mujer miraba con demasiada insistencia a Richard. Éste, por su parte, procuraba complacerla en todo y sólo tenía para ella afirmaciones y conformidad. Virginia era modelo de elegancias. Su belleza producía envidias entre las mujeres y admiración entre los hombres.

—Tienes muy abandonadas tus pinturas —dijo ella—. ¿Es que ya no te interesan?

—Mucho, pero hay otras cosas que me preocupan. Ya te contaré cuando llegue el momento.

—¿Y si yo te dijera que ya he adivinado tu secreto?

—No lo creería. Y eso que eres muy lista...

—Richard, por Dios. Recuerda que soy hija de un periodista y poseo ciertas cualidades de investigación. Atando cabos y descifrando acertijos, pude ir hilvanando suposiciones, que me han llevado muy lejos. Escucha: en Estados Unidos, unos «gángsters» matan a cuatro policías y se apoderan de unas barras de platino de un valor grande. Días después llega a esta isla un avión con pasajeros, y entre ellos trae a un pintor y a un periodista. Después

fondea un balandro. El periodista se marcha con unos balleneros para hacer un reportaje, y el pintor es perseguido por la tripulación del balandro. A todo esto, la Prensa local recibe una comunicación de la Oficina de Investigaciones prohibiéndole ocuparse del caso del platino. Esto quiere decir que los ladrones se encuentran en la isla o, por lo menos, se tiene esa sospecha. El pintor busca alojamiento en el domicilio de un agente del

F. B. I.,

en vez de alojarse en cualquier hotel. ¿No es esto revelador?

—No sigas porque terminarías por averiguar la verdad.

—Celebro haber acertado —sonrió ella, orgullosamente.

Richard le oprimió una mano y ella respondió a la dulce presión. En aquel momento, el agente especial dirigió una mirada descuidada a uno de los grandes espejos que estaba a su frente y vio en él reflejada la silueta de un individuo parado en la puerta. Era una cara conocida, que recordaba haber visto en el parador Los Hemisferios. El hombre desapareció al verse descubierto.

La orquesta desgranaba las notas melodiosas de una canción tahitiana y las voces mágicas de los violines vibraban en la sala como gorjeos de pajarillos. El aroma de las flores que llenaban los testers embriagaba con su perfume. Al cesar la música hubo una pausa, y poco después, el altavoz de la radio transmitía las últimas noticias.

Según el locutor, la flotilla de balleneros había penetrado en la bahía, fondeando en el cabo Lealu. Era un acontecimiento, que sólo se producía una vez al año. Otra noticia importante era la voladura de un paso secreto existente debajo del Museo Bishop. La Policía buscaba a los dinamiteros. El locutor siguió hablando. El parador Los Hemisferios acababa de ser clausurado y «la Reina» estaba detenida. Según los últimos informes, aquel moderno club nocturno era un fumadero de opio y un lugar infestado de vicio.

—Será mejor que salgamos —propuso Virginia—; se hace tarde.

Se levantaron y salieron. A la puerta, un hombre uniformado les preguntó si querían «taxi» y Richard respondió afirmativamente. Un coche nuevo «De Soto», pintado de verde y negro, se detuvo frente a la puerta. Subieron. Al cerrarse la portezuela, Richard sorprendió una significativa mirada entre el portero y el chófer. Virginia vio cómo su acompañante preparaba la pistola.

—¿Pasa algo, Richard? —preguntó, asustada.

—No sé, pronto lo veremos. Disimula...

—¿Dónde, señor? —Interrogó el chófer, volviéndose.

—¡Al *Morning Star*! —replicó el joven, con voz tranquila.

El «auto» se puso en marcha, deslizándose por entre una doble fila de carruajes. La tarde, envuelta en penumbras, moría.

Todo era bello en la ciudad de los corales.

Un policía de tráfico, situado en el centro de la calle sobre un pedestal, levantaba el brazo, armado de un blanco bastón.

El coche tomó la dirección del puerto, y entonces Richard golpeó los cristales, para llamar la atención del chófer, que llevaba la dirección equivocada.

—¡Oiga! —le gritó—. ¡Pare o disparo!

El chófer era un isleño, de facciones duras y ojos inquietos. Volvióse en el asiento haciendo señas de que iba a detenerse, pero a todo esto, el coche se había metido en una lóbrega calleja. Apenas se detuvo, descendió el conductor y, abriendo la portezuela, disculpóse, diciendo:

—Por aquí atajamos un poco y hay menos tráfico.

—Vuelva a la calle Niuyana.

El chófer encogióse de hombros, como aceptando la orden. Richard tenía la pistola en la mano y parecía dispuesto a utilizarla.

—¿Qué hace que no arranca? —Inquirió duramente el agente especial.

—Me parece que hay una pequeña avería en el carburador. Voy a ver...

—Está bien, tomaremos otro coche.

Todo aquello le parecía sospechoso. El chófer estaba, sin duda, tratando de hacer tiempo, por algún motivo que no podía explicarse y tuvo la prueba de ello bien pronto. Hizo bajar a Virginia, y en aquel momento aparecieron dos individuos como brotados de la tierra. El chófer, al verlos, arrojóse sobre Richard, tratando de sujetarle, pero éste se desembarazó de él propinándole un terrible directo que le hizo caer de espaldas. Volvióse al sentir un grito de alarma de Virginia. Apenas tuvo tiempo de esconderse detrás del coche. Un golpe seco sonó contra la carrocería y a continuación otros más.

¡Los «gángsters» estaban disparando con pistolas provistas de

silenciador!

Virginia había corrido a esconderse en un portal. Un rostro demoniaco apareció al pie de la escalera, un rostro horrible que no olvidaría en todos los días de su vida.

—Ven aquí, preciosa —dijo una voz ronca y desagradable—. No tengas miedo —escuchó que le decían.

Virginia se estremeció ante aquella aparición. Era, sin duda alguna, una mujer, de cabellos desgreñados, pómulos salientes, boca torcida por la que asomaban unos colmillos desiguales y amarillentos; profundas arrugas surcaban aquella cara espantosa. Avanzaba hacia ella con las manos extendidas, unas manos huesudas, de dedos largos.

La muchacha, muerta de miedo, no acertó a moverse. Sintió que la agarraban por un brazo y dio un grito de espanto. Después, abrióse una puerta, la empujaron y se halló rodeada de tinieblas. Le pareció escuchar una risita sorda que parecía un cacareo.

Mientras tanto, Richard había conseguido herir a uno de sus atacantes. El chófer se le prendió a las piernas y tuvo que golpearle la cabeza con la pistola para que le soltara. El otro «gángster» se precipitó sobre él y le acometió a puñetazos. Su pistola estaba en el suelo, descargada. Lucharon ferozmente, y cuando ya tenía la seguridad de vencerle, le vio huir en dirección al coche. El «De Soto» partió como una centella doblando la calle. Richard recogió su pistola y le cambió el cargador vacío por otro. Entonces se dio cuenta del motivo de la fuga de aquellos canallas. Un coche de la Policía se acercaba haciendo sonar la sirena. Corrió a esconderse. No quería tener que dar explicaciones. Penetró en el mismo portal en que se ocultara Virginia, pero no la vio por ninguna parte. Arrimado al muro, detrás de la puerta, aguardó a que pasara el coche de la Policía, y entonces se dispuso a buscar a la muchacha.

Todo aquello era muy extraño, más no podía comprender qué finalidad tenía. El chófer los condujo a una calle solitaria, para poder atacarle impunemente, de eso no le cabía duda, pero... Se detuvo en sus deducciones. Ahora lo comprendía todo. Mientras él era atacado, otros se apoderaban de la muchacha.

Atravesó el zaguán y, cruzando el patio, preguntó a un hombre que bajaba por la escalera si no había visto a una muchacha. El hombre hizo un gesto negativo y salió a la calle.

Se fijó en aquella puerta provista de mirilla por la que desapareciera Virginia y llamó a ella, golpeando con todas sus fuerzas. No obtuvo respuesta.

Él estaba seguro de haberla visto penetrar en aquel portal y la encontraría, aunque tuviera que registrar toda la casa desde el sótano a la azotea.

Después de breve vacilación empezó a subir la escalera. Crujían los escalones a cada paso que daba. En un descansillo se detuvo y miró por un ventanal. Al otro lado del patio había un descampado, en el que jugaban unos chicos, y le pareció ver más allá un coche pintado de verde y negro...

—¿Sería el mismo «taxi» que le había traído?

No tenía tiempo para ocuparse del coche. Lo que ahora le interesaba era encontrar a Virginia, que tal vez estuviera corriendo algún gran peligro.

Siguió subiendo, agarrándose al pasamano para no hacer ruido. Aquella casa parecía desierta. Ni una sola señal de vida se escuchaba. Parado ahora junto a la puerta del primer piso acercó el oído a la pared. Nada. Todo era silencio, un silencio de muerte, y, sin embargo, era seguro que allí se encontraba ella.

La casa sólo constaba de dos pisos. Llamó a la puerta y tampoco le respondieron. Llegó hasta el otro piso y obtuvo el mismo resultado, a la azotea y desde allí vio un corredor con balconaje de madera que daba sobre unos solares. En una cuerda había ropa tendida, lo que demostraba que aquel piso, por lo menos, estaba habitado. Calculando la altura que tenía dedujo que aquel mirador correspondía a la planta baja, y desde allí partía una escalerilla, que finalizaba en el solar. Era un dato por demás interesante.

Volvió a descender al patio. Ni una sola puerta estaba abierta. Al fijarse en una pared comprendió el motivo de no encontrar a nadie. Pegado en una tabla estaba este anuncio:

«Esta casa amenaza ruina y será derribada en breve plazo. Ha sido desahuciada por el ingeniero municipal en el día de la fecha».

Richard se quedó inmóvil sin saber qué determinación tomar. Sólo le quedaba un recurso: dar la vuelta al edificio y subir por aquella escalerilla que conducía al mirador.

En aquel momento, un grito terrible llegó hasta él. Un grito de tenor que pareció extenderse, vibrar por las paredes y morir en un lamento. Era un grito de mujer. Ya no lo pensó más. Corriendo como un loco salió a la calle, dio la vuelta a la casa y se detuvo en el solar, mirando a lo alto. Dos ventanas parecían como dos ojos ciegos, cubiertas por espesas cortinas. En el mirador dormía un gato negro.

No había tiempo que perder. Subió las escaleras de dos en dos. El gato, asustado, huyó por un tejadillo. Tampoco. El misterio empezaba a intrigarle y ladrón. Empujó la puerta y ésta cedió, pero allí no había nadie. Registró las demás habitaciones, angustiarle, cuando una risa cascada llegó hasta él; una risa que parecía la de la hiena. Orientado por el sonido, se dio cuenta que aquella risa procedía del sótano. Sacó la linterna eléctrica y, alumbrándose con ella, pudo ver una argolla de hierro empotrada en el piso. Ahora se hosco en aquel edificio.

Se fue acercando a una puerta. Sus pasos eran silenciosos y precavidos, furtivos, como los del explicaba todo. Estaban debajo de sus pies. Asiendo la anilla tiró con fuerza, abriéndose un boquete de un metro cuadrado aproximadamente.

Vio una escalera de tramos angostos y bajó al segundo escalón, cerró la compuerta y escuchó. Las palabras llegaban confusas a su oído. Descendió dos escalones más y, apoyado en el palo que hacía de barandilla, echó una ojeada al antro, porque de eso se trataba, de un antro sucio, oscuro y húmedo. Hallose en un estrecho pasillo falto de claridad. Todo era oscuro y Richard empujó la puerta. Barricas vacías y cajones destartalados, vigas y rollos de cuerdas, etc.

Sentados en una pila de tablas estaban dos hombres y, frente a ellos, una vieja horrible, la encarnación más genuina de la bruja de aquelarre. Sobre el cuello de una botella alumbraba una vela, y su luz de cirio triste le dejó ver la desmadejada silueta de Virginia amarrada a una de las columnas del sótano.

En aquel momento decía la vieja, con su voz de bajo profundo:

—Sí la chica no quiere hablar podemos obligarle. Yo poseo medios muy prácticos. Calentaremos un hierro y le marcaremos las orejas para no estropear su cara de muñeca.

Lanzó una risotada bestial y agregó:

—Yo también fui tan linda como ella, pero de eso hace ya tiempo.

—Eso no nos importa, «tía Pimienta»; lo que necesitamos saber es quién era el que venía con ella.



La sepla se acercó a la muchacha.

—Mira, precioso, ya viste que se resistía a mis caricias y no

queda más remedio que recurrir a otros procedimientos. Aquí puede gritar cuanto quiera, que nadie ha de venir a socorrerla. Esta casa está deshabitada. ¡Ja, Ja! A mí también me desahuciaron los médicos hace quince años y ya me veis tan fuerte. Oye, palomita, ¿quieres decirnos quién es el hombre que venía contigo, o esperas que te saquemos las palabras de otra manera? Sí hablas te dejaremos marchar, pero si callas es muy posible que te quedes aquí para siempre haciendo compañía a las ratas. Son tan grandes, que los gatos les tienen miedo. Y tienen unos dientes...

—No la asuste, «tía Pimienta»; pobrecita... —dijo uno de aquellos canallas, riendo.

—No sé nada —respondió Virginia entre sollozos—. Y aunque lo supiera...

—Bueno, bueno —repuso la arpía levantándose—; tal vez dentro de un rato cambies de modo de pensar.

Acercóse a la vela y colocó sobre la llama un tenedor, cogiendo el extremo con un trapo.

Richard contemplaba la escena lleno de cólera. Había bajado la escalera y ahora se encontraba detrás de un montón de maderos. Cuando vio que la vieja se disponía a torturar a Virginia no se pudo contener y, desenfundando la pistola, gritó:

—¡Manos arriba!

Virginia, al reconocer la voz, lanzó un grito de alegría; la vieja dejó caer el hierro candente y los dos «gángsters» se aprestaron a la defensa, dejándose caer al otro lado de las tablas. La primera bala partió de ellos. La detonación retumbó en el sótano con terrible estruendo. Richard extendió el brazo y así permaneció, hasta ver asomar la cabeza de uno de aquellos miserables. Cuando hizo fuego, la cabeza del bandido desapareció y ya no se la volvió a ver más. La arpía corrió a ocultarse detrás de la gran pilastra de piedra que sostenía el techo.

—¡Es él! ¡El que buscábamos!

El grito lo lanzó el otro «gángster», el único que podía hablar, porque su compañero estaba tendido con un orificio sangriento en el cráneo.

La automática de Richard vomitó fuego por segunda vez y la bala se alojó en el hombro del hombre, quien lanzó un rugido de dolor; no obstante, continuó disparando. Richard tenía miedo de

herir a Virginia y por eso procuraba disparar con cuidado. Consiguió acercarse un poco más, alcanzando la defensa de un montón de escombros. Ahora, la trayectoria de sus balas era distinta. En aquel momento abrióse el escotillón y asomó el rostro de Hikox, uno de los hombres que le atacaran en el coche. Descendió la escalera, disparando su revólver. Richard se acurrucó, sin contestar a los disparos. Hikox avanzó, fanfarrón y confiado. Las penumbras le hicieron equivocar la dirección y pasó cerca de donde estaba su enemigo, el cual alargó el brazo izquierdo, lo aferró por un hombro y de un tirón le hizo caer sobre los pedruscos. Después, la culata de su pistola hizo el resto al chocar contra la cabeza del bandido. El otro, envalentonado con la presencia de su compañero, al que creía en disposición de luchar, salió de su refugio y avanzó, empuñando el arma, dispuesto a terminar con su enemigo.

De pronto vio a Richard incorporarse y disparó contra él. Con la precipitación, su puntería fue baja y deficiente. La bala tropezó con el cuerpo desvanecido de Hikox y el hampón murió sin recobrar el conocimiento. Richard no tuvo más remedio que terminar con la vida de aquel miserable. Cuando lo vio caer salió, diciendo:

—¡Desate a esa señorita, «tía Miserias»! Ahora va con usted...

—Sí, hijo, sí; yo no quería, pero éstos me obligaron...

—No mienta; usted se vendió a ellos. Ahora se entenderá con la Policía.

Virginia se precipitó en los brazos de Richard y, por primera vez, sus labios se unieron en un apretado beso.

—Salgamos de este cuchitril —dijo Richard y, dirigiéndose a la vieja, agregó—: La Policía vendrá a visitarla. A ver cómo se arregla para explicar lo que ha pasado.

Salieron. Al encontrarse al aire libre se dirigieron a la plaza del Mercado, en donde subieron a un «taxi», que les llevó al *Morning Star*, en donde a Richard le aguardaba una sorpresa. Allí estaban, esperándole, el periodista Alberto Desmond y «Poca Pena».

—¡Hola, Richard! —saludó Albert—. Te traigo buenas noticias. Aquí tienes a «Poca Pena», que ha venido desde Nueva York a bordo del «Malayta» y sabe muchas cosas. El *Morning Star*, dentro de pocos días, publicará en exclusiva la más sorprendente gacetilla: «El hallazgo del platino robado por un agente del F. B. I.».

Está en el atolón de Kauai, a muy escasa distancia de esta isla. Precisamente en este momento estábamos consultando los mapas.

Richard abrazó a «Poca Pena», diciendo:

—El

F. B. I.

te da las gracias, «boy»...

ATENCION, LECTOR:

EDITORIAL ROLLAN publicará

¡PARA TUS HIJOS!

UNA REVISTA INFANTIL

VIII

COMPÁS DE ESPERA



QUELLA noche, la mesa de dos: Desmond y «Poca Pena», tuvo dos nuevos huéspedes. El muchacho estaba encantado con sus nuevas amistades. Richard cuidó de comprarle ropas nuevas y el chico parecía otro. Su corta permanencia con los pescadores de ballenas sirvió para adiestrarse en rudos ejercicios. Desde el primer momento, «Poca Pena» observó que Albert simpatizaba con Amelia, la hermana de Bill.

A los postres preguntóle Richard:

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Yo no he conocido otro que el de «Poca Pena». Vendía periódicos cuando era muy chico y todos me llamaban así, porque

siempre andaba cantando. Nunca tuve padres, ni familia, ni casa. Del reformatorio salí a la calle y en ella me crié. Tengo motivos bastantes para sentirme molesto con la sociedad y, sin embargo, no la odio, pero me gustaría tener un nombre, ser algo en la vida, valerme por mis propias fuerzas.

—Me gusta oírte hablar así y te daré el nombre que te falta. Algún día, tú también pertenecerás al

F. B. I.,

y llegarás a ser un hombre útil, porque tienes alma y pensamientos nobles. Desde este momento te adopto. Llevarás mi apellido: Claytton. En cuanto al nombre, lo elegirás tú mismo.

—Me gustaría llamarme Julio.

—¿Por qué?

—Por ser el mes en que estamos. Siempre me acordaré de esto.

—De acuerdo, Julio Claytton. El día que ingreses en la Academia de Quantico, tu personalidad civil será legalizada, y ahora cuéntanos todo lo que sepas sin ocultarnos nada.

Albert charlaba con Amelia junto a una ventana. La noche de Honolulu era maravillosamente bella. Fleclos de luz prestaban las estrellas y sobre el mar se miraba la luna, siempre igual y siempre blanca. Rumores musicales se escuchaban cercanos; eran como sinfonías dulces, poéticas. Soñolientos parecían los manglares y mudas estaban las altas palmeras. Cadencias de ensoñación traían las olas al besar las playas.

«Poca Pena» pareció hacer memoria. Recordaba como un mal sueño su viaje a bordo del balandro. El muchacho tenía facilidad de palabra y sabía expresarse con claridad. Hizo el retrato perfecto de Woodruff, espíritu de contradicción y despótico siempre. A él le había tratado bien sólo por llevar la contraria a los demás.

—El peor de todos —añadió— era Roy. Llegué a temerle y a odiarle. A menudo me pegaba. Nunca pude comprender el motivo de su encono. Una noche no tenía sueño y salí a cubierta. Me gustaba esconderme entre las maromas y permanecer largo rato contemplando las estrellas; me parecía que eran ellas las que caminaban y nosotros estábamos parados. De pronto vi al capitán y a Roy dirigirse hacia la escotilla. Abrieron la bodega y descendieron. Los estuve espionando. De las barras de jabón sacaban unos trozos delgados y relucientes, que después supe que eran de

platino. Hablaron de esconder aquello en el atolón, por temor a que registraran el barco. Yo pensaba denunciarles en cuanto llegásemos a puerto, pero desconfiaban de mí y me abandonaron en Atowi. A uno de los marineros lo arrojaron al agua y lo mismo querían hacer conmigo. Tuve suerte, después de todo. Roy y Woodruff solían hablar a menudo del asalto al camión y se recreaban recordando el hecho. El único que no tomó parte en el atraco fue el negro Tobías.

—Bien —dijo Richard—; visitaremos el atolón. Bill, necesito un equipo completo de buzo. Stefani vendrá con nosotros conduciendo una gasolinera. Pienso bajar yo mismo al fondo del atolón y, mientras tanto, vosotros quedaréis vigilando. Será una hermosa jugarreta.

—Llamaré a Ku Kow —repuso Bill—. Ha sido el mejor buzo del archipiélago y, aunque está viejo, todavía es capaz de descender a sesenta brazas. Posee un equipo completo.

—Yo iré también —agregó «Poca Pena».

Acordaron hacer la expedición por la noche, para evitar indiscreciones.

El atolón de Kauai era un enorme arrecife de coral en forma de anillo, que circundaba una laguna interior que, según la opinión de Ku Kow, sólo tendría unos cincuenta metros de profundidad.

Ku Kow era un viejo isleño, muy simpático, que se puso inmediatamente a disposición de Richard y se ofreció a ir con ellos. Una gran amistad le unía con Bill, quien le había sacado de varios apuros alguna vez.

Aquella tarde, Desmond paseó con Amelia y Richard lo hizo con Virginia, mientras «Poca Pena», bajo la dirección de Bill, se entrenaba en el jardín con un rifle de repetición «Orpheo», tirando al blanco. El muchacho demostraba tener el pulso firme y excelente puntería.

Las dos parejas fueron en coche hasta el fuerte Schafer, situado en la parte noroeste de la isla. Cerca de allí esperaba Stefani con una moderna gasolinera, que Richard se entretuvo en examinar. Tenía una ametralladora a proa y su cámara, entoldada. Pertenecía a la Prefectura y estaba dedicada, a la vigilancia de la costa, desde el acuario hasta el faro, al sur de la isla.

Un marinero se quedó cuidando de ella hasta la noche. Habían de salir sin ser vistos.

Poco después, los cuatro regresaban a la casa de Amelia. Habían pasado una buena tarde recorriendo los promontorios rocosos.

El mar parecía un bruñido espejo y las gaviotas rubricaban en el espacio sus vuelos, descendiendo de vez en vez para hundirse entre las aguas y flotar luego en busca de su presa.

El coche cruzaba por la avenida de las palmeras. Virginia iba al volante escuchando a Richard, mientras en el interior, Albert contaba a Amelia sus proyectos futuros.

Después de la clausura del parador de Los Hemisferios y la detención de «la Reina», la banda de Woodruff había instalado su cuartel general en la isla Cuarentena, a cinco millas de los muelles, un pelado peñasco casi despoblado. Allí creían estar seguros. El balandro, incautado por la autoridad, permanecía en la dársena, y una guardia de marineros armados se había instalado en cubierta. El negro Tobías tuvo que abandonarlo y ahora se encontraba en el islote ejerciendo sus funciones de cocinero.

Los «gángsters» habían ocupado una casucha abandonada, con el techo destrozado por los vendavales.

Roy era el más impaciente de todos y quería recuperar el platino y huir de allí cuanto antes. Las garras de la ley les amenazaban. Al saberse descubiertos por el temible

F. B. I.,

ninguno de ellos estaba tranquilo.

Formaban el «gang» Woodruff, Roy, Sam, Hattor, Fox y Shawey. Los demás habían muerto. Con el negro no se podía contar.

Poseían un equipo de buzo y una gasolinera en bastante buenas condiciones.

Woodruff procuró tranquilizar las inquietudes de sus hombres y les dijo que bien pronto estarían libres de todo peligro. Había una doble intención en sus palabras, porque el miserable pensaba deshacerse de ellos en cuanto tuviera en su poder el platino. Sólo respetaría la vida de Roy porque lo necesitaba.

El «boss» comprendía su difícil situación. El

F. B. I.,

siguiendo sus métodos, fue minando la seguridad de la banda. El fracaso de Oppa acabó de desalentarle. Todo estaba bien planeado. Primero fue el cierre del parador y la prisión de «la Reina»; con eso

les quitaban el escondrijo y, al mismo tiempo, una fuente de recursos; después, la incautación del balandro... Roy, furioso por haber perdido sus mejores esperanzas, pues contaba casarse con Virginia, conquistar una posición y poder disimular sus torcidas andanzas, deseaba, más que nada, poder vengarse del agente del F. B. I.,

y hubiera perdonado su parte en el platino con tal de verlo muerto.

Y así estaban las cosas en aquel islote habitado por los peligrosos bandoleros.

La marejadilla lamía los roquedales donde crecían plantas extrañas de raras formas, El cielo seguía siendo esplendoroso y la brisa suave. El sol doraba las playas, y, sin embargo, aquellos demonios creían encontrarse en las antesalas del infierno.

Habían traído víveres y licores abundantes. El negro les servía con desconfianza, sabedor de que entre ellos no era persona simpática, y no le era por el doble motivo de ser negro y también debido a que conocía buena parte de sus secretos.

Woodruff, siempre que quería decir algo a sus hombres, lo hacía salir, pero Tobías escuchaba oculto.

Varias veces estuvo tentado de escapar. No se sentía seguro entre aquellos desalmados. Le faltó valor.

Aquella noche, Woodruff, mientras cenaba, expuso sus planes, pero primero le dijo al negro que se marchara y no les molestase. Tobías también tenía su amor propio y a solas en la otra choza que servía de cocina estuvo madurando proyectos. Quería vengarse del «boss» a quién había servido con devoción recibiendo a cambio denuestos, desconfianzas y golpes.

El negro tomó una determinación. El «gang», ocupado en beber y planear sus fechorías no le molestaría. Fue hasta la gasolinera y embarcó en ella. No sabía manejarla y esto le impidió escapar, pero podía hacer algo importante. Tenía conocimiento de que Woodruff descendería al fondo del atolón en busca del platino. Nadie se lo había dicho, pero Tobías estaba enterado de todo. En la toldilla vio el equipo de buzo y una idea infernal animó su semblante. Haciendo una pequeña incisión en la goma del oxígeno, Woodruff se quedaría para siempre entre los pulpos.

Tobías esbozó una sonrisa siniestra y sus blancos dientes brillaron.

Armado de un cuchillo saltó dentro de la gasolinera.

El negro había ido acumulando odio durante mucho tiempo y creía llegado el momento de vengarse.

Acercóse a la toldilla, dejó el cuchillo sobre el asiento y abriendo una caja, sacó la escafandra. Tenía que proceder de forma que no pudiesen notar nada. La luna iluminaba con su clara luz las rompientes. De la cabaña salió un hombre y se fue acercando sin hacer ruido. Vio al negro cuando empuñaba el cuchillo y entonces echando mano a su pistola disparó contra él. Tobías, herido en la espalda, revolvióse y al reconocer en su agresor a Roy levantó el brazo con la intención de arrojarle el arma, pero Roy volvió a disparar de nuevo. Esta vez, el negro cayó de espaldas herido de muerte.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó, Woodruff apareciendo al frente de los demás hombres.

—Acabo de matar a un traidor —dijo Roy—; el condenado negro trataba de inutilizar la escafandra.

Woodruff se estremeció al pensar en lo que hubiera sido de él en el fondo del mar con el tubo del oxígeno cortado.

—Nos hemos quedado sin cocinero —exclamó Hattor.

—Menos mal que no le dio por envenenarnos a todos —agregó Sam.

—Era a mí a quién odiaba —aclaró Woodruff—, pero ya se ha ido a los infiernos. Echadlo al agua, que lo coman los cangrejos.

—No —repuso Roy—, una fosa en la arena es más segura. El mar tiene muchos caprichos y a veces juega con los muertos y los lleva lejos...

Volvieron a la casa y después de sepultar al negro continuaron haciendo planes como si nada hubiera sucedido. Woodruff pensó que de los once hombres que salieran de Nueva York tripulando el balandro solo quedaban seis. Los demás habían muerto. De seguir así, al final de la aventura serían pocos los que quedaran y por lo tanto, tocarían a más en el reparto, aunque no pensaba repartir con nadie.

—Mañana iremos al atolón —dijo Roy.

Un poco más tarde todos dormían, exceptuando Fox que sentado en una roca y envuelto en un capote, vigilaba.

A la vanguardia del triunfo:
Selecciones NEVADA
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
Colección F. B. I.

IX

EL FONDO DEL MAR



IRGINIA despidióse de Richard aquella noche, llena de angustia. La empresa que iban a intentar era demasiado peligrosa y temía no volver a ver al hombre a quién amaba con toda su alma. Lo besó apasionadamente, encargándole repetidas veces que fuera muy precavido.

Un coche les condujo hasta los mismos acantilados. Iban Ku Kow, el viejo buzo, Bill, Albert Desmont, el muchacho y Richard. En la gasolinera les aguardaba Stefani. Uno de los criados de Bill regresó a la ciudad con el auto.

La noche era soberbia; una de esas noches de los trópicos, clara y serena. Un cielo cuajado de relucientes estrellas era la bóveda inmensa, llena de grandeza. Los enhiestos picachos de los acantilados se reflejaban oscuramente en los abismos.

La canoa arrancó cortando el agua con su quilla. El motor rasgaba el silencio impresionante. La isla fue quedando atrás, borrándose hasta formar un manchón indefinido.

Ku Kow dio las últimas instrucciones a Richard:

—Debes tener cuidado. En el atolón viven peligrosos animales marinos y no es la primera vez que un buzo pierde la vida en una lucha desigual. La linterna eléctrica sólo tiene luz para una hora y lo mismo el depósito de oxígeno. Si no encuentras lo que buscas, conviene que subas a descansar, aunque luego descendas de nuevo. Las corrientes submarinas son muy fuertes a esas profundidades y más aún en el atolón, debido a los canales existentes formados por los pólipos.

Richard lo sabía. No ignoraba que los antiguos habían creído que las madréporas eran simples plantas submarinas y no seres llenos de vida.

Los pólipos forman colonias numerosísimas de billones de seres que terminan por convertirse en políperos pétreos, arborescentes y porosos. A flor de agua se revisten de musgo y semejan piedra calcárea, pero en las profundidades, el suelo presenta curiosos ejemplares de raras formas y colores. Existen varias especies aun cuando la más buscada es la de los zoófitos coralarios (coral rojo).

El atolón estaba formado por arrecifes de coral y visto a cierta distancia semejava un monumental anillo flotante.

La canoa se detuvo al borde del atolón, después de navegar velozmente.

Después de un cambio de impresiones, Richard, ayudado por Ku Kow, se puso la escafandra. Era un moderno equipo; del centro del pecho salía un foco de luz potente y a la espalda llevaba un depósito de oxígeno. Las manoplas, a rosca, tenían la suavidad de la seda, no obstante lo cual eran resistentes. Los zapatos con doble suela de plomo estaban contruidos de manera que con un simple resorte se desprendiese el peso y el buzo pudiera elevarse inmediatamente. En vez del hacha defensiva, el buzo iba provisto de un arpón de cortantes filas, con mango corto sujeto a la muñeca por una correa. Desde la canoa mantendrían un cable para que pudiera asirse a él en caso de peligro y ser elevado con mayor facilidad; también contaba con un aparatito muy semejante a un reloj pulsera, que servía para saber la profundidad.

Richard, ya cubierto con la escafandra, hizo señas de que le bajasen. Poco después desaparecía entre las aguas.

Fue descendiendo agarrado al cable. La presión del agua era cada vez más fuerte y pensó que no iba a llegar nunca. Las corrientes lo zarandeaban de un lado para otro como si fuera un muñeco de paja. El aparato funcionaba muy bien. Tanto el depósito del oxígeno como el expulsor de nitrógeno llenaban su misión perfectamente.

Había acordado con sus compañeros que al sentir tirar de la cuerda, lo izaran sin pérdida de tiempo. Consultó el hidrómetro y vio que señalaba veinte metros de profundidad. Seguía descendiendo. La lámpara eléctrica que llevaba en el pecho, provista de un cristal de gran aumento, proyectaba la luz a mucha distancia y las aguas, iluminadas por aquel potente foco, aparecían irisadas con vivos colores.

Algunos peces de formas raras pasaron huyendo, asustados, por delante del buzo. Richard no sentía molestia alguna a pesar de hallarse ya a los cuarenta metros de profundidad; respiraba muy bien y sus ojos veían y percibían todo normalmente.

De pronto sus pies tocaron fondo. Consultó el hidrómetro; marcaba cincuenta y dos metros.

Pulsó la cuerda. Estaba tirante. El anclote se había clavado en la arena, una arena fina y musgosa, porque el fondo del atolón estaba cubierto por gran variedad de plantas.

Se inclinó y después de varias tentativas, pudo desatar el anclote, que ya no era necesario y se amarró el extremo de la cuerda al brazo izquierdo. Mirando a todos lados empezó a recorrer aquel campo submarino. Como una visión de pesadilla desfilaron ante sus ojos seres jamás vistos por él. Eran especies desconocidas de las que viven en las grandes profundidades y que nunca suben a la superficie.

Había monstruosas anguilas de cabeza achatada y ojillos verdosos que se deslizaban con extraordinaria rapidez, yendo a ocultarse entre la exuberante vegetación. Cangrejos enormes de patas amarillentas cuyo casco rojizo contrastaba con el verdor del musgo. Arañas deformes que al deslizarse parecían rodar con sus delgadas extremidades y entre aquel mundo de seres extraños algunas plantas parecían adquirir vida y movimiento propio.

Unos hongos grandes como paraguas comprimían sus ramificaciones al ser tocados por algún animal y trataban de apresarlo entre los pliegues del pegajoso sombrero.

Richard, con el arpón, cercenó una de aquellas plantas. El tronco se retorció hasta quedar reducido a un tamaño insignificante y un jugo negruzco enturbió el agua en un dilatado espacio.

El hombre, al hallarse en aquel mundo maravilloso, y jamás visto, llegó a olvidarse por un momento de su cometido, tan absorto ante aquella naturaleza, distinta de la que conocía. Iba caminando en círculo, recorriendo el centro del atolón.

Las madreporas refulgían como si fuesen de fuego y entre ellas vio de pronto a un animal monstruoso. Era un gigantesco molusco de concha bivalva, un lamelibranquio de cabeza distinta a los de su especie. Estos moluscos tienen la rara particularidad de que el manto se extiende a uno y otro lado y forma dos expansiones que envuelven al animal y como cada una de ellas segrega una sustancia caliza, queda aquel encerrado en una concha. El cuerpo es comprimido y en su parte inferior se distingue el pie carnoso y a cada lado, entre éste y el manto, las branquias. Los ganglios supraesofágicos son el tubo digestivo. El órgano auditivo está situado debajo del esófago, y los ojos, representados a veces tan sólo por manchas pigmentarias, pueden ser colocados en los bordes del manto o en el extremo de los sifones.

Richard le dio con el arpón, comprobando que el molusco caminaba apoyándose en unos tentáculos que salían de la concha.

El suelo presentaba algunas protuberancias y al mirar su aparato regulador vio que la profundidad había disminuido en tres metros.

Calculó que debían haber transcurrido unos quince minutos. Se dio cuenta que desde arriba aflojaban la cuerda para permitirle recorrer, sin soltarle, mayor distancia.

Volvió a detenerse dominado por la admiración. La cosa no era para menos. Ante él aparecían unos árboles extraños cuyas raíces se extendían por la arena, pero la particularidad de aquellos árboles consistía en que no tenían hojas aunque sus ramas nudosas ostentaban unos frutos rarísimos semejantes a botellas. El colorido era un violeta con franjas rojas.

Más allá, los rizomas de corales se amalgamaban mezclados con arbustos en forma de embudo. Empezaba a extrañarse de no ver por

ninguna parte el platino. Estaba seguro de haber recorrido medio atolón.

De repente se detuvo sorprendido por algo que no comprendía. Las arañas, los moluscos y las gigantescas lampreas, huían en una dirección. Apretando con fuerza su arma, avanzó decidido. Ante él se abría una gruta con las paredes cubiertas de musgo trepador. No podía penetrar en ella sin abandonar la cuerda y hubiera querido hacerlo, porque algún monstruo poderoso había ahuyentado a los demás animales.

Cuando mayor era su curiosidad, sintió en el cuerpo un latigazo y a continuación que tiraban de él. Entonces lo comprendió todo. Un colosal pulpo le atacaba. Era un cefalópodo de grandes dimensiones, uno de esos octopus que viven en las anfractuosidades de los abismos submarinos. Estos monstruos atacan a cualquier animal, por gigantesco que sea. Sus ocho tentáculos provistos de dos filas de ventosas aprisionan a sus víctimas de tal forma que es imposible librarse de ellos.

Richard sintióse arrastrado. Los tentáculos le envolvían el cuerpo y en vano trataba de evitarlo. Cayó al suelo y entonces vio unos ojos brillantes que le contemplaban. El octopus, sin duda, no lograba que sus ventosas presionaran debidamente porque cambiaba de postura, buscando la forma de apretar al buzo contra la roca. Richard sólo tenía un temor: que algún tentáculo destruyera el depósito de oxígeno porque entonces estaba perdido. Había abandonado la cuerda y trataba de defenderse con el arpón y aunque consiguió cercenar un tentáculo el monstruo continuó presionando.

Estos pulpos gigantes son inteligentes y muy agresivos. No quieren ser molestados y atacan siempre sin medir el tamaño del enemigo. Su cuerpo en, forma de saco es oblongo, redondeado, desprovisto de aletas y el tercer brazo hectocolizado. Se diferencia del pulpo vulgar en que la placa lingual tiene los dientes distribuidos en dos series de cinco cúspides.

Richard trataba de conservar la libertad de movimientos en el brazo derecho y para ello permanecía tumbado de costado esperando la oportunidad de herir la bolsa del monstruo. Empezaba a sentir fatiga por la lucha que sostenía. Aquellos tentáculos largos y poderosos se movían como espadas flamígeras. Poseían una fuerza

asombrosa. Después de grandes esfuerzos consiguió extender el brazo, y herir con el arpón al octopus debajo de los ojos.

La filosa lanza penetró, rasgando la carne fofa, y una tinta negra enturbió el agua. Richard notó cómo la presión se aflojaba y los tentáculos se encogían. El gigante del mar estaba vencido y la vida se le escapaba por la terrible herida.

Los pequeños peces que huían ante su presencia, no tardarían en devorarlo. Por ley de renovación, el coloso alimentaría a sus enemigos. Richard pudo incorporarse. Desembarazado de los tentáculos, buscó la cuerda y al no encontrarla, se estremeció. Empezaba a faltarle el aire. Seguramente llevaba más de una hora debajo del agua.

La luz de la linterna iluminaba un buen trecho. Caminó unos pasos. No quería alejarse demasiado. Si se despojaba de las suelas de plomo, subiría como un rayo, pero las corrientes submarinas lo estrellarían contra los muros de coral. Aquel abismo lleno de rara belleza podía ser su sepultura. Richard había practicado en la marina el trabajo de buzo, pero a profundidades menores y en aguas quietas. El Hudson y el San Lorenzo y hasta el lago Michigan son pequeños remansos comparados con el atolón de Kauai. El agua se iba aclarando. El pulpo parecía un montón de carne incolora. Había perdido su brillantez; sin embargo, los tentáculos se movían impulsados por las corrientes.

Richard sentíase ya algo desfallecido. Caminó unos pasos, inclinóse para sacarse los plomos y le faltaron las fuerzas. La muerte le rondaba y lo que no pudo conseguir el pulpo lo iba a lograr la falta de aire.

Con el arpón agitó las aguas como buscando un punto de apoyo y en ese momento algo tropezó con él.

¡La cuerda!

Allí estaba al alcance de su mano. Llegó hasta ella, se la ató a la cintura y dio un fuerte tirón. Nada. No respondían. Siguió tirando. En vez de subir, la soga descendía y entonces lo comprendió. Desde arriba habían largado todo el rollo y sobraba cuerda. Mientras no se pusiese tirante...

Continuó recogiendo cable. Se zarandeaba como si estuviera borracho...

Llegó un momento en que ya no pudo más y cerró los ojos.

Sus rodillas se doblaron. Apoyado en el arpón pudo sostenerse aún, pero sus fuerzas se agotaban. Una nube pasó por delante de su vista y todo lo vio confuso y desdibujado.

Mientras tanto, allá arriba, Ku Kow controlaba el cronómetro y al ver la aguja que marcaba los cincuenta y nueve minutos de inmersión exclamó:

—¡Hay que subirlo! Se le acaba el oxígeno; pronto, no perdamos tiempo...

Nadie replicó. El viejo buzo sabía más que ellos de aquellas cosas y cuatro robustos brazos tiraron de la cuerda. Pasaron lentos los segundos y el minuterio dio la vuelta completa. Por fin apareció la escafandra a flor de agua. Cuando fue depositado Richard en el fondo de la canoa y le despojaron del incómodo atuendo, comprobaron que estaba sin sentido; unos segundos más y hubieran subido un cadáver. El aire fresco de la noche pronto le despejó. Sentóse, diciendo:

—Tengo que volver a bajar. Es asombroso. Nunca vi cosa igual.

Le hicieron beber un trago de ron y después de un breve descanso y de explicar someramente lo que había visto indicó a Ku Kow que renovara el oxígeno y la pila eléctrica.

—¿Quieres que baje yo? —propuso Bill.

—De ninguna manera.

La canoa rodeó el atolón y se detuvo al otro lado. Había que suponer que los del balandro arrojaran la preciosa carga lo más cerca de la ruta o sea por la parte Oeste de los arrecifes de coral. Quince minutos más tarde, Richard descendía de nuevo a las profundidades. Un enorme tiburón apareció ante su vista, pero el escualo, sin duda asustado por aquella luz brillante, huyó cortando el agua rápidamente.

Richard llegó al fondo más animado que nunca. Cruzando por encima de las brillantes madréporas, atravesó un espacio sembrado de arbustos extraños. Toda una fauna asombrosa y prolífica se movía en aquel abismo. De pronto sus pies tropezaron con algo. Inclínose y sus ojos se abrieron asombrados. Allí estaba un paquete cubierto por una lona impermeable y atado con alambres, y más allá había otro y otro. Todos estaban unidos por cuerdas y de estas partía otra que seguramente estuviera unida a una boya flotante. Richard hizo la señal para ser izado y fue subiendo sin abandonar

aquel cable que señalaba el lugar del platino.

Como había supuesto, la boya existía, pero estaba entre dos aguas, completamente invisible desde arriba. Trabajo les costó subir aquellos pesados paquetes hundidos entre las arenas, ya que como estaban todos unidos por cuerdas, su peso era grande. Al fin pudieron conseguirlo.

Sobre el fondo de la canoa estaban muchos miles de dólares arrancados al atolón. Una enorme fortuna empapada en la sangre de las víctimas.

«Poca Pena» mostraba su alegría saltando y cantando. Mientras Albert tomaba notas de lo hallado, Richard reposaba recostado en la borda; Stefani revisaba el motor de la canoa; Bill cortaba las sogas de los paquetes y Ku Kuw guardaba la escafandra en un enorme sapo de lona.

Todo parecía haber terminado bien cuando de pronto apareció por detrás de los arrecifes otra gasolinera. También ésta iba tripulada por seis hombres.

—Atención —dijo Bill— aquella embarcación...

—¡Son los «gángsters»! —exclamó el muchacho aterrado.

Así era en efecto. Woodruff llegaba con su gente para rescatar los lingotes. Pronto se dio cuenta de que alguien se les había adelantado y lanzando un grito de coraje, ordenó a sus hombres que se dispusieran a luchar.

—¡Son los del

F. B. I.!

—exclamó furioso—. Los malditos en todas partes meten los hocicos. Hay que hundir esa canoa.

—Eso nunca —replicó Roy—; seguramente han rescatado el platino y estará a bordo.

—Tienes razón, no había caído en ello. Vamos a demostrarles entonces da lo que somos capaces. Tú, Sam, a proa con Hattor. Pasaremos a toda marcha por delante de ellos disparando todos a un tiempo. Shawey y Fox, en popa y Roy y yo haremos fuego desde estribor.

Los bandoleros ignoraban que sus enemigos tuviesen una ametralladora, pues de haberlo sabido, seguramente no les hubieran atacado, pero Woodruff estaba ciego y en aquel momento era capaz de cometer cualquier acto temerario.

Dio la orden de ataque y la gasolinera partió a toda velocidad.

Richard había adivinado las intenciones de los «gángsters», convertidos ahora en filibusteros modernos, y se dispuso a recibirlos con todos los honores. Stefani, al pie de la ametralladora, esperaba el ataque. Ku Kow no era hombre de armas y se refugió en la cabina. En cuanto a «Poca Pena» empuñaba una pistola con ademán decidido.

De la canoa de Woodruff partieron varios disparos que resultaron ineficaces por la distancia a que habían sido hechos, pero a medida que se acercaban, los tiros llegaron a perforar la cabina horadando también la bandas de babor. La ametralladora entró en acción y la primera ráfaga dejó huellas sangrientas. Fox lanzó un grito terrible al recibir un balazo en el cráneo. Woodruff, lanzando maldiciones, descargaba su pistola, mientras Roy trataba, aunque en vano, de alcanzar a Richard.

De pronto Stefani dio un grito de cólera.

—¿Qué te pasa? —preguntó Bill.

—¡Se ha encasquillado la ametralladora!

Mientras trataba de sacar los casquillos del arma, los filibusteros seguían cruzando por delante de ellos y haciendo fuego sin interrupción. Richard logró poner a otro fuera de combate. Dungo Shawey cayó de espaldas para no levantarse más. Woodruff lo levantó por las piernas y lo arrojó al agua. Lo mismo había hecho Roy con Fox.

Stefani se desesperaba al ver que no podía dejar la ametralladora en disposición de disparar.

Rielaba la luna por entre blancas nubes y la noche era clara y serena. Las aguas en calma semejabán un enorme espejo de plata.

De pronto Stefani lanzó un grito de ahogo. Una bala acababa de clavarse en su brazo derecho. Richard, al darse cuenta de lo ocurrido montó en cólera, diciendo:

—¡Vamos tras ellos! ¡Al motor, Bill!

La canoa partió como una flecha. Woodruff, al verse perseguido, puso proa mar adentro. El tiroteo continuaba por ambas partes. Durante un buen rato la carrera continuó. La primera canoa trataba de alejarse procurando rehuir la lucha, pero ya era tarde para escapar. La otra gasolinera era mucho más rápida y no tardó en cortarle la ruta, obligándola a doblar hacia tierra.

—¡Nos haremos fuertes entre las rocas! —dijo Woodruff—. Estos malditos tienen una ametralladora y van a terminar con nosotros. ¡A tierra!

Al darse cuenta del propósito que los guiaba, Richard les dejó hacer. No le importaba que desembarcasen porque ya no tenían escapatoria.

Apenas pusieron pie en tierra, abrió la puerta de cabina diciendo a Ku Kow que estaba sentado en un rincón, escuchando el tiroteo:

—Va usted a llevarse esa canoa a Honolulu.

El viejo buzo inclinó la cabeza en un ademán afirmativo. Ninguno se dio cuenta que Ku Kow estaba herido. La tricota roja que vestía era del color de la sangre y por eso no pudieron apreciarlo.

Ku Kow saltó a la otra canoa llevando consigo la escafandra y sentándose dio marcha a la gasolinera que salió roncando ruidosamente.

El buen viejo no había querido alarmarlos, pero su vida se escapaba por aquella herida. Puso proa a los muelles y pasando por detrás de la isla de la Cuarentena enfiló hacia el dique. Cuando vio que la distancia que le separaba del canal era corta, disminuyó la marcha y su cuerpo se fue doblando hasta quedar su cabeza apoyada en la rueda de dirección.

¡La canoa penetró en el puerto conducida por un cadáver!

Causó asombro entre los marineros que estaban allí ver aquella gasolinera ir a chocar contra los paredones del dique. No llegó a destrozarse porque llevaba muy poca velocidad, pero retrocedió y continuó navegando hasta que consiguieron detenerla. Entonces vieron al pobre Ku Kow muerto.

Mientras tanto, los filibusteros atrincherados entre las peñas, hacían un fuego infernal contra sus perseguidores.

Richard indicó al muchacho que no se moviera de la canoa. Se trataba de dar caza al hombre más astuto y peligroso de los maleantes del Pacífico y para lograrlo era menester cortarle la retirada, impedirle que huyera de nuevo.

Bill fue a ocupar un extremo de la senda que descendía hasta la carretera, mientras Albert se situaba a la izquierda. Stefani, herido como estaba, era de poca utilidad y se quedó agazapado, vigilando aquel lado.

Richard deslizóse por entre los acantilados sin ser visto. Los bandoleros seguían disparando sus armas furiosamente, deseando evitar el cerco.

Stefani permaneció un rato echado en el suelo observando los movimientos de aquellos hombres que estaban dispuestos a vender caras sus vidas. «Poca Pena», cansado de no hacer nada, se puso a hurgar en la ametralladora y de pronto lanzó una exclamación de alegría al darse cuenta que saltaba uno de los cartuchos y quedaba descubierto el mecanismo en disposición de funcionar.

Sam Biguria había descubierto el escondrijo de Stefani y se fue arrastrando hasta colocarse cerca de él, a una altura aproximada de treinta yardas. Desde allí, podía fácilmente hacer fuego con eficacia. Estaba sobre una roca y debajo se ocultaba Dan Stefani, es decir, que con sólo asomarse un poco y asomar el rifle, la puntería era segura. Sam, el timonel del «Malayta», había sido uno de los hombres que ayudara a Roy y a Woodruff a dar muerte a los policías que escoltaban el camión con el platino. El otro ya no existía, porque fue Oppa, muerto a manos da Richard.

Sam colocóse cómodo, alargó el cuerpo todo lo que pudo y su brazo derecho extendióse. Ya iba a disparar cuando de pronto de la canoa salió una ráfaga de ametralladora y el cuerpo de Sam vióse proyectado hacia el vacío cayendo a plomo sobre los agudos peñascales de la orilla, a pocos pasos de Stefani, el cual levantó la cabeza y al ver a «Poca Pena» manejando la ametralladora, lo saludó con la mano, diciendo:

—¡Gracias, muchacho!

Entre tanto Richard había logrado acercarse a dónde estaba Woodruff. Lo vio aplastado entre dos peñas buscando el medio de hacer blanco. Ahora la ametralladora puso en guardia a Roy, que abandonó el sitio que ocupaba yendo a colocarse a tiro de Bill. También Hattor abandonó su puesto buscando un lugar más seguro y fue a situarse cerca de Desmont. Y el desenlace llegó de improviso, con rapidez vertiginosa. Richard cayó sobre Woodruff dando un salto tremendo. El «gángster», sorprendido por el ataque imprevisto, intentó rechazar a su atacante, pero se encontró con unos brazos de acero que le presionaron hasta hacerle soltar el arma que empuñaba, Richard no quería matarle. Su deseo, su orgullo y su aspiración suprema era conducirle sano y salvo a la silla eléctrica;

por eso forcejeó con él, resistiendo sus golpes y devolviéndolos. Fue una pelea desesperada en la que ambos pusieron bravura de león y extraordinario coraje. Sin embargo, el agente del

F. B. I.,

estaba bien entrenado y sabía hacer gala de sus fuerzas. Después de zarandearlo y de hacerle chocar la cabeza contra el suelo, sacó unas esposas y se las colocó en las muñecas, murmurando:

—Tú ya has terminado la carrera de crímenes...

Desmond vio acercarse a Hattor y disparó su pistola contra él hasta agotar la carga. El exmaquinista cayó por entre las rocas rodando aparatosamente. Cuando llegó abajo ya estaba muerto, destrozado su cuerpo.

Richard contempló a Woodruff. Le parecía mentira verlo allí encadenado, a su merced. Iba a inclinarse para llevarlo consigo, pues estaba sin conocimiento, cuando sintió varios disparos. Alejose presuroso y asomándose un poco vio a Roy disparando contra Bill. También aquél era una buena presa y valía la pena llevarlo vivo. El F. B. I.,

hacía tiempo que buscaba a Stuart Hilton, alias «Lupamba».

Deslizóse suavemente. Por entre aquellos enormes peñascos no era difícil pasar desapercibido y cuando Roy quiso darse cuenta ya era tarde. El cañón de una pistola se apoyaba en sus costillas y una voz ronca, amenazadora, le ordenaba:

—¡No te muevas y suelta ese arma!

Roy rechinó los dientes al verse cazado como un novato. Tuvo intenciones de revolverse y hacer fuego, pero comprendió que antes de que lo lograra caería acribillado por las balas y se sometió, lanzando una maldición.

Richard le desarmó y le hizo caminar delante de él. Al llegar a dónde estaba tirado Woodruff que ya empezaba a recobrar el conocimiento, le dijo:

—Ayuda a tu jefe, que no puede con su alma.

Bill se había acercado y miraba a Woodruff vencido y furioso, tratando de romper las esposas que sujetaban sus manos.

—Oye, Bill —propuso Richard— será mejor que le pongas las «pulseras» a este otro.

Y así se hizo. Descendieron con ellos a la canoa en donde estaba el muchacho, muy contento por haber contribuido de alguna forma

al final de la contienda.

Woodruff, sentado a popa, miraba con desorbitados ojos los paquetes de platino arrancados al abismo por la audacia de un hombre del

F. B. I.,

y pensaba cuán inútil había sido la pérdida de tanta sangre. Y su pensamiento fue hasta aquel lugar de América en donde cuatro policías cayeran en el cumplimiento de su deber...

La canoa partió llevando a los dos grandes culpables, que tan cerca tenían aquel inmenso tesoro y no podían disponer de él.

Grande fue la pena de Richard y sus compañeros cuando al llegar al muelle de Honolulu supieron la muerte de Ku Kow.

El buen viejo había muerto sobre el mar, que fue su cuna y parte de su vida aventurera, aquel mar azul y majestuoso en cuyas entrañas se sepultó tantas veces luchando contra los monstruos marinos.

Ku Kow no tenía familia y la Inspección de Policía se encargó de su sepelio que revistió caracteres de acontecimiento. El *Morning Star* publicó en primera página una gran esquila que decía:

«KU KOW

Ha muerto a los sesenta y cinco años de edad en defensa de la ley. El

F. B. I.

suplica una oración por su alma».

A la vanguardia del triunfo:
Selecciones NEVADA
Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
Colección F. B. I.

X

FILIBUSTEROS MODERNOS

«Un pensamiento, bueno o malo, se concreta en acción y después en hábito que gobierna la vida. Según viváis en el mundo del pensamiento, así llegaréis a vivir en el mundo objetivo de la acción».



OS dos hampones fueron encerrados provisionalmente en la bodega del balandro «Malayta», amarrado a un lado del canal y con guardia permanente. Stefani gestionó su encierro allí, hasta que Richard pudiera conducirlo por vía aérea a Nueva York. «La Reina» había salido en libertad bajo fianza y ocupaba un aposento del Hotel Majestic, situado en una de

las calles del puerto. Esta misteriosa mujer tenía bastante dinero y conservaba la utópica esperanza de poder ayudar a Woodruff. Siempre le amó, aunque él fue un indiferente para con ella; sin embargo, «la Reina», al saber su prisión, decidió dar un golpe de mano y ponerlo en libertad. En el aeródromo ya tenía preparado un avión para tal efecto. Nada le importaba perder el parador, que valía mucho dinero, con tal de poder huir con el terrible «gángster».

Contaba con hombres suficientes para intentar tal empresa, sin tener en cuenta que el balandro estaba vigilado por una guardia permanente de hombres bien armados, pero los isleños de Hawai suelen ser audaces en grado sumo y se atreven a realizar las más temerarias hazañas.

«La Reina» hizo correr las voces de que Ku Kow había sido muerto por los agentes del

F. B. I.,

y que Woodruff y Roy estaban presos por defenderle. Esto, como es natural, irritó a los nativos ignorantes, porque Ku Kow era muy estimado, y fue de tal forma como ella encontró auxiliares más fácilmente.

Woodruff fue avisado de que se intentaba libertarle. Un vendedor de tabacos logró subir a cubierta, y al descender por la planchada, cantó una canción polinesia, cuya letra avisaba al «gángster» que estuviera preparado.

«La Reina» era una mujer astuta y aguardaba la ocasión para poder desarrollar sus planes. Sabía que antes de partir Richard, se celebraría en la Inspección Marítima un baile de despedida y era en estos momentos cuando pensaba llevar a cabo su proyecto. A medianoche, la guardia reposaba y sólo vigilaba un centinela; si éste era sorprendido antes de que pudiese dar la voz de alarma, lo demás sería sumamente fácil.

Reunió a varios individuos, entre los cuales se encontraban dos australianos, que habían estado a sus órdenes en el parador de Los Hemisferios, y les dijo:

—Os daré mil dólares a cada uno si conseguís libertar a los dos presos. Una gasolinera aguardará a poca distancia. He aquí mi plan: cuando el centinela quede bien sujeto y amordazado, encerraréis a la guardia bajo llave, porque duerme en un camastro; después, abriréis la escotilla de la bodega y pondréis a los dos hombres en

libertad. En vez de bajar por la planchada, que es muy posible que de noche la recojan, descenderéis por cuerdas a la gasolinera, que está esperando. En dos lanchas, situadas una a popa y otra a proa, habrá media docena de hombres vigilando, y si alguien trata de impedir la fuga, dispararéis contra él. No tenéis que preocuparos de más, porque yo pagaré todos los perjuicios que se originen, y si hay que abandonar las lanchas, no importa, yo os daré para comprar otras nuevas. ¿Conforme?

Aquella mujer era un enigma. Todos creían que estaba ofendida con Woodruff, porque éste le hizo perder mucho dinero, y hasta se decía que se habían separado del negocio; ahora resultaba que se proponía salvarlo, exponiendo la libertad propia y gastando enormes sumas.

«La Reina» despidió a sus cómplices, dándoles las últimas instrucciones y encargándoles que estuviesen preparados, y aquellos hombres se separaron, marchando cada uno a su ocupación, en espera del momento de llevar a cabo aquel proyecto audaz.

Richard hacía sus preparativos para la marcha. Ya había enviado un radiograma a Washington anunciando su regreso con las barras de platino y los dos principales culpables, ya que los demás habían muerto.

Mientras tanto aprovechaba los últimos momentos para pasear con Virginia, recorriendo todos los rincones de la ciudad. Visitaron el faro, el acuario (el mejor de Oceanía), Diamond Head, el castillo Darwin y la isla de la Cuarentena, en donde estaba enterrado el negro Tobías, asesinado por los «filibusteros».

Al regreso, recostados en la popa de la canoa, hablaron quedamente, muy juntos, y alguna vez sus labios se unieron furtivamente.

Bill manejaba la gasolinera y varias veces volvió el rostro y les amenazó con el dedo, sonriendo maliciosamente.

—¿Me quieres mucho? —preguntó ella, como si realmente lo ignorase.

—Sólo tengo dos amores: tú y el
F. B. I.

—Pero ¿a quién quieres más? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Son dos amores distintos, en efecto; tan diferentes, que no

admiten comparación posible. Uno es la fe en el cumplimiento del deber, el anhelo de cumplir siempre poniendo en la acción lo que ordena el pensamiento, para hacerse digno de la trilogía de nuestro escudo: «bravura, fidelidad e integridad»; el otro es la suprema aspiración de todos los que aman: buscar la felicidad y dedicar la vida a una compañera que nos comprenda. Alma y corazón vibran y palpitan al unísono en estos amores, porque son las puras esencias de nuestro orgullo de hombres.

—Eso es muy bonito, pero no me convences. Podríamos llamarlo literatura. Si tuvieras que elegir entre esos dos amores, ¿qué harías?

—No lo sé, porque no ha llegado el momento de experimentarlo, pero puedo decirte que yo nunca sería traidor a mi juramento, y si tuviera que faltar a mis deberes por exceso de egoísmo, creo que jamás me lo perdonaría.

Virginia era una mujer inteligente y no se disgustó por aquellas palabras, que eran una respuesta franca a su pregunta; se limitó a encogerse de hombros, diciendo:

—Sí tu deber no te impide quererme, eso es lo que deseo, querido mío.

El rodeó su cintura con el brazo, y al compás de las olas que chocaban en la quilla, volvieron a su queda conversación y los besos.

Bill hizo humear su pipa y movió la cabeza, desconcertado...

El salón de la Inspección Marítima de Honolulu brillaba con refulgentes iluminaciones en aquella noche de gala. Todas las autoridades habían acudido, deseosas de testimoniar un fervido homenaje al héroe de la jornada, al admirado Richard Claytton.

Entre los asistentes se encontraba el gobernador, acompañado de su esposa y de sus hijas. Era una fiesta simpática, extraordinariamente cosmopolita.

Amelia Thelma no se separaba da Albert.

Virginia bailaba con Richard. Bill, embutido en el «*smoking*», paseaba con el pobre Stefani, cuya herida le impedía bailar, con tanto como le gustaba.

Tampoco «Poca Pena» había faltado a la fiesta. El muchacho se había hecho muy popular gracias a las crónicas del *Morning Star*, y todos le agasajaban. Bailó con una de las hijas del gobernador, y la

primera autoridad de la isla le estrechó la mano y tuvo para él palabras muy efusivas.

Richard estaba muy contento al ver a su protegido tan solicitado, y tenía motivos para estarlo, porque la transformación de aquel hombrecito era obra suya. Él había hecho un milagro. «Poca Pena» se convertía en un ser consciente de sus actos y miraba al porvenir con ambiciosas esperanzas.

Cuando mayor era el bullicio y la animación, «Poca Pena» salió a la terraza, que daba sobre la calle del puerto. Acodóse en la barandilla, coronada de trepadoras, y tendió la vista a su alrededor. A su derecha desembocaba el canal, y junto a él estaba amarrado el balandro. Se extrañó de que tuviera puesta la planchada. A su tremo colgaba un farol, cuya luz iluminaba un sector de la cubierta.

El muchacho evocó los días pasados en aquel barco, las luchas y las penalidades sufridas, los sueños utópicos, las negras ideas que le animaron mientras perteneció a la tripulación. Pensó en Roy, ahora encerrado en la misma bodega donde se guardara el platino. Sus pensamientos le condujeron al pueblo ballenero y recordó a Annabella, la gentil isleña que fuera su amiga durante unas horas. Recuerdos de un pasado que no había de volver. Pronto regresaría a Nueva York, la gran urbe de los rascacielos, orgullo del mundo; pero ya no sería el pobre desheredado de la fortuna, el harapiento personaje insignificante, siempre perseguido por los guardias; el muchacho hambriento, ávido de cariño, ultrajado por la desdicha y a golpes con su negro destino. No, ahora era otro muy distinto desde que el

F. B. I.,

le había tomado bajo su protección.

Dentro de aquel traje se sentía otro y hasta le parecía que su corazón golpeaba más fuerte dentro del pecho. Una vida sin esperanzas había muerto para dar paso a una nueva existencia. «Poca Pena» rememoraba sus días tristes en el arroyo, y esos mismos recuerdos le daban alientos para encumbrarse sobre pedestales de gloria.

El aprendizaje en el mundo del hampa fue para él una saludable enseñanza; a otros los engaña y los debilita, haciéndoles perder el carácter y la voluntad.

«Poca Pena» ya tenía un nombre: Julio Claytton. Procuraría

hacerlo digno del hombre que se lo había dado.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por algo que vio en aquel momento. Por detrás del balandro acababa de aparecer una gasolinera, que se detuvo ante el casco del navío. Y no era eso solo. En popa había una lancha con las luces apagadas y ahora llegaba otra por la parte de proa. ¿Qué significaba aquello?

Siguió mirando sin comprenderlo. El muelle esta desierto, pero de pronto salieron varios hombres de la cantina conocida con el nombre de Yoma Yoma, en la que servía como camarera Himoa.

Aquellos individuos se estacionaron debajo de la grúa, como si estuvieran al acecho. Desde donde estaba «Poca Pena» podía seguir todos sus movimientos sin perder detalle y así vio cómo uno de ellos subía por la planchada y se detenía para hablar con el centinela.

De pronto sucedió algo sorprendente. Los dos hombres se agarraron, luchando, rodando por el suelo. En su forcejeo cayeron al agua. Entonces una de las lanchas se acercó a golpe de remos y los recogió...

«Poca Pena» no quiso ver más, porque había comprendido. Para un muchacho de su inteligencia, todo estaba claro: trataban de libertar a los presos. No esperó a más. Corrió al salón y anduvo buscando a Richard. Estaba en el salón con su novia. Acercóse a él y, dirigiéndose a Virginia, disculpóse, diciendo:

—Perdone, señorita, si se lo quito por un momento.

Y sin dar más explicaciones tiró de la mano de Richard y lo llevó aparte.

—¿Qué pasa? Creo que no debes ser tan impulsivo, muchacho...

—¡Atacan el balandro! Una gasolinera y dos lanchas llenas de hombres. Han tirado al centinela al agua. ¡Aprisa, señor!

Richard no escuchó más. Corrió en busca de Bill y de Albert y habló con ellos. Poco después, el mismo Stefani ordenaba por teléfono a un teniente de Infantería de marina que saliera con varios hombres armados.

Desde una ventana de la cantina Yoma Yoma, una mujer contemplaba los movimientos de varios hombres que se acercaban al balandro. Los vio subir a cubierta sin impedimento alguno y entonces sonrió. Retiróse de la ventana, se puso una capa sobre los hombros, recogió un maletín que estaba encima de una silla y salió,

dirigiéndose al embarcadero. Descendió por la escalera de piedra, embarcó en una de las lanchas y ésta la llevó hasta la gasolinera.

¡Aquella mujer era «la Reina»!

El australiano Lobster, al frente de cinco hombres, subió a cubierta. Todo estaba en silencio. Acercóse a la puerta del camarote, pistola en mano, y estuvo observando. La guardia dormía en sus petates con sueño tranquilo. Cerró la puerta con llave y, volviéndose a sus compinches, indicó:

—¡Pronto, la escotilla!

Uno de los hombres sacó la cuña y, al levantar la lona, vio que había un candado. Buscó un hierro y lo hizo saltar.

En aquel momento, un silbido rompió el silencio de la noche. Lobster dio la vuelta, viendo que cruzaban la pasarela marineros armados de fusil. Al frente de ellos iba Richard.

—¡Vamos, teniente, desarme a esa gente! —gritó el agente del F. B. I.,
pistola en mano.

—¡Están cercados! ¡Arriba las manos y quietos! —gritó el teniente.

No era tan fácil intimidarles. Aquellos hombres, al verse sorprendidos, se distribuyeron por todo el barco, parapetándose junto a la escalera de proa y al otro lado de la escotilla. Abrieron fuego contra la fuerza armada y se entabló un furioso tiroteo. Se inició el asalto.

Bill abrió la puerta del camarote y salió la guardia. Mientras tanto, una canoa con varios fusileros se apoderaba de la gasolinera.

Los bandoleros aún trataron de defenderse. Durante más de diez minutos dispararon sus armas, logrando herir a dos hombres, pero poco a poco fueron siendo acorralados. Al fin tuvieron que rendirse, viéndose en pliego de morir.

El jefe de Policía, que se encontraba en el baile de la Inspección, había acudido y al ver a «la Reina» entre los detenidos, exclamó:

—Puedo asegurarle, *madame*, que esta vez no habrá libertad bajo fianza.

—¡Y qué me importa la libertad! —respondió llorando ella—, ¡si acabo de perder para siempre al único hombre que he querido!

En un camión cerrado fueron conducidos a la cárcel todos los detenidos. En el expediente instruido no figuraba para nada el caso

del platino, asunto que correspondía a los tribunales de justicia del Gobierno federal.

Al día siguiente, un avión aterrizó en el aeródromo de Moanalúa. Estaba pilotado por Ernesto, «el señor Rawlins», de la calle Cuarenta y Dos, de Nueva York, quien abrazó a Richard, diciéndole:

—Me alegro de verle, Inspector. Sabrás que has sido ascendido. Toda la Prensa habla de ello.

—Pero ningún periódico podrá publicar tan interesante reportaje como el *New York Times* —dijo Albert—; el repórter ha sido testigo de ello.

Llegó el momento de las despedidas. El platino fue subido a bordo en cajas selladas.

—¿Cuándo volveremos a vernos, querida? —le preguntó Richard a Virginia.

—Siempre, encanto; ya no me separo de ti. Mi hermano me autoriza a seguirte. ¿Crees que te iba a dejar? Nos casaremos en Nueva York y luego, si tú quieres, podemos venir a Honolulu a pasar la luna de miel.

El periodista abrazó a Amelia, prometiéndole volver a buscarla, y poco después, el avión se remontaba llevando a bordo a los dos «gángsters» convenientemente vigilados...

Algunos días después, el *New York Times* publicaba el reportaje más sensacional del año. Ocupaba dos páginas y estaba ilustrado por varias fotografías. Entre otras cosas, decía lo siguiente:

«FILIBUSTEROS MODERNOS»

Cuatro millones de dólares en platino recuperados.
Un «polizón» a bordo del «Malayta». La lucha en el fondo del mar. El fin del «gang». La eficacia del
F. B. I.
«Cupido en danza».

El reportero, después de narrar todas aquellas aventuras, terminaba diciendo:

«Harry Woodruff y Roy Gloucester, más conocido por

Stuart Hilton, alias “Lupamba”, han sido invitados amablemente a sentarse en la silla eléctrica, por el asesinato de cuatro policías. Todos sus cómplices han muerto y el destino ha querido que los dos principales responsables quedaran con vida, para rendir cuentas a la Justicia.

»El héroe de la hazaña ha sido ascendido a inspector y acaba de casarse con la muchacha más bonita del archipiélago de Hawai.

»Han partido en viaje de novios con rumbo desconocido. Que sean muy felices».

EPÍLOGO

El inspector jefe se paseaba por su despacho frotándose las manos. Estaba muy contento. Toda la Prensa del país sin distinción de matices se hacía eco de la gran hazaña llevada a cabo por hombres del

F. B. I.,
en tierras de Polinesia.

Habían pasado muchos días desde la llegada de Richard a Nueva York, y en la sede del

F. B. I.,
en Washington, seguían recibéndose felicitaciones.

El inspector Jefe del
F. B. I.,

iba a salir cuando llamaron al teléfono. Descolgó el auricular, preguntando:

—¿Quién es?

—Oiga, jefe —dijo una voz demasiado conocida para él—, quería preguntarle una cosa: ¿han aceptado mi propuesta?

—Sí, Richard; todo está arreglado.

—Gracias, jefe. Ahora mismo salimos para allá. Quiero ver a mi joven amigo.

—Hasta pronto, muchacho, y saludos a tu esposa.

Richard había telefoneado desde una estación de ferrocarril. Iba para Quantico (Virginia) en compañía de ella, a visitar a «Poca Pena», que acababa de ingresar en la Academia del

F. B. I.

Descendieron del tren a su llegada y, subiendo a un coche, se hicieron conducir a la Academia del

F. B. I.,

donde se forjaban los hombres que en un mañana cercano serían

orgullo de la nación.

El director, que ya tenía conocimiento de su visita, les recibió en el patio, donde estaban los alumnos formados, y quiso aprovechar la ocasión para pronunciar un discurso, ensalzando las cualidades de Richard como ejemplo de los futuros agentes.

Terminado que hubo, mandó romper filas y se dirigió, con sus visitantes, al despacho, pero desde la puerta volvióse, diciendo:

—Pasen ustedes y esperen un momento.

Virginia y Richard fueron al balcón y se acodaron en él. Por el patio cruzaban los alumnos en grupos charlando animadamente. De pronto se volvieron.

Allí estaba el muchacho con su uniforme de alumno, feliz, sonriente, saludando militarmente.

—¡«Poca Pena»! —exclamó Virginia.

—No, señora, soy Julio Claytton. «Poca Pena» ya no existe.

Acercóse a ellos y les abrazó. Durante un buen rato formaron un solo grupo. Cuando apareció el director, dijo Richard, entregándole un papel:

—El National Bank me ha dado este cheque de veinte mil dólares como recompensa por haber cumplido con mi deber, y yo quiero que esta cantidad sea dedicada a mejoras en la Academia. Recuerdo que el campo de fútbol carece de asientos cómodos y las piscinas necesitan algunas reformas.

—Gracias, «hermano» —dijo Julio Claytton—, en nombre de mis compañeros. Cuando juguemos, o nos estemos bañando, irá nuestro recuerdo hasta el hombre que nunca conoció el egoísmo.

Descendieron las escaleras cogidos del brazo. Julio iba en medio, y al cruzar el patio, estalló una tempestad de aplausos de los alumnos.

Richard Jamás olvidaría aquel momento, que, según su propio decir, fue el más feliz de su vida.

FIN

RESULTADO DEL CONCURSO PARA AGENTES DEL F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN manifiesta, después del escrutinio y examen realizados, que ninguno de los concursantes ha contestado acertadamente el total de las preguntas, y, lamentándolo, EDITORIAL ROLLAN ha decidido repartir los premios anunciados en la siguiente forma a fin de beneficiar a sus lectores:

ACERTANTES DE 15 PREGUNTAS

D. CARLOS SANCHEZ SERRA (Maluquet, 1), de VALENCIA.

D. AVELINO TORRES FUENTES (Gral. Franco, 163), de FERROL.

D. TOMAS GOMEZ LOPEZ (Pza. Bortull, 3), de CASTELLON.

D. IGNACIO MURIEL CUEVAS (Nicolás Albornoz, 12), de CABRA.

D. CESAR BARZANA BARZANA (Cervantes, 2), de OVIEDO.

D. ANTONIO EREQUETA PEREZ (Avda. Valladolid, 43), de PALENCIA.

D. JAIME DE TORRES (Alamos, 33), de MALAGA.

A cada uno de estos señores se les enviará un LOTE DE NOVELAS SURTIDAS, por valor de CIENTO PESETAS.

Entre los acertantes de 14 preguntas se ha realizado un sorteo, resultando premiados los siguientes, con UN LOTE DE NOVELAS SURTIDAS, por valor de CINCUENTA PESETAS:

D. TOMAS COCO (Cantarranas, 15), de ZAMORA.

D. FABIAN ALCANTUD FERNANDEZ (Ciudad Jardin, 154), de CARTAGENA.

D. ALBERTO IBANEZ (Hurribide, 8), de BILBAO.

D. FRANCISCO GIRALDEZ (Vidal, 9), de SAN FERNANDO.

D. CARLOS RUIZ TAPIADOR (Alcalá, 175), de MADRID.

D. ALFONSO NAVAS GARCIA (Antonio Toledano, 32), de MADRID.

D. MANUEL PAREDES MARIN (Tte. Ochoa, 11), de LINARES.

D. BERNANDO ROMERO (Dector, 8), de MANZANARES.

D. ALBERTO SIMO VAZQUEZ (Lepanto, 16), de ORENSE.

D. LUIS IZQUIERDO COCA (Cervantes, 12), de VALLADOLID.

D. MANUEL RODRIGUEZ GARCIA (Alvaro de Bazán, 32), de MELILLA.

D. JUAN MARIA LABRERAS (Rey Pastor, 69), de LOGRONO.

D. JUAN PABLO PERNEZ (San Elías, 10), de BARCELONA.

Los premios se remitirán por Correo certificado.

A continuación damos las contestaciones debidas a nuestro CUESTIONARIO, aparecido en el número 20 de esta Colección:

- 1.^a Tiene 4 dólares más.
- 2.^a El vaso.
- 3.^a Las serpientes no tienen plumas.
- 4.^a 15.
- 5.^a A la sociedad.
- 6.^a La S.
- 7.^a El pocero.
- 8.^a El florete.
- 9.^a 12.
- 10.^a Al plano.
- 11.^a 6.
- 12.^a Washington.
- 13.^a E.
- 14.^a 850.
- 15.^a 37.
- 16.^a Se ha contentado con poca.

En Madrid, a 25 de diciembre de 1950.

EDITORIAL ROLLAN

Palestina en llamas

nos ofrece el escenario turbulento y fascinador de la Palestina actual, con sus luchas políticas internas. Las bandas de terroristas judíos se enfrentan en una guerra sin cuartel, olvidando su hermandad de raza.

FRANK McFAIR

que tantos triunfos ha cosechado en esta **Colección**, retorna con vigoroso impulso a conmover a los lectores a fuerza de aventuras escalofriantes, vivificadas por los audaces agentes del **F. B. I.**

Palestina en llamas

Presenta a un protagonista heroico, y a una mujer valerosa, con una temeridad impropia de su sexo, que se lanza al mar bravío de la lucha movida por su ideal religioso, no reparando en empuñar las mortales pistolas ametralladoras....



ATENCION AL PROXIMO NUMERO

de la

Colección F. B. I.

NOTAS

[1] Llámense guarnes a las cadenas que descienden del puente y van por babor y estribor hasta el timón, sirviendo para hacerle llevar la dirección. < <